

Courtney Collins



Un
mal
día
para
nacer

Lectulandia

*De un lado a otro he seguido sus pasos.
La he oído como quien oye una canción.
La seguí, descubrí las cosas que amaba y las que no,
y todo eso me sirvió para conocer de verdad a mi madre.*

Apenas unas horas después de nacer, una niña ve partir a su madre hacia las montañas azules de Australia. La mujer cabalga como un torbellino para huir del pasado, para evitar ir a la cárcel y para escapar de un marido que la ha esclavizado.

Esa madre no es una criminal como otra cualquiera: estamos hablando de la legendaria bandolera australiana Jessie Hickman, una amazona que vivió a principios del siglo xx e hizo lo indecible con tal de conquistar su libertad. Jessie se interna en las montañas, pero no lo hace del todo sola. Durante la huida, siempre la acompaña una voz llena de compasión: la de esa hija que no solo la perdona, sino que la anima a seguir corriendo y a ser la dueña de su propia vida.

En la tradición de Cormac McCarthy y Flannery O'Connor, *Un mal día para nacer* es como un puñetazo inesperado, una vuelta de tuerca que pone en tela de juicio los tópicos sobre la sensibilidad femenina y los límites de la libertad: sus palabras se convierten en preguntas y se quedan clavadas en el ánimo del lector, ahí donde más duele.

Lectulandia

Courtney Collins

Un mal día para nacer

ePub r1.0

Titivillus 08.08.15

Título original: *The Burial*
Courtney Collins, 2012
Traducción: Eugenia Vázquez Nacarino
Diseño de cubierta: Marta Borrell

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi madre, con cariño

Esta es una obra de ficción, tan inspirada por el arte, la música, la literatura y el paisaje como por la vida de Jessie Hickman y su tiempo.

I

Si la tierra hablara, ¿qué historias contaría?

La mañana de mi nacimiento. Mi madre cavaba. Cubierta de hollín y de sangre. Aunque alguien no la hubiera visto en la oscuridad, seguramente habría detectado su olor. Me llevaba atada a su cuerpo, envuelta en una sábana rota. La lluvia y el viento nos batían desde ambos lados, pero ella siguió cavando. Escuché su corazón. Apretando la cara contra el abanico de sus costillas, sentí un sabor a herrumbre y a muerte.

Con aquel viento, bajo el aguacero, acabé por ser una carga. Me dejó en el suelo, al lado del caballo. Noté el frío en la espalda mojada y vi mi aliento al exhalar. Muy cerca de mí, el caballo se hundía en el barro. Lo miré de reojo mientras intentaba rescatar las pezuñas. Sabía que si me pisaba me dejaría la cabeza plana como un plato.

La mañana de mi nacimiento no había estrellas en el cielo. Mi madre siguió cavando. Un montón de tierra creció a su alrededor hasta que solo los brazos, los hombros y el pelo asomaron en la oscuridad, mientras el caballo relinchaba y piafaba a mi lado.

Cuando al fin mi madre salió del hoyo, su cuerpo se arqueó como un maltrecho mascarón de proa. Pensé, cándida de mí, que entonces quizá nos marcharíamos, aunque sabía que no había ningún barco ni balsa para llevarnos, solo Houdini, un caballo espantado. Y que al lugar de donde veníamos no se podía volver.

Mi madre se inclinó sobre mí con el pelo esculpido por la lluvia, una lluvia recia como piedras. Finalmente se agachó a recogerme y sentí su mano bajo la espalda. Me abrazó, besó mi cabeza embarrada. Volví a apretar la cara contra el hueco huesudo de su pecho y respiré hondo su olor.

La mañana de mi nacimiento, mi madre me enterró en un hoyo de apenas dos pies de profundidad. A pesar de que era una mujer fuerte, el parto la había debilitado, y mientras cavaba el viento llenó el hoyo de hojas y la lluvia lo anegó de barro, así que solo quedó un lecho mojado y mísero.

Cuando el sol despuntaba en el cielo, mi madre me acostó en la tumba. Se tumbó boca abajo en la tierra, me acarició la cabeza y me cantó. Nunca en mi corta vida la había oído cantar. Me cantó hasta que se le quebró la voz. Incluso mientras lloraba a gritos y farfullaba, su mano abierta siguió cubriendo mi cuerpo como la manta más cálida.

Quise retomar su canción y seguir cantando, pero al abrir la boca solo respiré líquido y sentí que mis pulmones se cerraban. A la primera luz de la mañana, mi cuerpo se contorsionó y vi mis dedos levantarse hacia ella con desesperación.

Mi madre me cogió las manitas hasta que dejé de moverlas y cayeron de nuevo. «Shhh, shhh, mi niña», me dijo. Y luego me degolló.

Yo no debería haber visto el resplandor rosado del día que calaba el cielo. No debería haber visto cómo los brazos pálidos de mi madre se apartaban para cubrirme con la tierra mojada, ni las bandadas de pájaros blancos que se desplegaban en lo alto.

Pero lo vi.

Pronto hubo bastante luz para distinguir los pájaros que horadaban con el pico la corteza de los árboles y la mañana se llenó de sus chillidos. Mi madre acabó de apelmazar la tierra de mi tumba con los pies. Luego se dejó caer por las rocas lisas que bordeaban el río y metió los brazos en el agua. La sangre, la ceniza y el polvo corrieron como estuarios oscuros hasta sus muñecas. Movi6 las manos en el agua hasta que quedaron limpias, hasta que pudo ver las espirales y las líneas de su piel ampliadas.

«¿Podría cortarme yo misma las dos manos?», se preguntó. Y al decirlo su voz sonó muy distinta, no parecía mi madre.

En el cuchillo que llevaba al cinto aún había restos de sangre mía. Apoyó el filo de la hoja sobre su muñeca pero, aunque quizá ella misma lo dudara, no tenía intención de cortarse las manos ni de matarse. Sus manos temblaban de las propias ganas que tenía de vivir. Tiró el cuchillo al río, aunque enseguida trató de recuperarlo, como si quisiera atrapar un pez, pero no pudo. Solo sacó un puñado de arena, y se restregó con ella las palmas hasta dejarlas rosadas, en carne viva. Cuando las miró a contraluz, parecía que el sol pasara a través de ellas. «Manos fantasmas», dijo.

Mi madre se apartó de la orilla y trepó por las rocas hasta mi tumba. Se desplomó en el suelo y, a cuatro patas, barrió la tierra con los brazos y el dorso de las manos, borrando las pisadas. Retrocedió a rastras para ocultar sus huellas y las de su caballo, sin dejar de arañar y remover la tierra hasta llegar al agua.

Se detuvo en el río junto a su caballo, con el agua a la altura de las rodillas, y comprobó que todas las huellas hubieran desaparecido. A cualquier otro observador le habrían parecido unas siluetas tan permanentes y espectrales como un par de árboles anegados, pero mi madre no era persona de demorarse.

Pensar en mi padre la impulsó a seguir adelante. «¿Y si no está muerto?», dijo. Sin embargo, no había nadie ni nada que pudiera responderle, salvo su propia inquietud, así que montó en el caballo y lo guio hacia el centro del río. Avanzando a contracorriente se alejaron de mí, se alejaron de mi tumba.

La muerte no es una salida fácil.

Mi madre me degolló convencida de que así me salvaba de una muerte lenta, pero la verdad es que habría sido mejor dejarme arder junto a mi padre, en lugar de plantarme en la tierra. Porque en la tierra descubrí que tengo ojos para ver y oídos para oír, y que veo y oigo más allá de la lógica de la distancia o del tiempo. Y con todos esos peculiares sentidos que la tierra ha despertado, me pregunto si mi madre y yo, en nuestro deseo de vivir, no estamos hechas de la misma estofa. Y en tal caso, ¿a quién culpar, más que a la naturaleza?

Cuando mi madre me depositó en la tumba, la tierra me adoptó. Me nutrió con alimento, palabras, compañía. Me abrigó y me mantuvo a salvo. Aun así, mi madre es mi madre. Y a pesar de la generosidad con la que me socorrió la tierra, de todo cuanto logró reunir, me he aferrado a la simple idea de que mi madre vuelva.

Con el tiempo, sin embargo, esta simple necesidad de que vuelva conmigo, de que me alce y me estreche entre sus brazos, ha germinado como una semilla rebelde y me he visto atormentada por la añoranza.

De un lado a otro he seguido sus pasos.

La mañana de mi nacimiento, de haber sabido lo que sé ahora, habría chillado. Habría pataleado y gritado. Pero entonces no sabía que mi madre podía abandonarme. Entonces no sabía temer a la muerte, ni oponerle resistencia.

Solo sé que la muerte es un salón mágico de espejos en el que hay una puerta, y que la puerta se abre hacia ambos lados.

Mi madre encaró el caballo en contra de la corriente. Después de la lluvia, el río bajaba crecido y el agua era impredecible. Trató de localizar el árbol partido que había tomado como referencia, pero con el cansancio todos los árboles eran iguales y, al entornar los ojos para verlos mejor, más que árboles parecían hombres cerniéndose sobre el río.

No podía permitir que la encontraran.

De pronto el agua ganó profundidad, más de la que mi madre recordaba, y el corazón le subió en el pecho mientras los cascos de Houdini rascaban y resbalaban sobre las piedras del río, pero no soltó las riendas. Lo espoleó para que siguiera adelante, apretó los muslos e inclinó la pelvis hacia delante hasta que el caballo, con un gran impulso, encontró suelo firme bajo las pezuñas.

Ya estaban al otro lado del río.

Había más luz de la que mi madre hubiera deseado, y en la orilla todavía se distinguían las huellas. La lluvia las había borrado un poco, pero se reconocían perfectamente.

Lenta y dolorida, hizo trotar a Houdini hasta que las huellas de los cascos en un sentido y en otro acabaron por ser tan idénticas que resultaba imposible distinguir en qué dirección habían partido.

Cabalgaron a galope tendido entre la maraña de ramas caídas y helechos del bosque. No habría que volver a preocuparse por las huellas hasta llegar a la linde de la casa de Fitz.

Al salir al claro donde empezaba la finca, Houdini avanzó siguiendo la alambrada hasta la primera cancela. Notó que el caballo respingaba y supo que, por más que quisiera obligarlo, no pasaría de allí.

Desmontó de un salto y desabrochó las alforjas. Sacó las botas de Fitz, las escurrió y se encaminó descalza a la cancela de arriba. Los pastos crecidos formaban una alfombra alisada por la lluvia. Pasó junto a varias reses que vagaban sumidas en un estupor silencioso. A partir de la segunda cancela no había árboles; Fitz los había talado todos.

La casa aún humeaba. Solo se había venido abajo la parte donde el techo se había desmoronado. Daba la impresión de que la mitad se hundiera en un agujero, mientras que la otra mitad parecía intacta.

Se calzó las botas de Fitz, que pesaban lo suyo, y mojadas aún más. El cuero de la puntera estaba rajado: un monumento a Fitz, a sus patadas. Sintió que le irritaban la piel, y la cadera amoratada le dolía al caminar. Pensó que un cardenal no debería durar más que un hombre. La bota puede resistir, pero los cardenales del hombre deberían desaparecer con él.

«Ojalá estés muerto», musitó. Y no era la primera vez que lo decía.

Afianzó el peso de su cuerpo en las botas y entró en la casa. La tetera seguía

encima del fogón, entre restos de la chimenea.

Mientras avanzaba por los escombros sintió el calor que le subía desde los pies.

«¿Fitz?», gritó.

Levantó la trampa del sótano. No recordaba haberla cerrado. Los tablones crujieron y algunas partes de la casa sisearon con las llamas y la humedad cuando se asomó por el hueco de la escalera del sótano en busca de Fitz. Apenas había luz, salvo por los pequeños destellos desperdigados de los cristales rotos. Sujetándose en el borde de la trampa, se asomó un poco más.

«Fitz, cabronazo —gritó—. ¿Dónde estás?»

Y al inclinarse lo vio.

O vio algo de él. Un brazo. El torso. El extraño dibujo de la piel quemada. Desprendía un olor a vinagre y cebolla, el mismo olor de siempre y, antes de poder taparse la boca del tufo, mi madre vomitó en el sótano.

Se quedó a gatas en el suelo sintiendo que la casa le succionaba la vida. Apenas le quedaron fuerzas para limpiarse la boca y tumbarse boca arriba. El espanto de lo sucedido aquella mañana por fin la había golpeado. Las partes de su cuerpo que no estaban entumecidas empezaron a temblar.

Pero estamos hablando de mi madre.

Con la espalda apoyada en el suelo, empujó con las piernas y los pies toda la porquería y los escombros que pudo alcanzar y los echó por el hueco del sótano. Oyó que caían alrededor de los restos de Fitz, y eso la consoló. No volvió a mirar adentro, sino que dio media vuelta y se levantó, tambaleándose. Salió de la casa con paso vacilante y caminó por el pasto mojado hasta que se desplomó en el suelo.

Fitz estaba bien muerto.

Podía respirar tranquila.

Más allá del bosque y de la casa de Fitz, las montañas se extendían hacia el norte y el oeste. Ver la sierra majestuosa bastó para que mi madre se pusiera de nuevo en pie. Cruzó el prado balanceándose hacia la cancela. El ganado se movía silenciosamente a su alrededor, borroso.

Subiéndose a la cancela consiguió montar a lomos de Houdini. Se agarró de la crin, dirigió la cabeza del caballo al punto más alto de las montañas y le dijo al oído: «Amigo mío, aunque me muera y me pudra sobre tu grupa, no te detengas hasta que lleguemos allí».

La mañana del nacimiento de mi madre fue distinta. Ella estaba rebosante de vida, para empezar.

Septimus, su padre, la tomó en brazos nada más nacer, justo después de que Aoife, su madre, diera a luz en una tina de lavar la ropa en el porche.

Corría el año 1894. Era una noche clara llena de estrellas, y Septimus observaba la escena como un insecto nervioso de ojos saltones, con la cara pegada a la ventana del cobertizo. Aoife deambulaba alrededor de la casa sin dejar de bramar mientras la comadrona, la señora Peel, trataba de hacerla volver a la cama.

Al ver a Septimus en la ventana, iluminado por el resplandor del fuego con el pelo de punta, Aoife levantó un puño hacia él y resbaló. Cayó de espaldas en la tina al mismo tiempo que una contracción la paralizaba. Cuando pasó, sintió que las fuerzas abandonaban sus piernas, su cuello y sus brazos, y quedó allí tendida como una planta mustia por exceso de agua.

Septimus vio que la señora Peel desaparecía y volvía enseguida con un cargamento de velas y quinqués entre los brazos. Los colocó alrededor de los pies de Aoife, exclamando:

—¡Ninguna criatura de Dios debe nacer a oscuras! —Empezó a encenderlos como un zelote.

Aoife se retorció con desesperación.

—¡Sáquelo, sáquelo! —chillaba. Con las sacudidas, el agua rebasó el borde de la tina y apagó las velas y los quinqués.

La señora Peel intentó sujetarle las piernas, que se abrían y se cerraban sin parar como unas tijeras en medio de la oscuridad. Aoife no quería la criatura dentro de su vientre, pero tampoco fuera. Septimus se llevó las manos al corazón y miró hacia el cielo. Vio la constelación del Centauro, con su arco, y la Cruz del Sur que centelleaba como un talismán colgado de un esbelto cuello. Pensó que al menos aquel destello de belleza era un buen augurio.

Poco después, porque era la cuarta vez que Aoife paría, Septimus oyó un gemido tembloroso.

Se levantó de un salto, corrió hasta la estufa con idea de apagar el fuego, cambió de parecer, se enganchó la camisa en la chapa de la puerta, se soltó y cruzó el pasto a la carrera. Cogió a la criatura en brazos mientras la señora Peel cortaba el cordón umbilical, y luego envolvieron a mi madre en una mantilla.

—Una hija —dijo Septimus, inclinándose hacia Aoife para mostrársela.

—Ocúpate de ella —dijo Aoife—. Solo quiero dormir.

La señora Peel la ayudó a entrar en la casa, y Septimus caminó por la hierba con mi madre acurrucada contra su pecho. Besó su cabeza húmeda y la alzó. Su carita, todavía contraída por el parto, se tersó cuando la niña rompió a llorar. Septimus vio lo mismo que sintió en aquel momento: Centauro tensaba su arco entre las demás constelaciones y disparaba una flecha directa a su corazón. Abrazó a mi madre y supo que nunca, pasara lo que pasara, amaría tanto a una criatura temblorosa.

Años después, cuando mi madre quiso saber qué estrellas había la madrugada de su nacimiento, Septimus no pudo describirlas. Solamente dijo: «Cariño, las constelaciones formaban espirales en el cielo, y también más allá del horizonte, y todas giraban movidas por una fuerza desconocida, formando un dibujo. El día que naciste hubo un carnaval de estrellas, un desfile que daba vueltas alrededor de los polos del universo».

Y aunque Septimus sabía que había visto en el cielo un arquero, una flecha que cruzaba el firmamento, con su paso por la vida había empezado a creer que no existía ningún patrón, que las estrellas mismas eran meras nebulosas, visibles pero indistintas unas de otras, siluetas en movimiento que se proyectaban contra otra materia luminosa.

Sin embargo, no quiso decírselo a su hija.

Con la mirada fija en las montañas, mi madre cabalgó el día entero. Le escocían los ojos y apenas podía mantener la cabeza erguida. Se sostenía a duras penas sobre la montura viendo correr el pasto amarillo incesantemente bajo sus pies.

La hemorragia le había empapado de sangre los pantalones y el grueso cuero de la silla. A punto de desmayarse, se recostó y se abrazó al caballo. Era un dique de calor y frío, y la sensación no era de cabalgar sino de hundirse, y hundirse era lo que temía. Irguió la espalda como una viga de acero y escrutó el horizonte a lo lejos.

Era tanta la distancia.

Las montañas parecían más lejanas que nunca y, mientras mi madre trataba de fijar la vista en las afiladas cumbres que se hundían en el cielo, sus contornos se difuminaban como un inestable telón de fondo, hacia un lado y hacia el otro. El sol lo velaba todo, nada era sólido.

Siguió cabalgando.

Al final, por mucho empeño que le puso, no pudo mantenerse erguida. Perdió el conocimiento y soltó las riendas del caballo.

Houdini, un semental, un waler, pasaba fácilmente del galope a un trote ligero, y el peso de mi madre bastaba para mantenerla en equilibrio. El caballo se dirigió al oeste, hacia el fino arco del río, y mantuvo un paso sostenido hasta alcanzar la orilla. Entonces se agachó y depositó a mi madre en la arena.

Al caer en la arena volvió en sí. No sabía dónde estaba. Vio a Houdini bebiendo en una parte del río que no alcanzó a reconocer, y se arrastró como pudo a beber hasta que el agua la reanimó. Entonces pudo reunir fuerzas para quitarse los pantalones, acartonados por el polvo, y sumergirlos en la orilla. Nubes rojas se abrieron como una flor.

Mi madre no era de las que dicen «Santo Cielo» o «Dios mío». Era de las que dicen «Joder». Y a menudo. Era una palabra que había puesto a punto en la cárcel. Medio desnuda junto al río, cuando se miró entre las piernas, eso fue lo que dijo: «Joder, Houdini. He dejado un rastro de sangre».

Nunca hay una buena manera de morir. Y verán que mi madre no era de las que se rinde. Pero la sangre da valor, y ella había perdido mucha. No tenía fuerzas para volver a montar a caballo.

Hacia el norte se divisaban las cumbres y los riscos cambiantes de las montañas. Aunque hubiera podido cabalgar sin pausa, solo para llegar al pie de la primera estribación de la cordillera habría que cabalgar un día entero. A su lado corría el río. Si conseguía rodar hasta el agua y se dejaba llevar por la corriente, el agua la devolvería al lugar del que venía y adonde no podía regresar. Un cielo clarísimo y sumamente azul, sin nubes ni apariciones, parecía desplomarse sobre ella. Se tapó la

cara para protegerse.

«Joder, Houdini» era el resumen perfecto.

Querías imaginar a tu madre tejiendo mantas de todos los colores que le caían hacia los lados mientras estaba encinta. O en el peor de los casos la imaginas vomitando en un balde. La noche antes de dar a luz, llevándome aún en su vientre, mi madre aplastó a mi padre como un acordeón. Un hombre de seis pies y ocho pulgadas de altura. Lo derribó con el canto romo de un hacha.

Aún le faltaban dos lunas para dar a luz, según sus cálculos, pero yo estaba tan grande y encogida en su vientre que por la noche le interrumpía el sueño un par de veces al clavarle una rodilla o un codo en la vejiga.

La noche antes de nacer escuché un golpeteo monótono que sabía que no era el corazón de mi madre. Me estiré y la desperté. Cuando oyó aquel sonido peculiar encendió un quinqué y sacó un poco la mecha para que diera más luz. Había dos polillas, pegadas una a la otra, batiendo las alas como si redoblaran un tambor, rociando de polvo su almohada.

Mi madre cogió las polillas por la punta de las alas y las protegió en el hueco de una mano. Con la otra se puso un chal sobre los hombros y nos sacó a todas de la cama. Al pasar de puntillas delante de la habitación de Fitz y ver la puerta abierta y la cama vacía, se relajó y siguió caminando con andar pesado.

La luna era solo un rasguño en el cielo y la niebla había caído alrededor de la casa, así que mi madre apenas podía ver más allá. Lanzó las polillas al aire desde el porche y se sorprendió de que no volaran; simplemente cayeron al suelo, aún pegadas, y siguieron aleteando.

A pesar de la niebla corría un aire templado propio del cambio de estación, y mi madre se sintió atraída por el viento. Iba descalza, pero sus pies curtidos no perdieron la tibieza de la cama al pisar la tierra. Se pasó la mano por el gran montículo que yo era, se subió el camisón y se agachó a orinar.

Prefería acucillarse en el suelo a la humillación de sacar el orinal delante de Fitz a la mañana siguiente. Era su pequeño gesto de rebeldía cuando él no estaba; con los años, mi madre había cercado de pis la casa entera, día tras día, y se preguntaba si Fitz alguna vez prestaría atención a lo que le rodeaba para detectar el olor. ¿Y qué haría entonces?

Acucillarse en la niebla era como estar acucillada en una nube que se extendía a su alrededor. Se sentía más cómoda en aquella postura que de pie, así que se quedó un rato en cuclillas, meciéndose apenas. Notó una gota de agua en la cara y creyó que quizá la niebla empezaba a disiparse, pero enseguida sintió más gotas en los brazos y las piernas y oyó el rumor distante de una tormenta.

Se bajó el camisón y llegó al porche justo antes de que arreciara la lluvia. Buscó las polillas en el suelo. Se habían ido, o no alcanzó a verlas.

Pensó en Fitz. No porque estuviera preocupada por él, sino porque cada vez se sentía más amenazada y sufría por la criatura que llevaba dentro de su vientre. A esa hora, cada minuto que Fitz pasaba fuera de casa, más borracho se ponía. Y, por muy ebrio que llegara, a ella siempre podía reservarle uno de sus arranques de furia.

Entró en la cabaña y se quedó junto a la cocina, balanceando el peso de su cuerpo de un pie al otro. El resplandor del fuego no llegaba a las orillas de la habitación, y mi madre se alegró, porque allí solo había más polvo y resentimiento. Era el mismo escenario que contemplaba desde hacía más de cuatro años y que tanto detestaba. Nunca le había gustado. Una tosca mesa de madera con un banco a cada lado y una silla en los extremos, y la amenazante trampilla del sótano en el que Fitz la había encerrado demasiadas veces para recordarlas todas. No había nada más en la cocina, salvo otra chimenea que solo había visto encendida una docena de veces y dos sillones andrajosos.

Los sillones eran pesos muertos que se miraban de frente. Uno era más estrecho que el otro, y Fitz se lo había adjudicado a ella. Siempre le había parecido una trampa: tan cerca del suelo, tan alto por los costados, con el respaldo inclinado hacia atrás de manera que no resultaba fácil salir de él. El tapizado era marrón y dorado, con un estampado de hojas que se enroscaban en unas flores que se enroscaban en las enredaderas, y aún recordaba la intranquilidad que la embargó la primera vez que se sentó allí.

Jessie tenía veintitrés años recién cumplidos cuando, en octubre de 1917, conoció a Fitz. Se suponía que iba a ser su aprendiz, domando caballos para la guerra, y ocasionalmente se ocuparía de las tareas domésticas. Mi madre no sabía nada sobre cómo llevar una casa. Todas las mujeres deseosas de salir de la cárcel incluían experiencia como sirvientas en sus expedientes, aunque quizá nunca hubieran mantenido limpia una casa, o ni siquiera hubieran vivido en una. Mi madre, en cambio, insistió en incluir la doma de caballos en lugar de las faenas domésticas, porque se le daba bien. Aunque era una habilidad muy deseada, y precisamente la que Fitz andaba buscando, la convencieron para que no mencionara su otro talento, el robo de caballos, porque era la razón de que hubiera acabado entre rejas.

La dejarían en libertad a condición de que aceptara una oferta de trabajo y, tal como se la resumieron, la oferta de Fitz parecía con mucho la mejor. Al menos era la única que no implicaba ganarse el pan y la sal en alguna casa adosada de una barriada de ciudad con una cofia en la cabeza, limpiando la porquería de otra familia o persiguiendo a los hijos de otra mujer. Pensó que se había librado de un destino terrible.

El día en que la soltaron, esperó a Fitz con un celador en la parte soleada de la pared de arenisca del edificio. En una mano llevaba una pequeña bolsa de lona con sus pertenencias. Dentro había una camisa limpia, dos pares de calcetines, unos pantalones de hombre y una docena de jabones que hacían que la bolsa pesara mucho más. Los jabones eran del color de la cera y estaban tallados en forma de pájaros o ángeles y envueltos en papel. Eran obsequios de las otras mujeres de la cárcel.

Se apoyó en la pared y se puso la bolsa bajo el otro brazo.

—¿Nerviosa, Jessie? —le dijo el celador.

—¡Eso nunca! —contestó ella.

El muro estaba caliente y el día era más caluroso aún. Mi madre pensó en los jabones, los ángeles y los pájaros de jabón, y esperó que no se derritieran como la cera antes de poder guardarlos a buen recaudo dondequiera que la llevaran.

—¿Cómo se llama el sitio adonde voy? —le preguntó al celador—. ¿Y a qué distancia está, exactamente?

—El valle de Widden, según ha dicho —dijo el celador—. Está al oeste o el noroeste de aquí. Mejor se lo preguntas cuando estéis en camino. Muéstrale tu interés, Jessie. Será un buen tema de conversación.

Desde hacía varios días, mi madre había vuelto a añorar el paso de las estaciones en el campo. Durante aquellos dos años entre rejas supuestamente habían pasado ocho estaciones, pero en su celda todo transcurría como un crepúsculo interminable. Solo variaban un poco la monotonía la temperatura nocturna, el ángulo de la luz al desplazarse sobre el suelo y el número de cucarachas que correteaban por su celda.

Al ver llegar a Fitz en su carreta, sin embargo, mi madre olvidó la promesa de las estaciones, los jabones de su bolsa y todo lo demás. El desconocido bajó de un salto y se plantó en el suelo con una brusquedad que lo hizo parecer más corpulento que ella y el celador juntos. Era el hombre más asimétrico que había visto en su vida. Y colorado por todas partes: las manos, la cara, el pelo. Mi madre no supo adónde mirar y fue un alivio que el celador se lo llevara aparte a la sombra para rellenar el papeleo, mientras ella recuperaba la entereza al lado del muro.

Pensó en echar a correr, pero se contuvo. Solo serviría para volver a la cárcel. Se agachó y se agarró los cordones de las botas, por si los pies se le iban solos. «No lo fastidies, chica», se dijo, y se arregló la falda, se alisó el pelo y se quitó la chaqueta al sentir que le brotaba el sudor por todo el cuerpo.

Cuando acabaron con el papeleo, el celador la llamó.

—Jessie —dijo—, este es Fitzgerald Henry. Ahora estarás bajo su custodia, y confío en que será un buen patrón. Cuenta con toda la fe de la Corona.

Jessie le estrechó la mano. Notó su piel áspera y húmeda. Fitz no dijo ni una palabra, solo hizo un gesto con la cabeza antes de guiarla por el codo hasta el carro. Jessie lo miró de reojo y se volvió hacia el celador de la cárcel, y él la saludó con la mano, sin más. Ya no era una reclusa; era una empleada. Aunque de momento parecía lo mismo.

Fitz levantó las riendas y miró al frente. Jessie lo observó de nuevo. Tenía un perfil poco favorecedor. Se reprochó a sí misma: «¿Es que aún no has aprendido nada? No se juzga un libro por fuera. No vas a casarte con él; es tu patrón. Ya puedes dar las gracias. Esta es tu oportunidad de enderezarte».

Fitz atizaba con un látigo de mango largo los menudillos de los caballos mientras recorrían velozmente las calles de Sidney. Jessie se sujetó al borde de la carreta y observó la ciudad.

Eran demasiadas las cosas que tenía que asimilar.

Había un parque verde que más parecía una loma cubierta de hierba donde Jessie recordaba que antiguamente se hacían ejecuciones, y quizá aún se hicieran, aunque ahora había mujeres que llevaban corbata y pancartas pintadas que decían ¡NO! o ¡NINGUNO MÁS DE NUESTROS HIJOS!, y los automóviles tocaban el claxon, más automóviles de los que recordaba, que competían con los coches de caballos y las carretas, y un tranvía pasó tan rápido que salpicó los excrementos de las vías por toda la carretera, y ella sin darse cuenta se tapó la boca con la falda, hasta que vio que Fitz le miraba las piernas, así que dejó caer la falda y se tapó la boca con la mano y pensó que el pudor era una cosa curiosa, y más todavía que aún pudiera sentirlo. Y entonces vio mujeres y hombres caminando sin rumbo por senderos serpenteantes, y en un parque más grande hombres con el uniforme del ejército, algunos solos, otros paseando con sus novias de la mano alrededor de las fuentes.

Y luego vio hileras de casas. Casas chatas, y más lejos, casas que se abrían y crecían en espacios con jardines y separadas por vallas, y vio niños, niños jugando con aros y haciendo juegos con tiza en la carretera.

Pronto la calle se ensanchó y desembocaron en un campo llano. Hacía tanto calor y el aire era tan seco que pensó que los caballos no lo resistirían. Cuando le pidió a Fitz que parara, él dijo: «No hasta que llegemos a la primera loma». Y cuando llegaron a la primera loma dijo: «Seguiremos un poco más». Era la primera vez que hablaban, y tuvieron que levantar la voz para hacerse oír por encima del ruido de la carreta y los caballos, aunque Jessie se alegró de no tener que contestar preguntas sobre la vida en la cárcel o lo que hubo antes.

Cayó la noche antes de que Fitz se decidiera a parar en un hostel y abreviar a los caballos. Se registró en la recepción y pidió una copa, pero el encargado no podía servirle porque eran más de las seis. «Muy bien», dijo Fitz, y pidió una habitación. Ella no tenía dinero para pagarse la suya, y él lo sabía, y cuando lo miró le dijo: «No te preocupes, que yo dormiré en el suelo».

Fue la primera noche que pasó a su lado.

Fitz roncaba y Jessie se quedó mirando las molduras del techo, e incluso en la oscuridad distinguía los detalles, aunque era un esfuerzo para sus ojos y al final se durmió. Fitz la despertó por la mañana. «Aséate, te espero fuera», le dijo. En la habitación no había nada con que asearse, aparte de una palangana con agua y una toalla de mano. Claro que en su bolsa de lona guardaba una docena de jabones, pero cada uno era un símbolo de esperanza, no solo por ella, sino por las demás mujeres, y no pensaba sacrificar ninguno. Así que humedeció la pequeña toalla y al limpiarse la piel vio aparecer vetas de suciedad, y sintió como si cada vez que se restregaba borrara un día, una semana, un mes en prisión. Cerca de la palangana había un pequeño jarrón con ramitas de romero. Sacó una por el tallo leñoso y se frotó con ella las manos, las axilas y la entrepierna. Sintió el olor. Olía a limpio. Se recogió el pelo con horquillas y, cuando estuvo lista, colgó la toalla en una silla y alisó la manta

sobre la cama. Recogió su bolsa. Fitz esperaba en la puerta y la llevó a desayunar, guiándola otra vez del codo, con las llaves de la habitación tintineando en una anilla plateada prendida en el cinturón, igual que un celador de la cárcel.

Salieron a desayunar en la terraza, al sol, y al darse la vuelta Jessie encontró una cesta de panecillos recién salidos del horno, mermelada de dos clases y té en teteras individuales. Se comió todos los panecillos que había en la mesa. Fitz volvió a pedir una copa y el camarero le dijo: «Lo siento, señor, no antes de las once». Y Fitz dijo: «Muy bien».

Fitz condujo la carreta todo el día, aunque ella se ofreció a hacerlo. «Todavía no conoces los caminos.» Era verdad, pero Jessie no estaba acostumbrada a ir de pasajera y los brazos y las piernas empezaron a temblarle con el traqueteo, y se arrepintió de haber comido tantos panecillos, porque el pan nunca le había sentado bien, pero no dijo nada más. Siguió agarrada al borde de la carreta, con los ojos cerrados, recordando que lo más que había viajado en dos años eran las veinte vueltas que dio una vez al patio de la cárcel.

Cuando llegaron al pie de la sierra siguieron por el camino sinuoso que llevaba al otro lado, y Jessie pensó que construir una carretera como aquella era un prodigio del ingenio del ser humano, pero al cabo de un rato empezó a preguntarse por qué no se les había ocurrido hacer una carretera que cruzara la montaña en línea recta y bajar por la otra cara de la sierra, en lugar de trazar un camino con un sinfín de curvas que se abrían y se cerraban o discurría al borde de los precipicios, que parecía pensado para que un viajero se mareara y sintiera vértigo.

Entonces vio un águila del tamaño de un hombre posada en el borde de un risco, y tuvo la certeza de que el ave se volvía y la miraba a los ojos, antes de desplegar las alas en toda su envergadura y alzarse hacia un cielo inmenso. La visión la sobrecogió.

Esa noche no hicieron ningún alto en el camino. Jessie no sabía de qué estaban hechos los caballos de Fitz para poder viajar sin tregua. El camino se estrechó en un sendero pedregoso que al final caía hacia un valle, y ya era de nuevo mediodía, soplaba un aire seco y el sol resplandecía tanto que no pudo distinguir más que campos amarillos, como si todo el paisaje estuviera pintado con un único color. Fitz siguió adelante hasta que los campos desembocaron en la orilla de un bosque, y de repente todo era verde, oscuro y húmedo, y Jessie se dio cuenta de que allí se respiraba un aire distinto.

—Estamos cerca —dijo Fitz.

—Entonces, ¿puedo ir andando? —preguntó, deseosa de recuperar algo de sí misma, empezando por los músculos de las piernas.

—No hay tiempo que perder —dijo él.

—¿Por qué? —dijo ella, pero no le contestó.

Cuando llegaron a la casa, Fitz dijo:

—Ahí está.

Y por el modo en que lo dijo, Jessie se dio cuenta de que se enorgullecía de la

vivienda y que la había construido él mismo, pero como no supo bien qué pensar ni qué decir, no dijo nada. Solo trató de captar todos los detalles.

Era una casa ancha, con un porche amplio y una chimenea en cada extremo. Se habían talado todos los árboles a cien yardas a la redonda, y vio vallas bien hechas, rediles, un cobertizo y un establo.

—Adelante, Jessie —dijo Fitz.

Dentro se sirvió un trago de whisky y a ella le puso una jarra de agua.

—El whisky no es bebida para una mujer —dijo. Ella no estaba de acuerdo.

Luego señaló hacia el fondo de la habitación y con un gesto torpe dijo:

—Después de ti.

Y allí estaba el sillón, la trampa, y aunque desde el principio supo lo que era, se sentó de todos modos. A pesar de que estaba flacucha después de vivir tanto tiempo a base de gachas, apenas le cabían los brazos entre los costados amurallados de la butaca, a menos que los dejara encima de las piernas o los apoyara en los enormes paneles que la flanqueaban, y eso fue lo que hizo.

Se miró las manos y los brazos y pensó que nunca habían estado tan pálidos. De pronto, allí sentada, se sintió enferma, como si aquellas manos y aquellos brazos no fueran los suyos, y el mero hecho de verlos la angustiaba.

Fitz empezó a hablar y lo oyó decir «cuatrera», y «esposa», y «cárcel», mientras ella trataba de asimilarlo todo.

—¿Me entiendes? —dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—Es nuestro acuerdo —continuó él.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos.

—No —dijo.

No hizo falta más.

La palabra tuvo un efecto inmediato en Fitz. Se hinchó, igual que un monstruo de feria que Jessie había visto una vez en el circo. Ella se echó hacia atrás en el sillón al ver el sarpullido que se extendía desde el cuello al mentón de aquel hombre y florecía alrededor de su nariz, hasta que la cara le quedó de dos colores. Fitz bajó los brazos al suelo, agarró las patas de la butaca y se empujó hacia ella.

—Ya lo entenderás —dijo.

Y entonces, después de una larguísima cabalgada por la ciudad y las llanuras, de bordear una sierra y cruzar un valle, Fitz levantó el brazo y le pegó.

Además de todas las esperanzas que las mujeres de la cárcel depositaron en mi madre, talladas en las caritas redondas de ángeles y pájaros, con las alas abiertas o plegadas, ella también acariciaba una. Tenía la esperanza de que su patrón fuera un buen hombre.

Pero no lo era.

Fitz, mi padre, era malo y violento, chantajeaba a mi madre y, con el tiempo, acabó por dejar cardenales en cada rincón de su cuerpo. Ejercía sobre ella el peso de la ley, porque era su custodio legal, y mi madre sabía que a la menor provocación podía acabar de nuevo en la cárcel. Y si intentaba escapar, le advirtió, mandaría a sus hombres a buscarla, aunque mi madre nunca supo quiénes eran esos hombres. Muchas veces pensó que la cárcel era preferible a vivir con él, y sin embargo encontraba cierta libertad en los desafíos con que lo retaba. Desafíos de los que Fitz no llegaba a enterarse y jamás habría imaginado.

Cuatro años después, al pasear la mirada por el salón polvoriento y los odiosos sillones del rincón, mi madre supo que su tiempo se agotaba. Yo estaba en camino, y no quería traerme al mundo para que llevara aquella vida. En adelante habría una criatura a la que proteger.

No podría haber adivinado que sería tan pronto.

Es difícil saber qué empujó a mi madre esa noche en concreto hasta un lugar tan abismal y cargado de venganza. La luna apenas visible, las polillas, la lluvia, el recuerdo, abonaron el germen que anidaba en su interior.

Balanceándose sobre los pies delante del fuego no logró aliviar su creciente desasosiego. Mientras la lluvia arreciaba en el tejado, imaginó que Fitz se dejaba caer del caballo, subía tambaleándose los escalones y entraba en la casa como si fuera dueño de todo, incluso de ella, antes de empezar a sobarla con su olor a whisky, a barro, a otras mujeres. Y al pensarlo sintió la rabia latir en su interior.

Otras noches, sabiendo que llegaría borracho, se encerraba con llave en su cuarto, aunque así solo lograra postergar su ira hasta la mañana siguiente.

Paseó la mirada por la habitación. Junto a la puerta había un armario donde Fitz guardaba sus rifles, y al lado del mueble un hacha. Fitz siempre llevaba la llave del armario en el bolsillo, así que mi madre cogió el hacha.

Apoyó la espalda en un lado del mueble y lo apartó hacia un lado con toda la fuerza de sus piernas. Colocó una silla en su lugar y se sentó a esperar, alerta. Estaba acostumbrada a hacerlo.

Conocía cada uno de sus sonidos. El estrépito que hacía al cruzar el bosque a caballo, el ruido sordo al atravesar el cercado. Los golpes, tirones, sacudidas que hacía al acercarse a la casa.

Y conocía también algo que nunca había oído pero deseaba con toda su alma: la succión de la tierra al envolverlo y tragárselo.

Medio desnuda, cubierta por una costra de arena, Jessie no volvió a montar en el caballo ni se dejó caer hasta el río. Se incorporó para agarrar una manta de las alforjas y se envolvió en ella. Mascullando maldiciones y retorciéndose, mordió los bordes de la manta para contener el dolor de los entuertos. Se desmayó justo antes de ver tres siluetas que cruzaban el prado dirigiéndose hacia ella.

De haberle quedado fuerzas o conciencia para montar en el caballo, habría visto primero las sombras de las siluetas proyectadas sobre el pasto amarillo. Y al cabo las habría distinguido: una mujer, un hombre, un perro.

A medida que se acercaban habría visto que el hombre era viejo, la boca surcada de arrugas cruzándole la cara como un alambre de espino, las cuencas de los ojos profundas como los huecos que quedan en la tierra al dar una patada a una piedra. Le faltaban algunos pedazos. Los dientes, un trozo de oreja.

La mujer estaba mejor ensamblada, aunque probablemente era tan vieja como él. El pelo blanco le caía por la espalda como una tela de araña, y tiraba de una carreta. En la carreta había un cordero muerto.

La vieja y el viejo iban detrás del perro.

El perro era una raya amarilla con ojos amarillos, y avanzaba en zigzag delante de ellos. Cuando desaparecía entre los pastos, la vieja y el viejo conseguían seguir su itinerario observando la hierba que se abría y crujía por donde pasaba. Ambos caminaban con brío, espoleados por el cordero que habían encontrado, y confiaban en que el perro olfatearía cualquier criatura de sangre caliente en una milla a la redonda.

Era un perro de caza que el viejo había encontrado hacía cosa de un año atado a un árbol. Oyó los ladridos tan claramente como si el perro estuviera en un anfiteatro. Siguió el sonido hasta que por fin lo vio a lo lejos, apenas una pincelada que saltaba sin parar y ladraba frenéticamente. Al acercarse, el perro se abalanzó hacia él con tanto impulso que la cuerda se tensó y las patas quedaron suspendidas en el aire por un momento.

El viejo desmontó de su caballo y cogió un saco de arpillera de la alforja. Se acercó despacio y el perro se echó a temblar. La piel de sus patas huesudas se estremecía como una cortina. El viejo lo azuzó: «Vamos, despojo, ¡huele!», dijo, poniéndole la arpillera delante del hocico. Era el saco que usaba para los conejos, y estaba impregnado del olor. El perro lo detectó inmediatamente. El viejo le pasó la cuerda alrededor del hocico y le echó el saco encima.

Al sentir que el perro se sacudía entre sus brazos, el viejo se animó. Rodeando el árbol, vio que el perro había trazado un sendero circular, y que los huesos y los restos del antiguo dueño del animal estaban desperdigados alrededor.

El viejo se echó a reír al comprender que el perro era una recompensa. Dentro del cuerpo inquieto del animal bullía todo lo que se estaba apagando en el viejo. Por maltrecho que pareciera, el perro conservaba los sentidos alerta, era una criatura tan

apegada a la vida que se había comido a su propio amo para sobrevivir.

Serpenteando por el pasto amarillo, el perro olfateó a mi madre. Captó su rastro con la misma intensidad que si hubiera arrastrado sus pantalones ensangrentados con un palo a lo largo de una milla.

Cruzó la arena y hundió el hocico en su cuello. Mi madre, que perdía la conciencia a cada momento, se despertó y vio dientes y saliva. El perro le ladró en la oreja y en su cabeza resonaron voces y ladridos de otros perros. No era una mujer religiosa. No creía en el cielo ni en el infierno, pero en aquel momento pensó que después de todo estaba equivocada, y al final resultaba que le aguardaba el infierno. El perro estaba fuera de sí, atacando fieramente la manta para llegar al origen de la sangre, y mi madre pensó: «Esto es lo que pasa en el infierno. Los perros te destripan».

Sin embargo, los perros del infierno que creyó que la acechaban eran en realidad el viejo y la vieja que desmontaban de sus caballos y rezongaban mientras bajaban a la orilla, y el aullido lastimero del perro cuando el viejo lo levantó con la bota.

Luego distinguió sus caras pálidas cerniéndose sobre ella. Y al ver sus ojos extraños y la maraña de pelo plateado, los tomó por heraldos de la muerte, con la misma certeza que reconocía en una helada el presagio del invierno.

«Llegáis tarde», dijo, convencida de que la muerte ya se la había llevado.

Pero no estaba muerta, ni eran heraldos de la muerte. Eran dos viejos de carne y hueso, y empezaron a discutir qué hacer con ella.

Mi madre había caído en una encerrona. Todo empezó años antes de darme a luz, cuando apenas llevaba cinco meses fuera de la cárcel. Entonces aún estaba en la tierra de la esperanza, y se encomendó a las hojas y la tierra tanto como al cielo y a la montaña para que las cosas mejorasen. Se enfrascó en su trabajo y procuró emplear su eficiencia y su habilidad para domar caballos pensando que así Fitz la valoraría, pero la única muestra de reconocimiento que obtuvo fue la paliza que le dio una noche, cuando la encontró acariciando a los caballos en lugar de estar preparando la cena.

Ella ya lo odiaba, y era solo el principio de su primer otoño allí.

A ratos le daba un respiro. Fitz solía pasar el día entero fuera de casa y no volvía hasta el anochecer, así que ella podía hacer sus tareas tranquila, disfrutando de la paz y el desafío de los caballos. Trabajando día tras día recobró el equilibrio y las fuerzas, pero con el cambio de la estación la noche llegaba cada vez más temprano y, aunque en otros tiempos creyó que agradecería cualquier cambio de la naturaleza, entendió que pronto habría muchas menos horas de luz para hacer las cosas y que pasaría mucho menos tiempo libre de Fitz. Temió lo que podría depararle un invierno a solas con él.

La noche de la encerrona empezaba a oscurecer, la hora en que mi madre lo esperaba. El sol era su reloj, y casi se había puesto sin que hubiera señales de Fitz, ni el alboroto con que acostumbraba a anunciar su llegada.

Puso la mesa tal como él le había enseñado a hacerlo, con el tenedor al lado del cuchillo y la cuchara, y una servilleta doblada en un triángulo. envolvió los platos en un paño y los puso encima de la cocina para calentarlos. Probó el estofado. Esperó, desterrando cierta sensación de inquietud.

Era completamente de noche cuando oyó llegar una reata de caballos, un sonido inesperado y distinto de lo habitual. Fue hasta el armario de las escopetas y descubrió con alivio que Fitz había olvidado cerrarlo con llave. Solía hacerlo, y también solía guardar siempre las armas cargadas. Cogió un rifle, se agachó y echó un vistazo por la ventana.

Dos hombres se acercaban a la casa, y ninguno de ellos era Fitz. No alcanzaba a ver bien, pero calculó que detrás traían no menos media docena de caballos, por lo que dedujo que habría más hombres.

Aporrearon la puerta.

—¿Fitz? —gritó uno de ellos.

Jessie se apartó de la ventana y se quedó detrás de la puerta.

—¿Qué? —les contestó, haciendo su mejor imitación de Fitz.

—Tenemos los caballos —dijo la voz al otro lado de la puerta.

Fitz no le había hablado de ninguna entrega, pero nunca le contaba nada. Escondió el rifle a un lado y abrió la puerta.

—Perdone, señora —dijo uno de ellos, sorprendido de verla—. ¿Está Fitz? Parecían arrieros. Altos y enjutos. No se quitaron el sombrero.

—Volverá pronto —dijo Jessie—. ¿Han de tratar algún negocio con él?

—Así es, pero si no está en casa no nos quedaremos.

—¿Les esperaba?

—Sí, señora. Nos dijo que entregáramos los caballos esta noche.

—Habrás que meterlos en el redil —dijo Jessie.

—Y hay que marcarlos enseguida —dijo uno de los hombres.

—Yo misma lo haré por la mañana —dijo Jessie.

—A lo mejor prefiere no esperar tanto.

—¿Son robados? —preguntó ella.

—Solo digo, señora, que a lo mejor prefiere volver a marcarlos esta noche, antes de que amanezca.

Cuando Fitz volvió a casa al día siguiente, Jessie ya había marcado los caballos robados y había elegido uno para ella, un waler tordo al que llamó Houdini. Estaba montándolo en el cercado cuando oyó un disparo. El caballo se encabritó, pero consiguió calmarlo. Al volverse, vio que Fitz se acercaba cabalgando desde el bosque. Incluso de lejos se dio cuenta de que estaba borracho, por el modo en que se balanceaba sobre la silla.

Se dirigía hacia ella apuntándola con el rifle. Jessie desmontó de Houdini y se plantó delante.

—¿Me estás apuntando con ese rifle?

—Qué imaginación tienes —dijo él, dejando caer la escopeta hacia un lado—. Veo que has estado ocupada.

—He marcado tus caballos.

—Bien hecho —dijo Fitz—. Entremos en casa. Te traigo un regalo.

En la casa le tendió un paquete marrón desde el otro lado de la mesa y Jessie lo abrió. Dentro había un vestido largo de algodón blanco, con una puntilla de rosas bordadas.

—¿Para qué quiero un vestido? —preguntó—. Me siento más a gusto con pantalones.

—Vamos, pónitelo —dijo Fitz.

Jessie no le hizo caso y empezó a encender el fuego.

Fitz se sentó con los pies encima de la mesa.

—Te puede caer un año de cárcel por cada caballo.

—Yo no he robado ningún caballo —dijo Jessie.

—O no veo bien, o han aparecido media docena de caballos en el redil.

—Vinieron a entregártelos a ti.

—Pero fuiste tú quien aceptó la entrega. Y sospecho que no me sería difícil

localizar a los dueños.

Mi madre supo lo que se avecinaba. Fitz llevaba meses aguardando su momento, incapaz de aceptar un no por respuesta.

—Jessie, que yo sepa tienes dos opciones.

—¿Y cuáles son?

—Puedo llevarte de nuevo a la misma cárcel en la que te recogí.

—¿O?

—Puedes casarte conmigo.

Mi madre eligió, aunque en realidad no tenía alternativa. Poco después de que Fitz llegara tambaleándose sobre su caballo, volvió a adentrarse en el bosque con mi madre sentada en la grupa. Él llevaba un traje azul y el pelo repeinado hacia atrás, y Jessie el vestido largo blanco. Mientras galopaban sorteando las ramas bajas de los árboles, Fitz le gritó: «¡Agáchate!». Ella lo hizo, pero lo pensó mejor. Levantó los brazos y la rama la enganchó apenas un segundo antes de derribarla al suelo, y cuando se levantó Fitz la abofeteó.

Esa tarde el juez de paz —el jefe de la estafeta de correos— que los casó anotó en el registro que las mangas abombadas de la novia estaban rasgadas en varios sitios y salpicadas de sangre. No asistieron familiares ni amigos. La novia parecía alterada, pero al final el jefe de correos aceptó el dinero del novio, tomó una foto y no hizo preguntas, aparte de «¿Acepta a este hombre por esposo?» y «¿Acepta a esta mujer por esposa?». Y los dos dijeron sí, y los dos firmaron.

Al lado del río mi madre volvió a desmayarse. El viejo lio un cigarrillo mientras la vieja se dejaba caer de rodillas y abría la manta para ver de dónde salía toda aquella sangre.

—Te salvaré, te salvaré —murmuró.

El viejo se irritaba cada vez más.

—¡Mujer! —gritó al fin—. Está moribunda. Y si vive seguro que traerá problemas.

—No pienso abandonarla —dijo la vieja, serena y desafiante, y siguió a lo suyo.

—Solo será una boca más que tendré que alimentar —dijo el viejo. Se sentó en la arena y el perro se acercó y se tumbó a su lado.

La vieja se incorporó y señaló al hombre con un dedo torcido.

—Todos estos años en este lugar miserable he rezado por tener la compañía de alguien que no fueras tú, y aquí está. Me la llevo conmigo.

La vieja caminó pesadamente hasta la orilla y mojó el pañuelo para limpiar a mi madre.

—No vale para nada —dijo el viejo, entre dientes. Luego encendió el cigarrillo y lo clavó en aire, sentenciando—: Mujer, en este mundo nada tiene valor si no es capaz de luchar.

La vieja no le escuchaba. Además de que estaba un poco sorda, se distrajo con los pantalones de mi madre, que todavía ondeaban ensangrentados en la orilla del río. Los sacó con un palo.

Mientras la mujer estaba de espaldas, el viejo se acercó a examinar a mi madre. No le gustó su cara, con aquella frente ancha y la barbilla afilada. Tenía el pelo oscuro y enmarañado esparcido por el suelo, y pensó que bien podía ser una fugitiva, una asesina. De hecho, lo era.

Se agachó y le echó el humo en la cara.

Mi madre abrió los ojos y vio al viejo, y aunque no sabía quién era, se dio cuenta de que era peligroso. Dio una bocanada de aire, tosió arrancando algo de las profundidades de su cuerpo, y escupió al viejo entre ceja y ceja.

El viejo reculó y cayó encima del perro, que empezó a gemir y aullar. El viejo, acogotó al animal con un brazo y le dijo:

—No te preocupes, chuchó. Si no se muere aquí, yo mismo la mataré.

La mañana de mi nacimiento, los ruidos de Fitz se confundían con la lluvia. Se estaba limpiando las suelas de las botas en los escalones antes de que mi madre se diera cuenta de que había llegado.

En la espera le había ido ganando el cansancio, pero al oírlo se espabiló de repente y se encaramó a la silla, con sus siete meses de embarazo a cuestas, y mantuvo el equilibrio apoyándose en la pared mientras Fitz se debatía con el pomo de la puerta.

Abrió de golpe y la puerta chocó con el borde de la silla. Mi madre vio a Fitz tambalearse de atrás hacia delante y supo que no había tiempo para titubear.

Sintió que la rabia que llevaba dentro latía a través del mango de madera del hacha y, justo cuando Fitz trastabilló hacia delante, le asestó un golpe en la espalda. Estaba tan borracho que se desplomó en el suelo. Rugió de dolor y, antes de que pudiera levantarse, mi madre saltó de la silla y le asestó otro golpe, y no paró hasta que tuvo la certeza de que no podría caminar ni levantarse del suelo nunca más.

No todos los días son un buen día para nacer, y las estrellas estaban tapadas por las nubes aquella mañana y, fueran las que fueran, no me auguraban nada bueno. Mientras mi madre descargaba el hacha sobre mi padre, una ola la recorrió por dentro, empujándome hacia arriba y dándome la vuelta hasta que me mareé y me ensordeció completamente. Hasta que me quedé fría. Me asusté cuando dejé de oír el latido de su corazón. Pataleé y me retorcí y clavé los talones donde pude, pero sentí que mi madre caía de rodillas y, peor aún, sentí que el mar embravecido de su interior se desbordaba.

Mi nacimiento, aunque prematuro, no fue una agonía. Dejé todo mi peso en la cabeza y empujé hacia abajo. Mi madre me envolvió con sus movimientos y me deslicé como una serpiente mudando de piel. Creí oír unas campanas y caí en las campanas de sus manos. Así fue mi nacimiento.

Abrí los ojos y pensé: «¿Es esto la vida?».

Mi pobre madre ahogó un grito al verme, aunque apenas había luz. Sentí su boca sobre la mía queriendo insuflarme su aliento, para escupir luego todo aquel mar embravecido que me había tragado. Me zarandeó de un lado al otro y volvió a cubrir mi boca con la suya, y después me agarró por los pies y me balanceó y me dio unas palmadas en el culo, y pensé: «¡Joder, Houdini! ¿Qué vida es esta?».

Oí que mi madre sollozaba. Me acunó en sus brazos largo rato, y luego me llevó hasta donde mi padre pudiera verme. Miré sus ojos oscuros, que se agrandaron, y luego oí el crujido de su cabeza contra el suelo.

Vi mi reflejo en sus ojos. Envuelta en una pelliza, poco adorable: creo que verme fue lo que finalmente lo mató.

Mi madre trató de amamantarme, pero de sus pechos no manó leche. Se los cubrió con paños calientes y lo intentó de nuevo. Como yo no podía respirar ni alimentarme, me bañó con agua tibia mientras mi padre se enfriaba a sus pies. Luego me envolvió en una sábana y se la ató al cuerpo, antes de romper el mueble de las armas con el hacha y sacar un rifle. Arrastró a Fitz hasta la trampilla del sótano y lo hizo rodar hasta allí empujándolo con los pies. Echó queroseno por la boca de la escalera, y continuó por todos los rincones de la casa a oscuras. Lanzó una cerilla en el sótano, y otra y otra, hasta que las llamas subieron. Por último roció de queroseno los sillones y les prendió fuego.

Las llamas saltaban y crepitaban como Fitz en una de sus diatribas, pero nosotras estábamos fuera, a salvo. Conmigo a cuestas, mi madre ensilló su caballo y preparó una manta, un rifle y un cuchillo.

La lluvia arreciaba. Apenas podíamos ver por dónde íbamos. Cabalgamos de todos modos.

II

Con suerte, si el tiempo se aguantaba, Jack Brown estaba a un día a caballo de la casa de Fitz.

Había cabalgado desde el amanecer. Por fin, justo cuando se ponía el sol, sus ojos cansados divisaron aquellas rocas perfectas como cuadrados que le señalaban el final de la cordillera del norte y el comienzo del valle. Siguió cabalgando por un terreno cada vez más llano, donde las rocas se solapaban unas encima de otras como las escamas del lomo de una extraña criatura. Los árboles empezaron a ralearse a ambos lados, como si la criatura hubiera despejado un sendero para encontrar reposo y su cola se enroscara hacia el valle hasta desaparecer en la oscuridad.

Jack Brown siguió cabalgando toda la noche. El cielo iluminaba lo necesario para que pudiera distinguir el terreno, lleno de ramas caídas que trataba de sortear con su caballo, y cuando podía atravesaba por los claros.

Estaba desesperado por encontrarla.

Había cumplido con la entrega, bordeando los desfiladeros que tan bien conocía ya, cabalgando tres semanas con ganado a la zaga, y una en solitario. No había perdido una sola de aquellas robustas reses. Había hecho su trabajo. Fitz debería contentarse con eso.

Lo había ensayado muchas veces, en muchas cabalgadas: cómo sería encararse finalmente a Fitz, pedirle que le pagara, marcharse. Jessie le había advertido que Fitz no se atecía a razones, que la única salida era huir, o de lo contrario no dudaría en mandarlos a los dos a la cárcel. Jessie había dicho que debían esperar, pero Jack Brown se preguntó entonces lo mismo que ahora: ¿Esperar a qué?

Desde que había llegado al valle, tres años atrás, Jack Brown trabajaba para Fitz, arreando y marcando ganado, al principio sin saber que era robado, y luego a sabiendas. Hasta que Fitz descubrió que estaba embarazada, Jessie participó en todos los viajes y todos los asaltos. Fitz no se había ensuciado las manos en ningún momento, y amenazaba con denunciarlos a los dos si alguna vez flaqueaba su lealtad.

Pero no había lealtad, porque no había libertad. Solo los unía un vínculo opresivo. Fitz contaba con un establo lleno de caballos como prueba de sus delitos. Jack Brown sabía que un negro no tenía más poder que una convicta, en todo caso menos, y jamás podrían alegar que los hubieran chantajeado, ni confiar en la justicia del hombre blanco. Aun así, por más que no quisiera que ni Jessie ni él acabaran entre rejas, tampoco quería ser el prisionero de Fitz o un fugitivo. Esperaba la ocasión para razonar con él, de hombre a hombre.

Durante el largo viaje a caballo, cuando Jack Brown recreaba la escena en su mente, veía a un hombre. El hombre era él mismo, cabalgando por el bosque que lindaba con la finca de Fitz, después de haber entregado cien cabezas de ganado; un hombre en plena posesión de su poder, de su valía. Llegaría a casa de Fitz, subiría con paso firme los escalones, se quitaría el sombrero. Se plantaría en la puerta con aplomo. Le estrecharía la mano a Fitz y negociarían su libertad y la de Jessie.

No sabía, sin embargo, con qué iba a negociar. Y por más veces que recreara la

escena, nunca se le ocurría qué decir, ni cómo hacerlo. Solo esperaba que el hombre que llevaba dentro, en el momento de encararse a Fitz, conociera verdaderamente su valía y que las palabras acudieran en tropel a su lengua, igual que acuden las plegarias a los hombres desesperados cuando las necesitan.

Mientras cabalgaba por el valle vio que se cernía una tormenta en las montañas del norte y que las nubes empezaban a girar como conejos tratando de atraparse la cola. Jack Brown abarcó con la mirada la inmensidad del horizonte y vio dos cielos distintos, uno amenazante y otro sereno. Se alegró de estar de aquel lado.

Había recorrido mucho trecho a buen paso, así que cuando por fin llegó al bosque donde empezaba la finca de Fitz, de nuevo atardecía. Jack Brown sentía el cuerpo baldado, pero la mente clara. Estaba seguro de lo que debía hacer.

Se adentró en la espesura del bosque. La luz de la tarde se movía a su alrededor en destellos atolondrados, saltarines, hasta que desapareció por completo. La oscuridad del bosque no le molestaba. Había recorrido aquel camino tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados, guiándose nada más por el olor, el peso y la dirección del viento sobre su piel.

De pronto oyó algo cerca, el movimiento de un animal. El ruido en sí no era nada inusual, pero creyó que se trataba de un caballo, y sabía que los caballos no deambulaban sueltos en el bosque de Fitz, porque bajo su reino nada de valor vagaba libre.

Jack Brown cabalgó a través de la maleza, agachándose para esquivar las ramas bajas, siguiendo los sonidos de un animal paciando en la hierba. Y prácticamente lo tuvo encima cuando vio su silueta. El caballo se encabritó. Jack Brown desmontó de un salto y se acercó a calmarlo con su voz. Por la marca del hierro supo que era un caballo de Fitz. Le echó un lazo por el cuello y, una vez atado, el caballo no protestó más. Jack Brown volvió a montar en su caballo y, tirando del otro, salió del claro y volvió a internarse en la maleza.

Siguió cabalgando.

Antes de llegar a la linde del bosque encontró otros dos caballos de Fitz. Apenas le quedaba cuerda, pero se las arregló para hacer dos lazadas más y llevárselos en una reata. Avanzó despacio para que no tropezaran unos con otros. No se explicaba qué hacían los caballos sueltos en el bosque, y no le infundió ánimos encontrarlos, ni el modo en que avanzaban tras él como prisioneros.

Cuando llegó a la primera cancela de la finca, Jack Brown pensó que lo mejor sería meter los caballos en el potrero. La segunda cancela estaba abierta. Varias cabezas de ganado pacían en el prado. Una vez dentro, sin desmontar, cerró la cancela y soltó a los otros caballos, que se dispersaron cada uno por su lado. Espoleó su montura y

subió la cuesta al galope.

Al acercarse a la casa pensó que le fallaba la vista y se irguió sobre los estribos para ver mejor. Por lo que alcanzaba a distinguir, una parte del tejado se había venido abajo y la otra se combaba en extraños ángulos. Tiró de las riendas sin saber muy bien hacia dónde encarar a su caballo, y al final siguió hacia la casa.

Al pensar en mi madre olvidó la preocupación de hablar con Fitz y de qué decirle. «¿Dónde está? ¿Está a salvo?»

Jack Brown desmontó de su caballo y fue directo al porche. Sus ojos no le engañaban.

—¡Jessie! —llamó—. ¡Fitz!

Entró en la casa, la puerta estaba abierta.

—¡Jessie! —gritó una y otra vez. No contestó nadie.

Recorrió la casa. Sus botas tropezaban con toda clase de objetos. De pronto creyó oír algo que se movía y se detuvo en seco, pero enseguida se dio cuenta de que era el sonido de su propio caos en movimiento.

Aquella noche acampó en el establo. Cuando fue a revisar los caballos se dio cuenta de que la cuadra de Houdini estaba vacía. Se echó a dormir, pero a pesar del agotamiento apenas logró pegar ojo. Se le pasaban todo tipo de posibilidades por la cabeza. ¿Jessie estaba muerta? ¿Se había ido?

No estaba del lado sereno del cielo, ni mucho menos.

Cayó en un sueño tenso justo antes del amanecer, y se despertó creyendo que Fitz le gritaba órdenes desde el porche. Se levantó de un salto, se alisó la ropa y corrió a la casa como habría hecho cualquier otra mañana, pero la misma angustia que solía encogerlo por dentro al ver a Fitz, la sintió ahora al ver la casa y comprobar que Fitz no estaba.

A la luz de la mañana Jack Brown vio que la mayoría de los caballos y del ganado de Fitz había desaparecido, y los animales que quedaban se veían lerdos, tambaleándose sin rumbo, como adormecidos por alguna mala hierba.

También la casa parecía una criatura enferma, decaída. Las bocas de las ventanas rotas y la puerta abierta estaban calcinadas, y los restos de las llamas subían trazando espirales por los bordes.

Adentro perduraba el mismo desorden laberíntico que Jack Brown había recorrido la noche antes, pero a la luz del día distinguió unas huellas que no eran las suyas. Eran las huellas de Fitz, sin duda. Llegaban hasta el sótano y retrocedían de nuevo hasta la puerta.

Jack Brown apartó muebles y objetos carbonizados de la trampilla del sótano y se agachó para entrar. Tanteó las paredes de arenisca con las manos y los pies, y cuando encontró suelo sólido se plantó encima. Encendió una cerilla. El suelo era un caldo de barro, cristales rotos y montones de sal. Apoyada en la pared había una estantería con

frascos y sacos apilados, algunos todavía enteros, pero la mayoría rajados.

Cuando se acostumbró a la penumbra, Jack Brown inspeccionó el sótano. Caminó en equilibrio por encima de unos ladrillos, hasta que se dio cuenta de que los ladrillos se sostenían sobre algo más. Pateó los escombros y vio lo que no quería ver. Era Fitz, o lo que quedaba de él. Jack Brown reconoció su torso mugriento, su brazo y la hebilla de su cinturón, que brillaba en la oscuridad.

Apoyó las manos en la pared. «Esto no tenía que haber pasado —pensó—. ¿Mató primero a Jessie y luego se quitó la vida? ¿El cuerpo de Jessie está también aquí?»

Y luego pensó: «Estoy acabado. Un negro pisoteando los restos de su patrón blanco. Si antes creía que la justicia no iba a estar de mi lado, ahora lo tengo claro».

Jack Brown cogió un saco del estante y lo rasgó. Vació el contenido en el suelo; no sabía si era azúcar o sal, pero no iba a probarlo. Pensó: «La sal ayudaría a conservar el cadáver, pero ¿para qué quiero que se conserve?».

Y, tal como el viejo había hecho con el perro, Jack Brown abrió el saco del todo y metió allí su hallazgo. A diferencia del viejo, sin embargo, Jack Brown no creyó que el cuerpo de Fitz fuera ninguna clase de recompensa. Fitz estaba muerto. La vida lo había abandonado, y nada de lo que Jack Brown hiciera podría devolvérsela. Arrastró el saco hasta arriba y lo sacó del sótano.

Aún no tenía la certeza de que Jessie no estuviera también en el sótano, así que volvió a bajar y prendió cerillas y buscó por todas partes, hasta que no quedó un solo rincón por revolver y se cercioró de que no estuviera allí.

Entonces, ¿dónde estaba?

Siguió las huellas de las botas de Fitz, primero hasta el porche y luego por el barro, hasta donde empezaba el pasto. Jack Brown conocía las pisadas de Fitz, el tamaño y el peso que dejaban en la tierra, y conocía la longitud de sus vacilantes zancadas. Hundió los dedos en las marcas del suelo y supo que no eran huellas de Fitz. Adivinó lo ocurrido: Jessie se había calzado sus botas, lo había matado y se había ido.

¿Era eso lo que había esperar, después de todo?

Jack Brown montó en el caballo con la macabra carga a cuestas y se encaminó de nuevo hacia el bosque.

La vieja se salió con la suya. Levantó a mi madre de las manos; maldiciéndola todavía, el viejo la levantó de los pies, y juntos la cargaron en la carreta, junto al cordero muerto.

Fue un lento viaje de regreso hasta el pie de las montañas.

Cuando mi madre despertó era oscuro. Giró el cuello hacia atrás y vio a la vieja, su pelo balanceándose de un lado a otro al ritmo del caballo, que tiraba del peso de la carreta con el traqueteo de la pendiente.

Había luna creciente, pero las estrellas brillaban e iluminaban los árboles lo suficiente para proyectar sombras en la lona de la carreta mientras cruzaban el bosque. Cuanto más empinada se hacía la ladera, más se ladeaba la carreta, y mi madre alcanzó a ver el camino que ya habían recorrido. De pronto se vio a sí misma de pie en aquel camino, cada vez más distante hasta casi desaparecer. Apartó la mirada y escudriñó el bosque por entre los listones de madera de la carreta, pero volvió a verse también allí, o versiones de sí misma, como niños corriendo entre los árboles.

Bosque Profundo. El juego al que jugaban las noches de luna llena y, después, cuando tuvieron el valor necesario, las noches sin luna. Su casa no estaba lejos, pero no se veía, así que el bosque lo era todo, y les pertenecía.

Jessie era entonces una niña demasiado alta para su edad, demasiado alta y asilvestrada, e iba por el bosque intentando encontrar a su padre, a su hermana, a sus hermanos, que le gritaban «¡Aquí, aquí!», y echaban a correr entre los árboles. Ella se agazapaba, linterna en mano, y cortaba la oscuridad con aquel nuevo aparato que daba luz.

—¡Estoy aquí!

Un cuerpo brincaba y se escabullía entre los árboles.

—¡Aquí!

Ella corría hasta que creía que le iba a estallar el corazón.

Una noche corrió tan lejos que las voces de los demás se perdieron, y creyó que se perdían para siempre, lo creyó de veras, y no pudo contener las lágrimas.

—¿Dónde estáis?

Borrosos por el llanto, los árboles se doblaban y se movían como si tuvieran piernas.

—¿Dónde estáis? ¿Sois vosotros?

Su padre apareció detrás de un árbol, a lo lejos.

—¡Jessie! —gritó—. ¡Estoy aquí!

Fue corriendo hasta él.

—¿Estás llorando, mi amor?

—Creía que os había perdido. —Se agarró con fuerza de su brazo y se secó las lágrimas en la manga.

—Cariño —dijo su padre—, a mí no puedes perderme.

La cogió de la mano y caminaron por el sendero pedregoso hasta que sus dos hermanos y su hermana aparecieron de un salto.

—¡Estamos aquí! —dijeron a la vez.

Siguieron caminando todos juntos de la mano, turnándose la linterna, sin que sus pies tocaran en ningún momento el cerco de luz, que siempre iba por delante de ellos.

Mi madre no sabía en qué mundo estaba. La asaltaban constantemente sueños febriles. Y yo intentaba alcanzarla, por supuesto, y como no podía llegar a ella con las manos o los pies, le gritaba: «¡Madre, hay vida! No te mueras. Todavía no». Y la alenté como si fuéramos una sola, y nos imaginé cabalgando juntas montaña arriba, impetuosamente, hasta que desaparecíamos entre las sombras y la oscuridad nos protegía; pero aunque en mi sueño yo solo quería que mi madre se sintiera en paz, solo percibía su terror. Hasta que me di cuenta de que en realidad no era mi sueño.

Mi madre también me soñaba a mí.

En su sueño no huíamos juntas a las montañas. Íbamos las dos en la carreta de la anciana, aunque en lugar de un caballo era ella quien tiraba de nosotras. La carreta traqueteaba por las piedras del camino. Mi madre me arropó dentro su camisa, recorrió el cerrojo con los dedos de los pies y se escabulló de la carraca. Echó a correr y se perdió en la oscuridad. Cuando oyó que la anciana gritaba se tiró al suelo y rodamos hasta chocar con un tronco hueco. Mi madre se metió a gatas, me abrazó y me dijo que me quedara lo más callada posible.

—¡Se ha ido! —chilló la vieja. Oímos que el perro se abría paso por el bosque, y la carreta iba detrás.

El perro nos encontró enseguida y se puso a dar vueltas alrededor del tronco. Metió el morro por el hueco, y al ver sus dientes nos encogimos hasta que no pudimos retroceder más, porque no había ningún lugar adonde ir. El viejo agarró a mi madre del pelo y nos sacó a tirones.

—No puedes escapar apestando así —dijo.

Los sueños de mi madre no acabaron ahí. Iba trepando descalza por la montaña, perseguida por algo que no era capaz de nombrar, sombras amenazadoras que se cernían sobre ella y la perseguían, y que solo cambiaban de rumbo en el momento en que se decidía a plantarles cara.

Cuando se despertó, estaba en una habitación que no reconocía, tapada bajo un montón de colchas de punto. Las sábanas estaban empapadas y las apartó con los pies, y al levantar las manos para frotarse los ojos, vio sus uñas bien cortadas y limpias. Alguien le había puesto una pulsera de oro en la muñeca. Trató de quitársela, pero era demasiado pequeña para que le pasara la mano y solo consiguió arañarse la piel. Le recordó a la manilla de unas esposas.

Al incorporarse y poner los pies en el suelo, se sintió aturdida y el suelo se le antojó muy lejos. Se examinó los pies. Nunca los había visto tan limpios, y las uñas también estaban cortadas.

Llevaba un camisón, con una puntilla de encaje alrededor del cuello que le irritaba la piel. Al salir de la cama sintió el frío. La habitación no tenía ventanas, pero pasaba corriente por los tablones del suelo. Fuera ladró un perro y se oyó la voz de un viejo. Recordó el ladrido y la voz, y luego recordó la cara del viejo acercándose ella.

Buscó su ropa por toda la habitación, pero no la encontró. Además de mirar debajo de la cama, no vio muchos sitios donde buscar. En el cuarto solo había una cama, un quinqué de queroseno y una silla. Se echó por los hombros una de las mantas de punto y abrió la puerta.

Se encontró en una cocina soleada. La pared de enfrente estaba hecha con marcos de ventanas, ensamblados en una especie de rompecabezas. Crujían con el viento. Fuera un palo pasó cruzando el aire y el perro fue corriendo a buscarlo. Jessie vio un patio limpio de maleza; por la pendiente del terreno y por las rocas que afloraban del suelo, dedujo que estaban cerca del pie de la montaña.

Cuando el perro volvió con el palo en la boca, el viejo apareció en escena. El primer impulso de mi madre fue esconderse y se agachó debajo de la ventana, pero enseguida se dio cuenta de que era una tontería, porque estaba en la casa de aquel hombre, vestida con el camisón de su mujer, o sea que ya la habían encontrado. Se levantó despacio, confiando en que el viejo no la hubiera visto esconderse. Se ajustó la manta sobre los hombros y se la anudó a la cintura, como si fuera un chal. Se irguió con la esperanza de que ni el hombre ni el perro detectaran su miedo.

El viejo la había visto. Agacharse, levantarse y quedarse junto a la ventana. Recogió el palo que le traía el perro y la señaló desde fuera.

—Mira por dónde —dijo, golpeteando el cristal con el palo—. Se ha levantado de entre los muertos.

La voz del viejo tintineó en su oído y le produjo un escalofrío.

Se quedó allí de pie, cruzada de brazos, preguntándose qué haría a continuación, cuando la vieja irrumpió por la puerta.

—¡Oh, chiquilla!

La anciana se apoyó en la puerta para cerrarla y se agarró el pelo, una maraña alrededor de su cabeza.

—¿Dónde está mi ropa? —dijo mi madre.

—Envuelta en esa vieja manta junto a la ventana parecías una arpía. —La anciana se rio maliciosamente—. Solo que las arpías siempre andan fuera.

A mi madre no le hizo gracia la broma.

—¿Dónde están mis pantalones, mi camisa, mis botas?

—No llevabas botas, chiquilla —dijo la vieja—. Al menos cuando te encontramos. Y tu ropa estaba hecha una calamidad. Habías perdido los pantalones, y la camisa que tenías puesta no era más que un harapo.

—¿Dónde está? —dijo mi madre—. Me la pondré de todos modos.

—No digas tonterías —dijo la anciana—. Te conseguiré un conjunto nuevo, no te preocupes por eso, pero lo primero es lo primero. Tienes que estar hambrienta, eso seguro. Te daremos comida, para que vuelvas a poner un poco de carne en esos huesos.

Mi madre tenía hambre. No sabía qué pensar de la anciana, pero el hambre era una certeza.

—Veamos, ¿qué hay para comer por aquí?

La vieja le palmeó el hombro y fue hacia la cocina. Levantó la tapa de una cazuela de la que salió un fuerte olor a carne en salsa. A mi madre se le hizo agua la boca y sintió que se desmayaba. Se agarró a una silla.

La anciana trajinó por la cocina y puso la mesa.

—Siéntate, querida —dijo—. Se supone que es lo que hacen los invitados.

—¿Es eso lo que soy? —dijo mi madre. Se sentó; no tenía fuerzas para preguntar qué estaba haciendo allí.

La vieja atizó las brasas de la cocina y probó la comida de la cazuela con el dedo.

—Ah, sí —dijo—. Ese amiguito tuyo está bien rico.

Mi madre se apartó de la mesa y derribó la silla.

—Joder, ¿han matado a Houdini? —preguntó con brusquedad.

La anciana giró en redondo. La señaló con una cuchara.

—No consentiré ese lenguaje grosero en mi casa. Ya he oído bastantes barbaridades de tu boca mientras delirabas con la fiebre. Y dime, ¿de qué estás hablando? ¿Quién es Houdini?

—¡Mi caballo! —dijo mi madre—. ¿Han matado a mi caballo para la cena?

—Ay, chiquilla —dijo la vieja, volviéndose hacia la cazuela—. Me refería al cordero, el cordero que llevábamos en la carreta. Te abrazaste a él como si fuera tu enamorado.

Mi madre volvió a sentarse, mareada solo de pensarlo.

—No sé si será ese Houdini, pero encontramos un caballo merodeando a tu lado en la orilla del río.

—¿Dónde está?

—En el establo. Así que todo está donde debe estar, querida. Cada cosa en este mundo ocupa su lugar.

La anciana sirvió la comida con un cucharón.

—¿Me llevará a verlo?

—Cuando hayas comido —dijo la vieja, poniéndole un cuenco delante. Era un estofado oscuro y brillaba con la grasa y las presas de cordero.

—¿Cuánto hace que estoy aquí? —preguntó mi madre.

—Pasaste dos días enteros delirando de fiebre y despotricando, y luego un par más durmiendo. No sé, querida... Casi una semana.

—¿Qué decía mientras deliraba?

—Bah, un montón de sandeces incomprensibles. Le lanzaste al viejo un escupitajo en el ojo y un puñetazo en la quijada, así que, ¿quién sabe si de verdad dormías? —La mujer se echó a reír otra vez.

—Vaya, lo siento —dijo mi madre, y empezó a comer con buen apetito.

—No importa —dijo la anciana—. Todos tenemos nuestras cosas.

Mi madre bajó la cabeza y se puso a comer tan cerca del cuenco que por poco se escaldó la barbilla. El estofado estaba sabroso y rico, y no levantó la vista hasta que lo terminó. La vieja no comió, pero se sentó delante de ella sin quitarle ojo.

Mi madre no reparó en que la miraba hasta que acabó de comer.

—¿Usted no come? —le preguntó.

La anciana alargó el brazo y puso la mano encima de la de mi madre.

—Solo me apetece tu compañía, querida —dijo. Alzó la vista hacia el cielo—. ¿Sabes? Por fin Dios ha escuchado mis oraciones.

Mi madre retiró la mano.

—¿Y esto? —preguntó, mostrando la pulsera que llevaba en la muñeca.

—Es un regalo —dijo la anciana.

—No lo quiero.

—¿Por qué?

—Me aprieta.

La vieja desabrochó la pulsera y se la quitó.

—Pensé que te gustaría.

—No me interesan esas cosas.

—Sabes cómo herir los sentimientos de una pobre vieja.

La presencia de la mujer empezaba a agobiar a mi madre.

—No me encuentro bien —dijo—. ¿Puede llevarme a ver a Houdini? Y creo que luego debería volver a acostarme.

—Puedes descansar todo lo que te haga falta, querida —dijo la vieja—. Y tu caballo está ahí mismo. Pero primero tienes que bañarte.

—El jabón y el agua me irritan la piel —dijo mi madre, y no mentía. Era una de sus defensas contra Fitz, bañarse no muy a menudo, o nunca.

—Puede ser, querida, pero esta es mi casa y aquí hay unas normas, y debes lavar los restos de la fiebre de tu cuerpo si no quieres que vuelva y se te infecten las entrañas.

—De acuerdo, me bañaré —dijo mi madre—, pero primero quiero ver a mi caballo.

La vieja chasqueó la lengua, pero quitó el plato de Jessie de la mesa y la acompañó fuera.

Houdini estaba en un establo destartado, construido con materiales de aquí y allá, si bien tenía un tejado y un suelo de tierra donde alguien había esparcido heno. Había comida y agua fresca. Jessie no comprendía las intenciones de aquel par de viejos, pero se alegró de que al menos supieran ocuparse de los animales.

Y allí estaba Houdini, su semental tordo de diecisiete palmos de altura, inclinando la cabeza por encima de la puerta de la cuadra cuando Jessie entró. Al verlo sintió que se le rasgaba el corazón. Houdini, más que nadie o que nada, había sido su testigo.

Houdini le acarició la barbilla con el caballete del hocico, y mi madre le frotó la nariz con la suya. Empezó a pasarle un cepillo que encontró en la cuadra, aunque solo consiguió cepillarle un flanco y un cuarto trasero antes de que se le agotaran las fuerzas.

El viejo, fuera del establo, no le quitaba ojo mientras limpiaba y lustraba una silla de montar. Jessie la reconoció, era la suya. Había manchas de sangre en el asiento, y el mero hecho de verla la avergonzó.

—¿Dónde está su mujer? —preguntó.

El viejo señaló un cobertizo de hojalata en la otra punta del patio.

—Preparando tus abluciones.

Jessie fue hacia allí, sin dejar de sentir la mirada del hombre en ningún momento.

La caseta del baño se levantaba alrededor de un depósito de agua. Había tres paredes y un techo, pero por un lado estaba completamente expuesta a la intemperie.

—Desvístete, querida —dijo la vieja.

Mi madre miró hacia la parte descubierta.

—No te preocupes, querida. Él no te molestará, te lo garantizo.

La vieja desapareció. Mi madre se asomó por la pared de hojalata y luego se quitó el camisón por la cabeza. Se sintió bien sin aquella cosa puesta. Se metió en la tina. El agua estaba tibia y le llegaba justo por encima de los tobillos.

La vieja volvió con ollas de agua caliente y las vació en la bañera.

—Vamos —dijo—. Deja el grifo abierto y métete, ahora que está caliente. —Se sentó en el borde de la bañera mientras mi madre se sentaba y estiraba las piernas en el agua.

La vieja envolvió en un trapo una pastilla de jabón y empezó a frotarle la espalda.

—Ya lo hago yo —dijo mi madre—. Sé lavarme sola.

—Creía que habías dicho que no.

—Cuando usted salga me lavaré.

La mujer entornó los ojos y escrutó el cuerpo de mi madre.

—¿Es que nunca ha visto a una mujer desnuda?

Entonces su expresión cambió y se le alisó la frente, como si al fin fuera a revelarse.

—Chiquilla, sé que has dado a luz hace poco. Estás en los huesos, menos por delante.

Mi madre desenvolvió el jabón y se echó el trapo por encima.

—No saben nada de mí.

—Sé que tu nombre es Jessie —dijo la vieja—. Estaba escrito en tu camisa, como si vinieras de una cárcel o un albergue. ¿Es de ahí de donde vienes?

Mi madre no contestó.

—Y no puedes ocultar que no hace mucho llevabas dentro una criatura. Has

empapado de leche las sábanas de la cama, y ahora mismo te mana de los pezones.

Jessie encogió las rodillas para cubrirse el pecho y levantó la vista a la parte superior del depósito de agua.

—¿Dónde está? —dijo la vieja.

—¿El qué?

—La criatura.

—Enterrada.

—¿Nació muerta?

—No. Nació viva. Pero antes de tiempo.

—Ay, chiquilla.

—No soy ninguna chiquilla.

—Lo sé. —A la anciana le tembló la barbilla y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Empezó a sollozar.

—Basta, por favor —dijo Jessie. Apenas podía respirar en presencia de la mujer.

La vieja se limpió la cara con el faldón.

—¿Podría dejarme sola?

La mujer salió de la caseta sin protestar. Jessie la oyó sollozar al dar la vuelta al depósito del agua hasta que desapareció.

Mi madre se recostó en el extremo de la bañera y observó cómo su cuerpo subía y bajaba al ritmo de la respiración. Contuvo el aliento todo lo que pudo, y se preguntó cuánto tardaría en ahogarse si se ponía boca abajo.

No se puso boca abajo. Se echó agua, y el agua se acumuló en los pliegues de su cuerpo, y por un momento imaginó que aún me llevaba dentro y que mi padre no era Fitz, sino Jack Brown, y que era Jack Brown, no el viejo, quien limpiaba la silla de montar al otro lado de la caseta.

Por el día flotaba en el bosque el olor de las acacias y el olor a miel. Jack Brown se apartó del sendero y se adentró en la tupida malla de árboles y flores amarillas brillantes que soltaban ráfagas de polvo a su paso. Pronto lo cubrieron de polen, y el aroma enmascaró el tufo del saco que cargaba detrás. Mientras cabalgaba advirtió nuevos brotes de vida despuntando de la tierra; el bosque esparcía sus semillas, anticipándose.

Arreó al caballo hasta que la maleza se hizo demasiado densa para seguir adelante, y entonces desmontó y lo ató a una rama. Siguió a pie con el saco a cuestas, contando árbol por árbol hasta que encontró el que buscaba. El árbol hueco era su escondite. Cuando Fitz le pagaba, cosa que no sucedía muy a menudo, enrollaba el dinero en un fajo, como un atado de cigarros, e iba al bosque a meterlo en una lata que guardaba en el árbol hueco. La primera vez que vio el árbol pensó que el hueco era bastante grande para que cupiera un cuerpo, pero fue solo una manera de medirlo; no imaginaba que algún día ocultaría allí un cadáver.

Se arrodilló y sacó el cuchillo para levantar la corteza que cubría el tronco, justo lo necesario para meter los dedos y sacarla. La corteza se desprendió y Jack Brown tanteó el interior del árbol hasta dar con la lata del dinero, encajada encima de un nudo. Se había oxidado y no se abría fácilmente, así que la forzó con la punta del cuchillo. Sacó un fajo de billetes y se lo guardó en el bolsillo de la pechera. Luego volvió a dejar la lata en su sitio y levantó el saco para meterlo en el hueco, pero el peso estaba mal repartido y se quedó colgando del agujero. Jack Brown lo empujó con la bota y luego volvió a colocar la corteza en su sitio, encajándola con el mango del cuchillo hasta que quedó perfectamente sellada.

Jack Brown no conocía los pormenores de las leyes, pero sabía que si no había cadáver no podía haber asesinato.

Recogió a su caballo y volvió al sendero. Cabalgó temerariamente, anhelando cargar con la culpa acuciante y certera de haber asesinado a Fitz antes que sentir el rotundo peso de su propio fracaso y, peor aún, de haberle fallado a Jessie.

Cuando vio el río, saltó la cerca que bordeaba el bosque y la orilla. Su caballo se dejó caer hasta el terreno llano y Jack Brown agarró las riendas con firmeza para recuperar el equilibrio. Luego empezó a remontar la corriente, espoleándolo, hasta que sintió los azotes y el frío en sus carnes, y deseó que llegara un día en que no sintiera ningún atisbo de la acritud que anidaba en su interior.

Oí sus embestidas en los alrededores del río. El caballo hacía mucho ruido y Jack Brown le hablaba con tono apremiante, como si quisiera calmar al animal tanto como a sí mismo. Me dio un vuelco el corazón. Allí estaba yo, esperando a mi madre, y aunque él no era mi madre, bien podría haber sido mi padre. Y pensé que cualquier cosa que ella amara o extrañara serviría. Juntos podríamos encontrarla.

«¡Jack Brown, no estoy muerta!», lo llamé.

No chillé, para que no me confundiera con aquellos pájaros de pecho blanco que se pasan el día graznando. Solo hablé lo más claro que pude: «No estoy muerta».

A medida que Jack Brown se acercaba, escarbé con los dedos la tierra que me cubría. Sabía que mis brazos no podrían llegar a la superficie, pero pensé que por lo menos podría espantar a su caballo, que quizá respingara o, mejor, se encabritara y tirara al suelo a Jack Brown, que entonces tendría que hacer frente al prodigio de que la tierra se movía bajo sus pies.

Cuando sentí su peso encima, empujé la tierra con más fuerza.

Pero el caballo y el hombre pasaron de largo, sin advertir mis llamadas ni mis intentos por escarbar el suelo que me cubría.

Los ladridos del perro despertaron a mi madre temprano, y cuando cesaron oyó que el viejo y la vieja discutían. Luego el viejo llamó al perro, montó en el caballo y salió al galope.

Mi madre se levantó sin prisas de la cama, para esquivar a la anciana. Se vistió con la ropa que le había dado y se quedó un rato sentada en la cama. Aquel cuartucho sin ventanas le recordaba mucho a la cárcel, y se preguntó si siempre sentiría que cualquier habitación, tanto si era pequeña y desangelada como si no, estaba pensada para castigarla.

Abrió la puerta y vio a la vieja sentada a la mesa de la cocina, de espaldas a ella.

—Buenos días —dijo Jessie, y puso agua en la tetera, comportándose como si en cierto modo todo fuese normal y ella, después de todo, fuera una invitada.

La vieja hizo un gesto con la cabeza, pero no apartó la vista de la ventana. Estaba pelando manzanas con una pequeña navaja, y las mondas se enroscaban en su regazo en un largo tirabuzón.

—Se le da bien —dijo Jessie.

—El truco es no proponérselo —dijo la vieja. Se mostraba distante, y mi madre prefirió que se comportara así.

—¿Dónde está el viejo? —preguntó Jessie.

—Está otra vez de un humor de perros.

—¿Y eso por qué?

—Mejor no hacerle ni caso. Se pasará el día buscando a alguien con quien compartir las penas. Aunque para eso no tendrá que ir muy lejos.

La vieja empezó a quitar el corazón de las manzanas. Se la veía una mujer curtida.

—Mientras él está fuera, ¿puedo hacer algunas de sus tareas?

—No, querida —dijo la vieja, prendiéndose de nuevo el pelo que le caía a los lados de la cara—. Para bien o para mal, ese viejo no deja nada desordenado ni desatendido. Nuestra tarea más importante hoy es preparar esta tarta y comérmola. Nos la comeremos y no le dejaremos ni las migas. Y a ver si eso nos reconforta de alguna manera.

Hacía años que Jessie no estaba en compañía de una mujer libre, y se preguntó si era eso a lo que se dedicaban las mujeres libres, a hacer tartas y comérselas para levantar el ánimo. No vio qué podía tener de malo.

Se sirvió té y observó cómo la anciana quitaba el corazón del resto de las manzanas, y luego las cortaba a rodajas y las extendía encima de la mesa. Las espolvoreó una a una con sal y azúcar, las roció con vinagre y al terminar se limpió las manos en el vestido. Fue arrastrando los pies al saloncito y levantó la tapa de un mueble, del que salió un gramófono.

La vieja arrastró una caja que había debajo del mueble y sacó un disco. Lo puso en la bandeja del gramófono, colocó la aguja y le dio cuerda al aparato hasta que la música empezó a sonar.

—A menudo pienso que sería más feliz sin él —dijo.

Volvió hacia la mesa con una ligereza nueva en el paso, echó varias tazas de harina en un cuenco y la tamizó entre los dedos.

—¿Qué es lo que suena? —preguntó Jessie.

—Es la *Rêverie* de Debussy —dijo la vieja. Y luego continuó—: Era otro cuando lo conocí, pero los años no le han tratado bien y no es de los que perdona, para nada, y yo he hecho cosas en la vida que desearía no haber hecho y que a él le parecen imperdonables. Y una de ellas es que nunca pude dar a luz a una criatura sana. Ese viejo estúpido es supersticioso, y cree que mi vientre está echado a perder. Pero no sabe nada de nada.

Mientras hablaba, la vieja siguió añadiendo ingredientes al cuenco —más sal, más azúcar, manteca y especias—, hasta que obtuvo una masa suave. La extendió con un tarro de vidrio, la colocó en una tartera y la cubrió de manzanas, y luego siguió trajinando, apilando la leña en la cocina.

A Jessie todo le parecía fascinante, sobre todo la música. Había oído orquestas, trompetas y tambores tocando en alguna feria, pero aquello era distinto. Era más melódico, se desplegaba en capas de sonido. Sin saber por qué le entraron ganas de llorar, y mordió la taza esmaltada para contenerse. Se preguntó por qué la vieja le había parecido tan desagradable al principio, y por qué algo tan bello la entristecía tanto.

Jessie no se percató de que la mujer se había ido hasta que la vio volver con un par de botas.

—Toma —le dijo—. Póntelas. Quiero enseñarte una cosa.

La vieja salió con paso decidido y Jessie la siguió hacia el altozano más próximo.

Treparon por la cuesta y los peñascos hasta llegar a un lugar donde había tres losas, una al lado de la otra, todas con una cruz tallada en la piedra.

—Mis bebés reposan debajo de estas losas —dijo la mujer—. Ninguno de ellos aguantó en mi vientre mucho tiempo. Me costó menos cargar estas losas peñasco arriba que llevarlos a ellos en mi vientre. Llegaba un momento en que mi cuerpo los expulsaba, todas las veces me pasó lo mismo. Menos con el último: lo tuve en brazos tres días. Lo llamé Judas, por san Judas, el patrón de los imposibles. Pensé: si Judas no puede salvarlo, nada podrá. Y ni siquiera Judas fue capaz.

—Lo siento —dijo Jessie.

—Cuando era joven, más o menos con tu edad, me pasaba días y semanas enteras aquí arriba, rezando por sus pequeñas almas, rezando para que no se perdieran en el limbo. Porque el limbo es un sitio horrible, es como un vacío para el alma.

—¿Sueña con ellos? —preguntó Jessie.

—A veces. A veces son bebés, y a veces son personas hechas y derechas, como si hubieran sobrevivido y ahora fueran adultos buenos y fuertes, y soy yo la que está en sus brazos, son ellos los que me acunan. —La vieja se echó a reír—. Pero solo son sueños, ¿verdad?

Cuando el viejo volvió, al caer la tarde, parecía de mejor humor. La vieja lo acogió con aspavientos, dándole de comer con las manos y masajeándole los pies. A Jessie la sorprendió aquel cambio de actitud de la mujer, pero supuso que era su manera de restaurar un poco la paz entre los dos. El viejo no dijo dónde había estado, ni ella se lo preguntó. Jessie vio cómo se destensaba la boca del hombre a medida que se relajaba, poniendo los ojos en blanco. No se fiaba de él.

La anciana había guardado el gramófono al verlo llegar con el perro montaña arriba, y ahora solo se oían las ráfagas de viento que barrían la ladera, y el chisporroteo del fuego, que Jessie atendía.

—Habrà otra tormenta esta noche —dijo el viejo.

A Jessie no le apetecía pasarse una noche oyendo las sentencias del viejo, pero pronto se quedó dormido en la silla y empezó a roncar.

—No vale la pena molestarlo —dijo la vieja, y se envolvió en un chal, le puso una mano a Jessie en el hombro y dijo—: Buenas noches, cielo. Mejor tápate la cabeza con una almohada, porque los ronquidos de este ejemplar atraviesan las paredes. —Luego dejó a mi madre junto al fuego.

Jessie arrimó el leño a las brasas y se preguntó adónde habría ido el viejo durante el día, si habría oído mencionar la muerte de Fitz, si la gente pensaba que había sido un accidente, si a ella la daban por desaparecida o por muerta. Tantas preguntas la angustiaron.

Se sentía recuperada para seguir su camino y adentrarse en las montañas, pero debía elegir el momento oportuno para no atraer más sospechas ni resentimientos. Colocó la rejilla sobre el fuego. Pensó que con el sueño quizá encontrara una salida a sus preocupaciones, y se fue de puntillas hacia la habitación, pero al pasar por su lado, el viejo pareció atragantarse y se despertó. Se incorporó. Por primera vez, al verlo agarrado a los brazos de la butaca, le pareció un ser frágil.

Jadeaba.

—Anda, sé buena y prepárale a este viejo una taza de té —dijo.

Jessie le preparó un cazo de té suave, porque no quería desvelarlo, y se lo puso delante con una taza.

—¿Y tú? —dijo el viejo—. Vamos, hazle compañía a este viejo. Tómate una taza conmigo.

Jessie se sirvió un poco y volvió a sentarse con las piernas cruzadas al calor del fuego.

El viejo entornó los ojos y la observó amenazadoramente, aunque Jessie imaginó que tal vez padecía de la vista y solo era su modo de fijar la mirada.

—¿Adónde fue hoy con el caballo? —le preguntó.

—Soy yo quien debería hacer las preguntas —dijo el viejo.

—Pues adelante, hágalas —contestó ella, y deseó que fuera realmente corto de vista, porque sintió que la rabia se le notaba en la cara.

—¿De dónde vienes? —dijo el viejo, encorvándose hacia delante.

—Soy oriunda de Sidney —dijo—. Solo estoy de paso. Solo soy otra mujer con una mala racha. —Dio un sorbo al té sin levantar la mirada.

—Conque una mala racha, ¿eh? Sí, eso parece —dijo el viejo.

—Darle vueltas no sirve de nada —dijo Jessie, y se levantó—. Voy atrás a por más leña.

Cogió el abrigo de la mujer que estaba colgado en la puerta y oyó que el viejo le decía algo, pero no quiso escucharlo. Fue un alivio salir de la casa y cruzar el patio a oscuras hasta la leñera.

Era un cobertizo donde se apilaban los haces de astillas y troncos que el hombre cortaba y amontonaba con esmero. Jessie pateó el suelo con las botas para alertar a las serpientes o las arañas de que entraba en su territorio.

Se detuvo junto a la puerta y oyó la voz de Jack Brown, tan claramente como si estuviera a sus espaldas: «Si no es ahora, ¿cuándo?»

¿Había llegado el momento de huir?

Mientras cruzaba el cobertizo y cogía la leña, se contestó a sí misma: «Chica, sin un cuchillo y un rifle no durarás mucho en las montañas».

Volvió a la casa con una brazada de leña hasta la barbilla. Alcanzó a ver al viejo al otro lado de la ventana, observándola.

Aquella noche, como había advertido el viejo, se desató una tormenta y arrancó varios árboles. Jessie, despierta en la cama, los oía caer y quebrarse, atenta al extraño paréntesis de silencio desde que un árbol alcanzaba a otro.

Y luego se durmió, pero fue una noche jalonada de sueños. Cuando se despertó por la mañana, solo recordaba uno.

Septimus, su padre, se hundía sin remedio.

Jessie pudo ver su vida entera emergiendo hacia la superficie. Había mujeres nadando a su alrededor, con los ojos relucientes, un perro de tres patas, un reloj con el que su padre medía el tiempo, los bosques, todo flotaba en torno a él como las hojas del té en una taza. Sus hermanos y su hermana aparecieron uno tras otro, criaturas fosforescentes.

Septimus intentó agarrarse a ellos, intentó cogerlos de la mano, pero al verlo parecían horrorizados y sacudían los brazos y las piernas para alejarse de él. Y las mujeres, con sus ojos relucientes y sus sedas ondeantes, se anudaron las faldas para evitar que Septimus se agarrara a ellas.

Mi madre, en cambio, se quedó allí, nadando a su lado y tendiéndole la manita.

—¿Jessie?

—Papá.

—Mi niña —dijo él—. No te ha llegado la hora de morir. Eres libre. ¡Vamos, vete!

Jack Brown cabalgó hasta las Siete Hermanas. Pasó por debajo del cartel de hojalata que colgaba de una viga clavada a dos postes de madera. Mecido por la brisa, el cartel chirriaba como si un pájaro solitario graznara en el prado.

Se leía: 7 HERMANAS. BAÑOS Y ESPECTÁCULO DIARIO.

Jack Brown mantuvo al caballo al trote por el ancho camino ocre de tierra hasta que a lo lejos divisó las Siete Hermanas. Era una casa de dos pisos, con un gran ventanal en el centro iluminado con luces de colores. Las luces adornaban un letrero que decía ABIERTO DÍA Y NOCHE. Vio una veintena de caballos ensillados en fila delante de la casa; estiraban el cuello para alcanzar el abrevadero.

Jack Brown necesitaba afeitarse y darse un baño. Imaginó que después de cabalgar desde tan lejos llevaba encima todas las clases de polen y tierras del noroeste. Una línea por debajo de las rodillas indicaba el punto hasta donde el agua le había lavado los bajos de los pantalones al cruzar el río.

Recorrió al galope el último trecho del camino y ató a su caballo al lado de los otros antes de subir de un salto la escalinata que llevaba a la casa.

Una chica con una llameante melena pelirroja abrió la puerta. No la había visto nunca antes. Llevaba los labios pintados de rojo y un vestido verde vivo que, tras la larga cabalgada, a Jack Brown se le antojaron un fogonazo de color para despertar sus sentidos.

—He venido para lo de costumbre —dijo.

—¿Lo de costumbre? Por aquí no hay nada de costumbre.

—Un baño y un afeitado —dijo Jack Brown.

—¿Eres negro? —preguntó la chica, examinándolo—. No atendemos a los negros.

Jack Brown procuró mantener la calma.

—¿Dónde está la madama?

—No se encuentra bien. Pareces negro, pero tienes los ojos azules —dijo la chica.

—¿Y de qué color crees que soy por dentro? —dijo Jack Brown.

La chica pareció confundida. No contestó.

—Dile a Lay Ping que estoy aquí. Soy cliente habitual.

—¿Tienes dinero? —dijo la chica.

Jack Brown sacó el fajo de billetes del bolsillo.

—Bueno, supongo que tampoco eres tan negro. Con ellos nunca sabes si tienen dinero para pagar.

—Soy un bastardo irlandés, igual que tú —dijo Jack Brown.

La chica se apartó de la puerta y Jack Brown entró tras ella.

En la pared, detrás del escritorio del recibidor, había una serie de cordeles que subían hasta el primer piso de la casa. Jack Brown nunca había estado arriba, pero suponía que en algún punto del pasillo los cordeles se dividían hasta cada una de las habitaciones, donde estaban conectados a un timbre. La chica tiró de un cordel y Lay Ping apareció enseguida en lo alto de la escalera. Jack Brown sintió que se acaloraba

al verla. Lay Ping, sin soltarse de la barandilla, caminaba enfundada en un vestido muy ceñido, largo hasta los tobillos, y solo podía bajar los escalones contoneando las caderas.

—Este hombre dice que es un cliente habitual —dijo la chica.

Lay Ping tendió la mano y dijo:

—Jack Brown. ¡Qué polvoriento estás!

Jack Brown le estrechó la mano.

—Espero que puedas dejarme limpio, darme un aspecto respetable.

—Eso ya lo he intentado antes, ¡pero no funcionó!

Los dos se rieron.

—¿Podemos probarlo de nuevo?

—No hay tiempo —dijo Lay Ping—. Soy la estrella del espectáculo. Pero cómo vas a saberlo, si nunca lo has visto. —Le dio un puñetazo afectuoso a Jack Brown en el hombro—. Puedo afeitarte —dijo—. Y quizá, si te quedas después del espectáculo, puedo darte un aspecto respetable.

Por una puerta de vaivén lo condujo a una sala que, según el rótulo, era LA HABITACIÓN HÚMEDA. El vapor inundaba el aire, y olía a tabaco y a crema de afeitar mentolada. Lay Ping sentó a Jack Brown en un sillón de cuero reclinable y le echó la cabeza hacia atrás, le sostuvo el mentón entre las manos y le pasó los dedos por la barba enmarañada.

—¿Quieres que te la quite toda? —le preguntó—. ¿O te dejo perilla? —Le trazó con el dedo una línea por debajo del pómulo.

—¿Tú qué opinas?

—A mí no me gusta.

—Lo que mejor te parezca, Lay Ping.

Lay Ping le cubrió la cara con una toalla caliente y le presionó las sienes con las yemas de los dedos. Le rodeó la cabeza con ambas manos y masajeó el punto en que se encontraban las mandíbulas. Pronto Jack Brown solo tuvo conciencia de su cráneo, sostenido sobre el cuello, y de su boca abierta. Lay Ping lo peinó con los dedos y tiró de las raíces, que mandaron un cosquilleo desde el cuero cabelludo a las plantas de los pies. Sintió una succión en la frente mientras ella aspiraba a través de la toalla, y luego le dio unos toques en la cabeza que sonaron como si le golpeará con un martillo, pero no le dolieron nada. Lay Ping levantó la toalla y la cambió por otra más caliente con olor a eucalipto, y Jack Brown sintió que le lloraban los ojos.

Lay Ping retiró la toalla y frotó el jabón por la mandíbula, trazando con la brocha pequeños círculos, y luego empezó a afeitarlo con la cuchilla plana desde el cuello, deslizándola a continuación por el mentón, las mejillas y la curva entre la nariz y los labios.

Y después repitió los mismos movimientos.

Jack Brown sintió que su piel volvía a respirar aire en lugar de polvo.

Lay Ping terminó dándole unos toquecitos con una toalla tibia y suave.

—Hora del espectáculo, Jack Brown —le susurró al oído—. ¿Vendrás a verme?

Jack Brown no lo había planeado; aparte de asearse, aquel día solo se había propuesto visitar al sargento de policía, pero ahora no le apetecía marcharse tan de repente.

—Permíteme que decida yo por ti —dijo Lay Ping—. Te quedas.

—Lo que mejor te parezca, Lay Ping —dijo Jack Brown.

Lay Ping lo guio a la salida de la habitación húmeda, cruzaron el recibidor y siguieron por un pasillo hasta una puerta de una sola hoja.

—Adelante —le dijo—. A lo mejor te veo luego.

Jack Brown abrió la puerta. Era una entrada lateral a un salón grande. Dentro estaban los dueños de los caballos, una veintena de hombres, y Jack Brown pudo olerlos mejor que verlos con claridad. Mientras avanzaba por el pasillo apenas iluminado le alcanzó el tufo que desprendían sus cuerpos aletargados. Se preguntó si, de cuello para abajo, él también olía así. Ningún hombre le prestó atención. Todos miraban fijamente hacia delante el telón rojo que ondeaba con la promesa de las mujeres que había detrás.

Jack Brown se sentó en un asiento en la tercera fila y echó un vistazo a los demás espectadores. Le pareció curioso que no hablaran entre ellos, que todos miraran al frente y solo los acordes del piano los salvaran de su propio silencio.

Cuando se apagaron las luces y se abrió el telón, los hombres se irguieron y se sentaron en el borde de los asientos. Jack Brown sintió que la hilera de butacas se inclinaba hacia delante bajo su peso. Los hombres rompieron el silencio, empezaron a aplaudir y a patalear contra las tablas del suelo. Una por una, las mujeres aparecieron en el escenario, luciendo blusones plateados que dejaban al descubierto las piernas y los hombros. El pianista tocó una canción más melodiosa y las mujeres bailaron, agarradas de los brazos, dando vueltas. Se cogieron una a otra por el dobladillo del blusón, levantándolo un poco más, y bailaron en corros, seis mujeres en cada uno, revelando el nacimiento del muslo mientras giraban. Los tres corros se fundieron al final como pétalos formando una flor. Se cerró el telón y los hombres patalearon y pidieron a gritos más, más, más.

Cuando el telón se abrió de nuevo, flotaba en el escenario una especie de humo, aunque no olía a quemado, y las mujeres salieron caminando de puntillas y formaron de nuevo varios corros que se fusionaron en una flor. Luego bajaron lentamente al tiempo que una mujer con un antifaz de plumas se erguía entre ellas y desplegaba unas alas de seda. Una fina faja apenas alcanzaba a cubrirle los pechos. Una enagua corta le caía de las caderas.

Era Lay Ping.

Los hombres contuvieron el aliento mientras las otras mujeres se levantaban de nuevo y la ocultaban. Formaron una fila en el borde del escenario, tocándose por los hombros, y a continuación se separaron hacia ambos lados y desaparecieron del escenario. Lay Ping siguió bailando mientras la faja resbalaba lentamente de sus

pechos y le caía por la cintura, hasta quedar apresada en las caderas. Sus alas seguían aún abiertas.

Lay Ping movió las alas y bailó, hasta que las demás mujeres volvieron con sendas jarras. Se alinearon a ambos lados de Lay Ping y, una por una, le echaron agua por los hombros. El agua le corría por los pechos en cascadas sinuosas, y un hombre del público gritó: «¡Estoy sediento!».

Todos los hombres rieron al unísono.

Pero volvieron a guardar silencio al ver que la enagua se empapaba y revelaba la oscuridad entre las piernas de la mujer. Lay Ping levantó los brazos y sacudió los hombros hasta que las alas cayeron al suelo. Luego dio lentamente media vuelta y quedó de espaldas al público.

Jack Brown nunca había visto la espalda desnuda de Lay Ping: una espalda perfecta cubierta de tatuajes. De lejos le pareció la ventana de luces de colores con el cartel que decía ABIERTO DÍA Y NOCHE, solo que en el espacio diáfano que quedaba entre los omoplatos, había una sola palabra: PENA.

Apenas le dio tiempo a leerla, porque las demás mujeres corrieron y se apiñaron alrededor de Lay Ping. Entonces cayó el telón y la música alcanzó un crescendo.

PENA.

La palabra quedó suspendida en los labios de los hombres sentados en la oscuridad de la sala, y siguió oyéndose en susurros cuando las puertas se abrieron y la luz del día entró a raudales.

A ambos lados de Jack Brown, algunos hombres se hundieron en los asientos, mientras que otros le pasaron por encima para salir. Él no se movió de la butaca.

Cuando abrieron las puertas, el local se llenó del polvo de fuera, cubriendo a los clientes que podían permitirse el lujo de quedarse. Jack Brown decidió entonces, como cualquier hombre libre, que por fin sería uno de ellos.

Los días y las noches transcurrieron entre el fragor de la tormenta, los ruidos del perro y del bosque, y las discusiones de los viejos. Jessie esperaba el momento oportuno. Atendía a Houdini siempre que podía, pero dedicó casi todas sus fuerzas a mantenerse alejada del viejo.

No podía reunir víveres y enseres para la huida porque no había ningún lugar donde esconderlos, así que pasaba las noches reconstruyendo la situación de la casa en su cabeza y trazando el camino más seguro y rápido para salir de allí, llegar al establo y marcharse.

Una mañana temprano la despertó el silencio. No supo por qué se le antojaba un silencio tan inmenso hasta que se dio cuenta de que la tormenta al fin había amainado. La casa estaba completamente en calma.

Se demoró un poco recreando el mapa dentro de su cabeza, sabiendo que había llegado la hora, y se disponía a saltar de la cama cuando oyó que la puerta de su cuarto se abría. Se le puso la carne de gallina al ver la silueta del viejo acercarse hacia ella.

Permaneció completamente quieta hasta que lo tuvo casi encima. Y entonces levantó la mano en la oscuridad, le soltó un puñetazo en la mandíbula y apoyó los pies en el suelo sin hacer ruido. Fue la cabeza del viejo al golpear la silla lo que al final hizo un crujido espantoso.

Jessie no se detuvo a ver el daño que había hecho. Cerró la puerta al salir y fue a la cocina, donde rebuscó en los armarios y los cajones y sacó un cuchillo, un revólver, un paquete de cerillas, manzanas, el abrigo y las botas de la anciana. Conocía bien la sensación de la huida, y no le gustó volver a experimentarla tan pronto.

Puso todo encima de un mantel e hizo un hatillo. Se lo estaba atando a la cintura cuando reparó en que la vieja estaba delante del fuego. «Vete», dijo la mujer.

Jessie cruzó atropelladamente el patio hasta el establo, montó a lomos de Houdini y salió a galope. Cabalgó por la ladera escarpada sin volver la vista atrás. No podía subir la montaña en línea recta a oscuras, así que fue zigzagueando tan lejos y tan rápido como pudo. Al notar que el hatillo se le soltaba de la cintura, forcejeó y se lo anudó más fuerte para no perder ninguno de los objetos que había robado en la casa. Guio a Houdini por las crines y sintió la fuerza latiendo en sus brazos y su pecho, como si su cuerpo se acordara de sí mismo mientras cabalgaba.

En cuanto el sol despuntó en el horizonte, atajó ladera arriba. Solo cuando llegó a un risco sólido se atrevió a mirar atrás, hacia el valle.

No había indicio de presencia humana, y no alcanzó a ver la casita de los viejos ni ninguna otra cabaña. Allí abajo todo eran campos desiertos, salvo por algunas arboledas y el río, que se perdía hacia el sur atravesando prados desmontados, una medida de lo lejos que Jessie había llegado.

III

Siento que la tierra está apelmazada en unos puntos y resquebrajada en otros. Y así parecen sedimentarse y fundirse los acontecimientos unos con otros, como la vida y la muerte. Nada que ver con la belleza suave de una cinta ondeando al viento. No. La tierra se hunde bajo el peso de las historias que acoge, de todos los que han llorado y todos los que han caído.

La muerte acudió en 1903, cuando mi madre tenía nueve años, y luego volvió en 1904, cuando tenía diez. Ningún sueño o pesadilla podría haberla preparado.

La vida hasta entonces consistía en montar a caballo por los bosques y los alrededores, trepar a los árboles, y tumbarse en la cama de noche y mandar amor desde los dos lados de la línea de tiza que dividían sus afectos. Los caballos eran de verdad, y los árboles, pero la línea de tiza solo existía en su cabeza, por más clara que la viera trazada sobre su cuerpo y sobre la cama, y se dormía sabiendo que estaba dividida a partes iguales entre las dos personas a las que más quería, su padre y la señora Peel.

Septimus, Aoife y los cinco niños vivían en casa de la señora Peel. De soltero, Septimus había sido inquilino de la viuda, y montó una pequeña herrería en el cobertizo trasero; a cambio, cuidaba del jardín. Con el tiempo, la señora Peel acogió también a los hijos de Septimus, y ayudó a traerlos al mundo, y acabó siendo casi una abuela para los niños.

Jessie no sabía cómo dividían ellos su amor entre cinco niños, pero sentía plenamente la devoción de los dos adultos: la señora Peel, que hacía todas sus tareas al sol y parecía desbordar un cariño inagotable, y Septimus, que trabajaba cada día en su cobertizo para alimentarlos y vestirlos. Por la tarde se tomaba un descanso y encabezaba una procesión hasta el bosque, una procesión de niños que perseguían criaturas imaginarias, y recogían piñas o se turnaban para subir a hombros de su padre.

Mientras tanto, Aoife dormía. Su habitación era una fortaleza, y los niños tenían prohibido entrar allí, o incluso llamar a la puerta. A Jessie le parecía que su madre se pasaba casi toda la vida durmiendo, y que cuando aparecía y vagaba pálida y alta por la cocina, siempre estaba aturdida o enfurruñada, así que se cuidaba mucho de molestarla.

La casa marchaba bastante bien, incluso con las apariciones esporádicas de Aoife. La mayoría de los días y las noches casi olvidaban que estaba allí. La señora Peel se sentaba a un extremo de la mesa y Septimus al otro, y Jessie creía que el mundo estaba, si no en perfecta armonía, al menos en perfecto equilibrio.

Una mañana de invierno los niños correteaban alrededor de la mesa, todavía en pijama, sin que la señora Peel hubiera aparecido a preparar el desayuno. Los dos

chicos mayores ya habían salido y estaban trabajando con su padre, de manera que solo quedaban Jessie y su hermana, un año mayor que ella, con el hermanito pequeño, de cuatro. Fueron a la carrera hasta la habitación de la señora Peel, y al abrir la puerta la encontraron sentada en la cama, con la boca abierta y la dentadura en un vaso, sobre la mesilla. Sus ojos también estaban abiertos de par en par.

Se subieron a la cama para despertarla de aquel extraño sueño con los ojos abiertos, pero por más que la tironearon y la empujaron no se movió, solo cayó hacia un lado. La hermana de Jessie dio un grito.

Septimus apareció y les ordenó que bajaran de la cama. Vieron que su padre acercaba la cabeza al pecho de la señora Peel y le ponía dos dedos en el cuello. Después se sentó a su lado y le cerró los párpados. Se volvió hacia ellos, que se balanceaban en el pie de bronce de la cama.

—Niños, la señora Peel se ha ido.

—¿Adónde? —dijeron.

—Me temo que la señora Peel está muerta.

Hasta entonces Jessie no había pensado que la gente pudiera morirse o abandonarla. Las palabras de su padre le dejaron una sensación desigual. Era como si una mitad de su ser no fuera más que un tosco boceto en el aire y la otra se hubiera desvanecido completamente.

Cuando aún no había pasado un año de la muerte de la señora Peel, Jessie se despertó una noche con un traqueteo y un crujido que provenían del cobertizo de su padre. Pasó adormilada junto a la cama de su hermana y se acercó a la ventana. Vio a Aoife fuera, cargando en una carretilla lo que parecía un cuerpo. Jessie fue corriendo hasta la habitación de su padre. Al encontrar su cama vacía, corrió por el pasillo hasta la puerta de atrás y cruzó el jardín, pero solo alcanzó a ver el carro de su padre que se alejaba, dando bandazos.

Echó a correr, pero viendo que no podía alcanzarlo, se apartó del camino y entró en el prado de los vecinos y se montó en uno de sus caballos. Volvió al sendero y siguió las huellas del carro. Cabalgó hasta llegar a las afueras de la ciudad, hasta que el camino de tierra dio paso a los ladrillos y los adoquines, las calles se hicieron más estrechas y entre las sombras aparecían y desaparecían desconocidos, y ya no pudo ver ni seguir las huellas.

Uno de los desconocidos le salió al paso para detener el caballo. «¡Chiquilla!», dijo. Pero no había riendas o brida por donde agarrarlo y Jessie lo esquivó, y siguió cabalgando por las calles hasta que se perdió. Solo sabía en qué dirección estaba el río, así que siguió hasta llegar allí. Vio una especie de campamento junto a la orilla, donde el olor a cloaca era insoportable. Aun así continuó adelante, dejando atrás los entoldados, pero no hubo indicio de presencia humana hasta que distinguió una figura alta y pálida que empujaba una carretilla por una pasarela. Era Aoife.

Jessie bajó de un salto del caballo y corrió hacia ella. Al acercarse vio que la carretilla estaba vacía. Abrió los brazos para bloquearle el paso a Aoife y dijo:

—¿Qué le has hecho a nuestro padre?

Aoife no contestó, así que Jessie la agarró de la falda y gritó de nuevo:

—¿Qué le has hecho?

Aoife siguió adelante y la arrastró, pero al final se sacudió para quitársela de encima y Jessie cayó sobre los tablones de madera del puente.

—Tu padre está muerto —dijo Aoife.

—Lo has matado —dijo Jessie. Apenas pudo articular las palabras. Hervía de rabia, estaba fuera de sí.

—Levántate, niña estúpida —dijo Aoife—. Tu padre se ha suicidado.

Mi madre no la creyó.

Aoife la dejó allí y se alejó. Jessie volvió atrás y se detuvo en mitad del puente, donde todo estaba en silencio salvo por el río negro y reluciente que lamía la orilla. Las aguas calmas eran un espejo que reflejaba las estrellas, y Jessie pensó que el universo se había vuelto del revés.

Más adelante soñaría que se tiraba al río en busca de su padre. En realidad se quedó sentada en el puente hasta que amaneció. Solo entonces se dio cuenta de que el caballo se había ido. Siguió la orilla hasta que vio otro. No le importó lo que pudiera pasar, simplemente montó de un salto en el caballo y huyó siguiendo el río. Cabalgó hacia su casa, pero al llegar no se detuvo. Siguió hasta los bosques, donde dejó ir al caballo y trepó a un árbol. Tras pasar allí el día entero y toda la noche, comprendió algo terrible: su padre y la señora Peel se habían ido porque ella los quería demasiado, y de alguna manera ese amor había alterado el equilibrio perfecto del universo. Por eso todo había dado un vuelco.

Desde la carretera vieja, la cabaña del puesto de policía parecía desierta. Jack Brown frenó a su caballo y examinó el lugar de lejos. Un caballo con sudadero asomó por detrás de la cabaña y se fue hacia el cercado.

A aquel lado de la montaña, la tierra se veía limpia. Los vientos azotaban la colina y, a pesar del chaparrón reciente, el pasto era de un gris amarillento y los árboles parecían todos encorvados y rugosos. Era en esencia un paisaje de árboles y sombras de árboles en campos baldíos. Varios eucaliptos jóvenes rodeaban la cabaña y las ramas caían como la cola abierta de un ave lira.

Jack Brown descabalgó y ató a su caballo delante de la cabaña. Se acercó a la puerta despacio, con pisadas fuertes, para no sorprender a nadie. Llamó a la puerta, esperó, y después de llamar de nuevo atisbó por una de las ventanas. Vio a un hombre caminando de puntillas, en calcetines.

Jack Brown se sentó en el banco de madera que había entre la ventana y la puerta, y rascó los maderos del suelo con los tacones de las botas, para que el sargento de policía supiera que aún seguía allí, esperando.

Enseguida oyó descorrerse un cerrojo. El sargento apareció en la puerta.

Jack Brown se levantó, se quitó el sombrero, le tendió la mano.

—Buenos días, sargento, soy Jack Brown.

El sargento le sacaba al menos una cabeza de altura, pero Jack Brown dedujo que eran más o menos de la misma edad, o puede que él fuese algo mayor.

—Sargento Andrew Barlow —dijo el sargento, estrechándole la mano.

Jack Brown se fijó en que Barlow se había puesto unas botas bien lustradas y la chaqueta del uniforme de policía antes de abrir. Llevaba una barba rubia poco poblada y las patillas peinadas hacia abajo, como para compensar. Se veía que era un hombre de ciudad. A Jack Brown le pareció un petimetre abandonado en un valle y una cabaña con escasos recursos.

—Es usted el primer hombre que conozco desde que llegué aquí —dijo Barlow—. Por lo menos el primero que se presenta. La mayoría corre a ponerse a cubierto cuando me ve.

—No lo tome como algo personal, sargento —dijo Jack Brown—. A cualquier policía le costaría ganarse el favor de la gente de por aquí.

—Nadie me trae cenas calientes, eso desde luego —dijo Barlow.

Se rieron, y Jack Brown se sintió tranquilo.

—¿Cuánto lleva aquí? —le preguntó.

—Veintiún días van ya.

—Casi el mismo tiempo hace que vengo cabalgando hacia el norte —dijo Jack Brown.

Guardaron silencio de pie en el porche, mirando el valle.

—¿Qué le trae por aquí, Jack Brown? —dijo al fin Barlow.

—Soy arriero, trabajo para Fitzgerald Henry —dijo Jack Brown—. Acabo de traerle su ganado desde el sur, pero al volver he encontrado su casa incendiada, y ni

su mujer ni él están allí ahora, ni hay vecinos cerca o alguien que pueda estar enterado de su paradero. Así que no sé muy bien por qué estoy aquí, sargento, si para informar de su muerte o de su desaparición.

Los ojos de Barlow se iluminaron.

—¿Ha mirado bien por la casa?

—Lo he hecho —dijo Jack Brown, y al decirlo sintió que lo desbordaban unos sentimientos con los que no sabía muy bien qué hacer. Le resultaba más fácil mirar el valle mientras hablaba que mirar a Barlow a los ojos—. No encontré rastro de ninguno de los dos. Hay algunos caballos en la cuadra, pero faltan muchos, y aún hay reses vagando por la finca.

—¿Tienen niños? —preguntó Barlow.

—No. O aún no, mejor dicho.

—¿Aún?

—Jessie estaba embarazada.

—¿Jessie? —dijo Barlow. Entonces, para sorpresa de Jack Brown, le puso una mano en el hombro—. Es bueno que esté usted aquí, Jack Brown, porque esto es mucho más de lo que un hombre puede manejar solo.

—Muy bien, sargento —dijo Jack Brown. Era un alivio habérselo contado a alguien.

—¿Cabalgará conmigo hasta allí? —dijo Barlow.

—Por supuesto. Es medio día a caballo, más o menos.

—Lléveme.

Después de ensillar el caballo de Barlow y de abreviar y alimentar al de Jack Brown, partieron por la carretera vieja. Desde el principio no hubo armonía entre las dos cabalgaduras: el caballo de Barlow se adelantaba constantemente, y Jack Brown, pensando que era mejor no irritar al hombre ni a su caballo, se quedó atrás.

—¿Sabe adónde va? —le gritó a Barlow.

—No —dijo el otro—. No conozco el territorio.

—Atraviese el campo. Llegará al río. Sígalo hasta el bosque, y luego adéntrese y siga el sendero, lo llevará hasta el otro lado.

Dejaron la carretera vieja y siguieron cabalgando campo a través. El pasto azotaba las patas de los caballos, y Jack Brown vio carcasas de ganado entre la hierba, pero no aminoraron la marcha. Cruzaron el prado pisoteando la tierra y los huesos, prácticamente a la par, el caballo de Jack Brown apenas a la zaga.

Se movían como apariciones, trazando estelas rojizas a lo lejos.

Jessie tiró de las riendas para frenar el caballo. Había una mujer, con la falda enrollada en un brazo igual que si cargara un fardo, y un hombre que llevaba una chaqueta con faldones que ondeaban al viento mientras caminaba. Era el doble de ancho que la mujer, incluso a pesar del fardo.

Jessie tenía doce años. Entonces no le importaba nada, nada que no fuera llevar al límite su cuerpo delgado, trepando a árboles cada vez más altos y cabalgando incansablemente. Cada día Jessie montaba en su caballo y se lanzaba por un prado como alma que lleva el diablo. Y cuando se aburría de ir de un lado a otro, se daba la vuelta y cabalgaba de espaldas, o espoleaba al caballo para que saltara una cerca, y enseguida lo frenaba en seco para volver a saltarla, trazando un rumbo errático. No le importaban el estilo ni las formas, mientras sintiera el roce del aire en la cara.

Un día se precipitó con el caballo hacia una cerca y, justo antes del salto, Jessie estiró las piernas sobre la grupa, como si volara.

La vieron.

Jessie los miró desde el caballo, pero no les fue al encuentro. Se quedó observándolos, y poco a poco advirtió los detalles de sus siluetas. El sol se reflejaba en las hebras doradas de la chaqueta del hombre, tan resplandecientes que Jessie se protegió los ojos con la mano. La mujer llevaba una toca, o quizá el pelo recogido en lo alto de la cabeza, adornado con flores, peinetas y plumas.

—Querida niña —gritó la mujer, agitando en alto un pañuelo de encaje. Avanzaba ahora a grandes zancadas, casi corriendo hacia Jessie—. Mi querida niña, te hemos visto cabalgar. Íbamos camino del pueblo, pero hemos tenido que parar a preguntarte...

La mujer estaba sin aliento. Tenía las mejillas sonrosadas, y el pelo le caía en tirabuzones desde la alta frente.

—¿Preguntarme qué? —dijo Jessie.

—Tu nombre, cariño. Tu nombre, y qué edad tienes.

Jessie desmontó de un salto y se plantó delante de ellos.

—¿Por qué quieren saberlo?

Jessie se daba cuenta de que el pelo le caía desgredado por los hombros y de que vestía la ropa vieja de sus hermanos e iba descalza.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó la mujer.

Jessie señaló el tejado herrumbroso de la casa al borde del prado.

—Allí.

Por la ventana de la cocina Aoife vio a la pareja, y a Jessie a su lado, que traía el caballo de las riendas. La mujer le pareció deslumbrante, más todavía en contraste con el descuido del jardín y la casa. Se escabulló detrás del aparador a humedecerse los labios, pellizcarse las mejillas y recogerse los rizos despeinados.

—Hola —llamó la mujer desde la puerta—. ¿Es usted la madre de Jessie?

—¿Quién lo pregunta? —dijo Aoife, saliendo a recibirlos—. ¿Qué ha hecho ahora esta cría?

—Soy la señorita Spangellotti, y este es Mirkus —dijo la mujer—. Hemos tenido la fortuna de conocer a su hija.

—¿Qué podría tener eso de afortunado? —dijo Aoife.

—Estamos formando una compañía de circo, y pensamos que su hija podría ser una de las estrellas de nuestro espectáculo —dijo Mirkus.

Jessie vio la mirada recelosa de Aoife.

—Por supuesto —dijo Mirkus—, le ofreceríamos una compensación por la ausencia de su hija.

—Para aliviar la pena de su marcha —añadió la señorita Spangellotti.

—La chica vale mucho... —dijo Aoife.

Si aparte de preguntar cuánto iban a darle por su hija hubiera querido saber algo más, se habría enterado de que la señorita Spangellotti y Mirkus eran alemanes, y estaban decididos a ir de gira con el Circo Mundial de los Hermanos Mestizos por todas las ciudades de Australia, pero no se molestó en averiguar adónde iría su indómita hija.

Aquella tarde Jessie abrazó a su hermanito y, sin despedirse de su madre, se subió al carromato. No había nadie más a quien decirle adiós. Sus hermanos mayores y su hermana se habían marchado de casa y trabajaban en la ciudad, ellos de herreros y ella de sirvienta. Aoife salió al porche de la casa con su hijo pequeño de la mano, pero el niño se soltó y echó a correr tras el carromato.

Jessie lo saludó con la mano y pensó en gritarle que volviera a casa, pero no lo hizo porque no le parecieron las palabras apropiadas. Pronto desapareció tras el polvo del camino y Jessie quedó inmune a cualquier emoción.

Al entrar en el bosque donde empezaba la finca de Fitz, Jack Brown desensilló a su caballo, le quitó la brida y las alforjas y lo dejó todo en el suelo. Habrían podido atravesar el bosque con la última luz de la tarde, pero Jack Brown convenció a Barlow de que no les convenía llegar a la casa al anochecer y acampar allí entre caballos sueltos y reses asustadas. Fue fácil convencerlo. Después de cabalgar todo el día estaba que se caía de la silla, y Jack Brown vio la huella de la fatiga en sus ojeras.

Jack Brown sintió que al acercarse al bosque se le agriaba el humor. Su situación era comprometida, y el bosque y todo cuanto lo rodeaba se lo recordaron. Improvisar medias verdades y preocuparse de su propio pellejo a toda costa no eran actos propios del hombre que creía ser. ¿Cómo iba a ganarse la libertad con mentiras? Y de todos modos, si se decidía a confesar, ¿cuál era la verdad? «Sargento, hace tres años que robo caballos y ganado para Fitzgerald Henry, junto con su mujer, y en ese tiempo acabé por enamorarme de ella, o por lo menos eso era lo que creía. Fitz era un bestia y nunca tuve el valor de plantarle cara, y cuando finalmente lo consigo, resulta que está muerto.»

Fitz había muerto a manos de Jessie, Jack Brown lo sabía. Al escapar y dejar que fuera él quien encontrara el cadáver, Jessie lo había convertido en un sospechoso. Y Jack Brown también sabía que tenían las de perder. La libertad de los dos estaba en juego.

Jack Brown amarró su caballo y empezó a cepillar, mientras observaba a Barlow con el rabillo del ojo. Andaba de un lado a otro por el campamento, con la chaqueta bajo el brazo. Recogió una rama caída, clavó la punta en la tierra y colgó la chaqueta encima. Siguió desvistiéndose, se quitó la camisa y las botas, y desenrolló la frazada. Entonces levantó los brazos por encima de la cabeza, los abrió trazando un círculo, se dobló por la cintura hasta tocarse los pies con las manos y empezó a respirar de un modo que Jack Brown jamás había visto respirar a nadie.

Se sintió aún más incómodo. Creía que se podía saber mucho de un hombre por el modo en que manejaba el caballo y por su estilo de cabalgar y, después de observarlo a lo largo de un día entero, tuvo claro que Barlow era un tipo raro.

Jack Brown se distrajo recogiendo y apilando leña, y al volver al campamento encontró a Barlow recostado sobre la silla de montar y la frazada, tomando whisky de una taza. No había encendido fuego ni preparado nada para la cena. Le ofreció una taza de whisky, pero Jack Brown la rechazó. Junto a sus botas seguía intacto el conejo que Jack Brown había matado de un tiro varias millas atrás. Le molestó ver a Barlow allí tumbado, tan campante.

—¿Alguna vez ha despellejado un conejo, sargento? —preguntó Jack Brown.

—Nunca lo he hecho, y tampoco he probado el conejo —dijo Barlow, sorbiendo licor—. Esta será la primera vez.

—Ah, no, sargento —dijo Jack Brown—. Esta es mi cena. Me preguntaba qué piensa cenar usted.

Barlow levantó la taza en alto.

—Tiene mucho sentido del humor, Jack Brown.

—¿Qué me dice de un fuego, sargento? —dijo Jack Brown—. ¿Alguna vez ha preparado uno de esos? —Se agachó y empezó a amontonar palitos y hojas.

—Ahí está la primera estrella —dijo Barlow, ignorando la pregunta.

A Jack Brown no le hacía ninguna falta ver la primera estrella, así que optó por ignorar también a Barlow y concentrarse en preparar el fuego. Prendió la leña fina y sopló hasta que salieron las primeras llamas. Rompió varias ramas con la rodilla y las echó a la hoguera. Sintió cierto placer cuando se levantó viento y el humo le fue a la cara a Barlow, que agarró la camisa para protegerse.

Una vez encendido el fuego, Jack Brown se sentó en el suelo cruzando las piernas para despellejar el conejo.

—¿Eso es bueno para comer, Jack Brown? —dijo Barlow, asomando los ojos de la camisa.

—Ya lo verá —dijo Jack Brown. Sacó su cuchillo y, después de estirar el conejo en el suelo, lo abrió con un corte limpio.

Barlow se acercó a mirar.

—Perdone, sargento —dijo Jack Brown—, me tapa toda la luz.

Pensó: «Si hay algo peor que el arrepentimiento, es cargar con un inútil para la vida en el monte».

Cuando terminó de despellejar el conejo, Jack Brown lo arrimó al fuego y las llamas iluminaron los huesos y la carne translúcida del animal. Lo dejó encima de una piedra e hizo dos horquetas con un trozo de alambre. Enderezó otro pedazo con las manos y ensartó el conejo. Luego metió la bota en las ramas encendidas, colgó el conejo de las dos horquetas y golpeó las brasas con la puntera hasta que el viento avivó las llamas. Después se sentó de nuevo.

—¿Cuánto hace que trabaja para Fitzgerald Henry? —preguntó Barlow.

—¿Para Fitz? Unos tres años, en total.

—¿Le paga bien?

—A veces me paga, y otras veces ni eso. —Jack Brown se inclinó hacia el fuego y con un cuenco recogió unas gotas de la grasa que chorreaba del conejo.

—¿Qué le retiene aquí, Jack Brown?

Jack Brown se alegró de tener algo que hacer mientras lo interrogaban, para evitar ponerse nervioso y delatarse. Sacó una lata de harina de la alforja, echó un poco en el cuenco y añadió agua para hacer una masa.

—Es difícil decirlo, sargento. Cuando Fitz me paga, me paga bien.

—¿Le debe dinero?

—Sí, me debe dinero.

El conejo siseaba en el alambre y Jack Brown enterró el cuenco con la masa entre las ascuas.

—He estado observándole hoy, Jack Brown.

—¿Ah, sí?

—Es usted un buen jinete —dijo Barlow.

—Eso no lo sé, sargento, pero lo que sí sé es que montando tiene usted un estilo propio.

Barlow se echó a reír, pero Jack Brown ni siquiera pudo forzar una sonrisa. Solo sentía cansancio y hambre. Barlow le sirvió un whisky y esta vez Jack Brown no lo rechazó. Se lo bebió de un trago y sintió que le reanimaba la garganta.

—Y la mujer, ¿qué aspecto tiene? —dijo Barlow.

—Depende de a quién se lo pregunte.

—Se lo pregunto a usted. Pero también puedo preguntarlo por ahí.

—Bueno, sargento, esa es una pregunta delicada. Es la mujer de mi patrón, después de todo. Así que vale más que pregunte por ahí.

Al ir a cortar el conejo, Jack Brown vio que los huesos eran tan finos y tantos que no valía la pena cortarlo. Comieron los dos del mismo plato, una tapadera abollada, arrancando con los dedos la carne, que era bastante tierna, y rebañando los huesos, que, una vez limpios, tiraban al fuego. La masa había crecido hasta formar un bollo dorado, que tragaron acompañado de whisky.

Cuando no quedaba nada en el plato, los dos hombres siguieron sentados en silencio. Era una de esas noches en que Jack Brown sentía que el mundo entero se encogía a su alrededor, hasta que solo quedaba el pequeño cerco iluminado por el fuego. Pronto Barlow empezó a dar cabezadas, y Jack Brown pensó en levantarse a despertarlo, pero sus propias piernas parecían ebrias. Solo consiguió ponerse de rodillas. Y asimismo decidió reavivar el fuego. Las llamas rozaron los pies de Barlow, pero ni con esas se despertó.

—¡Barlow! —le gritó Jack Brown—. Vale más que se tape con la frazada, si aprecia en algo lo que tiene entre las piernas y no quiere que el fuego se lo chamusque.

Barlow se escurrió bajo la frazada.

—Buenas noches, Jack Brown —dijo con una voz tan pastosa que Jack Brown se sintió sobrio.

Luego se arropó también y se tumbó de lado, viendo el fuego crepitar en la oscuridad, iluminando los árboles próximos. Jack Brown intentó pensar en árboles, nada más, árbol tras árbol, desperdigados, en hileras, solamente árboles, pero de pronto allí estaba Jessie, siempre allí, asomándose entre los troncos.

Jack Brown se puso boca arriba y el mundo del fuego se abrió al mirar el cielo. Las estrellas formaban dibujos que parecían girar y perseguirse, como un remolino de polvo. Cerró los ojos y vio las estrellas caer detrás de los párpados. Las siguió hasta verlas desaparecer en estanques relucientes, y descubrió que aquellos estanques no acababan nunca.

Al despertar por la mañana, Jack Brown vio a Barlow sentado cerca, preparando té.

Parecía que acabara de lavarse. Tenía el pelo peinado, pegado a la cabeza, y la cara tersa y recién afeitada, que acentuaba la oscuridad de sus ojeras.

—¿Ha dormido bien, sargento? —preguntó Jack Brown.

—No he pegado ojo —dijo Barlow.

—¿Le resulta duro el suelo? —dijo Jack Brown, mientras se levantaba y sacudía la frazada.

—Es por el frío, Jack Brown. Se me mete en la espalda.

—Podría hacer más frío. ¿Tiene la espalda mal, sargento?

—Sufí una caída de niño.

—Bueno, será mejor que monte en su caballo antes de que se quede clavado y tenga que sacarlo de aquí a cuestas.

Cuando se adentraron en el bosque, las copas de los árboles resplandecían en lo alto con el rocío. A Jack Brown se le antojaron inmensos charcos en el aire, y no supo cómo era posible que se sostuvieran allí y no se derramaran sobre él.

La primera vez que Jack Brown tocó a Jessie fue en uno de sus viajes en busca de ganado. No hubo ninguna circunstancia particular que los uniera esa noche. Hacía buen tiempo. No estalló una tormenta y el día no había tenido nada de excepcional. Llevaban días cabalgando juntos en silencio. Y otros días en viajes anteriores.

Esa noche Jack Brown hizo una fogata y preparó la cena para los dos. Ella bajó al río a lavarse y cuando volvió su piel resplandecía a la luz de la hoguera y le brillaban los ojos. Era la primera vez que la miraba en todo el día, porque ella siempre cabalgaba delante, pero de pronto Jack Brown sintió algo que le pareció peligroso. Sabía que cuando un hombre dispone de espacio, de silencio y de tiempo, empieza a pensar que cualquier cosa es posible, o que nada lo es. Ese día, todo el espacio y el silencio le habían hecho soñar despierto con ella, aunque la tenía allí mismo, a su lado.

Esa noche, cuando se echaron a dormir, imaginó cómo sería estar junto a ella, apretar el pecho contra su espalda, sentir el roce de su piel. Pero no había razón para hacerlo. Ninguna manera de salvar esa distancia entre ellos.

Hasta que se decidió.

Jessie estaba despierta, tumbada sobre la frazada al calor del fuego. Se acercó a su lado. Ella le cogió la mano y se puso de costado, con la espalda pegada a él y su mano en el pecho. «Ahora duerme», dijo Jessie. Ninguno de los dos logró conciliar el sueño. Jack Brown siguió despierto, respirando el olor de su pelo. Al final se obligó a cerrar los ojos, solo por la esperanza de soñar con ella y que algo del sueño transitará a la vida.

Y sucedió.

Por la mañana, Jessie rehuía su mirada.

—No podemos hablar de esto jamás —dijo.

—Mis labios están sellados.

—En serio, Jack Brown. Esto no puede volver a pasar.

—Como quieras.

—¿Sabes lo que Fitz haría contigo? Y ya te puedes imaginar lo que me haría a mí. Nuestros sentimientos no valen las vidas de los dos, Jack Brown. Los enterraremos. Aquí mismo.

Supo que sus palabras eran ciertas. Entre ellos dos solo había peligro.

Al norte y al oeste, el clima del interior propiciaba arboledas de cipreses blancos y negros y ruinosos eucaliptos de corteza de hierro. Jessie miró hacia abajo desde lo alto del risco. Vio los profundos desfiladeros barrancosos, los terraplenes gigantes a su alrededor, seguidos de más cañones, más roca. El páramo agreste se extendía hasta donde le alcanzaba la vista. No tenía fin.

Llevaba una semana cabalgando.

Había conducido a Houdini por las crestas y escarpas de la sierra, advirtiéndole que el tiempo cambiaba y el aire le humedecía la piel. En los salientes vio animales que hasta entonces para ella solo eran criaturas huidizas: el ualabí rupestre, el quol. Allí no huían. Se quedaban quietos como piedras, observándola.

Houdini y ella siguieron hacia las cumbres, cruzando franjas de granito, observando los cuencos de agua clara que se formaban en los salientes. Al llegar a una collada, Jessie desmontó y condujo a Houdini a pie. Mientras caminaban al abrigo de una pared de granito que trazaba un arco sobre sus cabezas, la embargó un respeto sobrecogedor.

Seguía su rumbo por el sol, y donde el bosque se espesaba tanto que no dejaba pasar la claridad, se guiaba por la orientación de las plantas del suelo en busca de la luz.

Por las noches, siguiendo el ejemplo de esas mismas plantas, sus extremidades se relajaban y la cabeza le caía sobre el pecho para dormir cuando el cansancio la vencía, y al amanecer reemprendía la marcha con la brújula de la sombra de la montaña.

La paz no duró.

Iba caminando delante de Houdini por una cresta escarpada cuando los remordimientos la atenazaron de repente. Ante sus ojos, una espectacular pared de basalto revelaba los cuellos estirados y los rostros sísmicos de una madre, un padre y un hijo, los mismos rostros que Jack Brown le había señalado por primera vez desde la lejanía. Sintió una punzada de dolor al pensar en él, que debería estar a su lado, y al recordar que podrían haber llevado una criatura con ellos, ya fuera suya o de Fitz. Y no encontró escapatoria posible, ni de la añoranza ni de aquel rostro imponente y antiguo que se cernía sobre ella, con el cielo de fondo.

Siguió cabalgando, o a pie, o a rastras, guiando a Houdini, aunque a veces Houdini la guiaba a ella. Era como si los ojos de Jessie se hubieran vuelto hacia dentro, en busca de alguna pista, algo que en la rabia y la lucha por vivir le hubiera impedido ver que las cosas habrían podido ser distintas.

Pesadillas de Fitz poblaban sus sueños, así que se pasaba los días y las noches dando tumbos contra los muros de su pasado, igual que en una cárcel, solo que ahora la cárcel era ella misma. Se empeñó en seguir adelante por pendientes cada vez más traicioneras. Houdini caminaba obedientemente tras ella, aunque los resbalones eran

cada vez más frecuentes. Jessie no tenía apetito, pero se acordaba de comer cuando su caballo pastaba, alimentándose de los helechos que crecían entre las raíces de los árboles que asomaban del suelo. A pesar de todo, cada vez estaba más maltrecha.

Arrodillada en una ladera y rodeada de peñascos afilados, creyó que si vomitara las entrañas, sería así como se verían.

La primera vez que Jack Brown se adentró con su caballo por el bosque donde empezaba la finca de Fitz, fue la primera vez que vio a mi madre.

Jack Brown había cabalgado por el sendero que iba al sur, siguiendo las indicaciones de la carta de Fitz. El sendero atravesaba un prado antes de meterse en el bosque, al lado del río. Avanzó por la espesura hasta que sintió un temblor, el paso retumbante de los canguros, que parecía llegar de todas partes. Jack Brown tiró de las riendas y se detuvo en medio del sendero. Se oían historias de jinetes solitarios atacados por una manada, aunque él nunca había presenciado nada parecido.

Se abrazó al cuello de su caballo justo en el momento en que un canguro imponente, un macho gris, aparecía en el camino, seguido de una docena de menor tamaño. Pasaron de largo en fila india, siguiendo al macho gris hacia el río, y uno por uno saltaron la cerca. Jack Brown los había visto viajando en manada otras veces, sobre todo en campo abierto, pero no dejó de impresionarlo la agilidad con que sorteaban la maleza sin perder el orden. Los observó hasta que llegaron al río, y fue entonces cuando Jack Brown vio a mi madre, sentada en una cornisa de piedra. Estaba tan quieta que podría haber pasado desapercibida sobre la roca si ella no hubiera reparado en él y se hubiera dado la vuelta.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Jack Brown se sorprendió al ver una persona después de tanto tiempo, y además mujer. Desmontó y guio a su caballo hasta la cerca. Mi madre ya estaba trepando la cuesta para ir a su encuentro.

—Soy Jack Brown —dijo—. Estoy buscando a Fitzgerald Henry.

—¿Es usted Jack Brown? —preguntó ella.

—Sí. Tengo una oferta de trabajo del señor Henry —dijo, palpándose el bolsillo de la chaqueta.

—Me llamo Jessie —dijo ella, observándolo. A Jack Brown le pareció una mujer férrea y confundida—. Pues tiene que volver al sendero y seguirlo hasta el final.

Sin más, dio media vuelta y se encaminó de nuevo al río.

Jack Brown montó en su caballo.

—Gracias —le gritó de lejos, aunque ya la había perdido de vista.

Volvió al sendero y cabalgó despacio, preguntándose quién era aquella mujer, si vivía en el bosque o estaba de paso, y si la vería otra vez.

Jack Brown había llegado de Sidney, después de dos meses de convalecencia en un albergue para antiguos miembros del ejército. Era un lugar deprimente, y se alegró de marcharse de allí. Estaba lleno de soldados sin familia, ni mujer, ni novia que los esperara y que no podrían trabajar hasta que se recuperasen de sus lesiones. Había algunas habitaciones individuales, muy codiciadas, pero por lo demás se alojaban en literas en un dormitorio común.

Los viernes y los sábados por la tarde, la mayoría de los hombres intentaban

olvidarse de sí mismos poniéndose el uniforme y recorriendo los garitos en busca de chicas guapas, antes de la hora del cierre, al caer la noche. Jack Brown solía quedarse fuera fumando cigarrillos y luego se iba al siguiente tugurio clandestino, donde se permitía la entrada a todo el mundo. Cuando encontraban un sitio cerrado, se quedaban en un parque o cerca del puerto. A Jack Brown eso le gustaba más.

Algunos de los hombres empezaron a salir con chicas. Una de ellas hizo de Jack Brown una causa personal y un sábado por la noche se llevó a una amiga para él. La amiga le pareció atractiva, tenía unos grandes ojos verdes y una melena rubia a la moda. Se definió como una mujer moderna, lo invitó a su estudio de Kings Cross y fueron de picnic, y una vez a bailar, y otra vez al zoo.

Para ella, el mejor accesorio de una mujer moderna era la petaca que llevaba en el bolso. En el trayecto en balsa hasta el zoo, le dio demasiado a la petaca. «Jack Brown, no sé si eres negro, blanco o pardo», le dijo, arrastrando las palabras, y le metió la lengua en la oreja. A Jack Brown le dio tal repulsión que pensó que antes prefería nadar en el puerto infestado de tiburones que pasar el resto del día con ella.

Aparte de eso, las mujeres de Sidney llevaban un ritmo de vida distinto, y Jack Brown pensó que no merecía la pena intentar pescar o conservar a ninguna, sabiendo que de todos modos no estaba hecho para la ciudad.

Y por eso contestó por carta al anuncio que encontró colgado en el tablón del albergue donde se ofrecía trabajo para un arriero aborigen. Un par de semanas después recibió la respuesta de Fitz a vuelta de correo, con un mapa dibujado a mano e instrucciones para llegar a la finca.

Jack Brown tenía diecinueve años y, aparte de servir en el ejército y ocuparse del ganado en la finca donde su madre cocinaba y limpiaba, era el primer trabajo que le ofrecían.

Poco después de encontrarse con mi madre junto a la cerca del bosque y volver al sendero, Jack Brown la vio pasar a caballo como un relámpago. Montaba a pelo y con descuido, como un hombre. Era un manojito de huesos, y al pasar, con la melena al viento, levantó un brazo, saludándolo y despidiéndose al mismo tiempo. Jack Brown no habría podido imaginar cuánto acabaría por acostumbrarse a aquella estampa, y cuántas veces iría tras ella.

Antes de que Jack Brown apareciera en la ventana de la caseta de policía, el sargento Andrew Barlow estaba en el aseo, desnudo salvo por la chaqueta.

La lluvia y el viento habían amainado, pero parecía que el frío se hubiera metido en la cabaña y se clavara en los pies de Barlow como si fueran dardos. Estaba mirándose el mentón en el espejo roto, evaluando el afeitado entre el reflejo del azogue y el reflejo de la cuchilla. No lucía tan bien desde que había llegado allí.

Cuando su padre propuso el puesto de policía rural, Barlow imaginó una cabaña perdida en lo alto de un monte, y no anduvo muy desencaminado. Al verla por primera vez quiso dar media vuelta, y si no hubiera ido cabalgando al lado de su padre, un sargento veterano, Barlow no se habría avergonzado de reconocer que de todos los desafíos de la vida, aquel lo superaba, y habría regresado a la ciudad tan rápido como su caballo pudiera llevarlo.

Pero su padre ejercía una firme influencia sobre él. Era la influencia de la culpa, y Barlow quería redimirse.

Barlow era adicto al opio, y su padre lo sabía. Pensaba que los aires del campo y el aislamiento serían la solución, e incluso Barlow creyó que, si lograba dejarlo y mantener la mente, ya que no el alma, ocupada en algo, la experiencia acabaría por sacar lo mejor de sí mismo.

Nunca había sabido qué era lo mejor que podía dar.

Su padre se quedó una semana para ayudarlo a instalarse. Juntos limpiaron el lugar y recuperaron un huerto plagado de conejos y malas hierbas. En realidad, más que nada su padre quería vigilarlo un poco, asegurarse de que no volvía a las andadas. Antes de irse, le hizo el «favor» de registrar su equipaje, los paquetes y las provisiones: encontró un alijo de frascos y jeringas en una lata plateada y le obligó a machacarlos con un martillo delante de él.

No era que Barlow no quisiera estar limpio, pero no había encontrado un remedio mejor para aliviar el dolor de espalda que lo martirizaba, que lo asaltaba sin previo aviso y se prolongaba durante días.

Por hábito y por decisión propia, Barlow era sumamente expansivo. Estaba abierto a las alternativas. Las buscaba, de hecho, y antes de dejar la ciudad y marcharse a su nuevo destino conoció a una india, una mujer muy ágil con un punto rojo en la frente, que captaba clientes para un fumadero de opio. Después de que Barlow le describiera el dolor que padecía, la mujer le enseñó una serie de estiramientos. Antes de caer dormidos sobre grandes cojines como un par de gatos, practicaron juntos las posturas, y ella le aseguró que lo aliviarían, inmediatamente y en el futuro.

Barlow se entregó a la rutina con entusiasmo, pero una noche en que le mostró a su padre los ejercicios, se sorprendió al ver cómo se enfurecía. «Hijo —lo regañó—, es indigno de un hombre doblarse y estirarse así, y más en pijama. Si has de hacer

eso, que sea en privado, por el amor de Dios.»

Cuando finalmente su padre lo dejó a su suerte en el puesto de policía, Barlow retomó la rutina. La repetía cada día al salir el sol, y de nuevo al anochecer. Si sentía alguna punzada de dolor entre esos momentos, se estiraba sobre la mesa de la cabaña, levantaba los brazos por encima de la cabeza y se quedaba allí colgado hasta que sentía que todas las vértebras se distendían y poco a poco el dolor remitía.

Al cabo de una o dos semanas, Barlow tenía la mente despejada y el cuerpo en forma. La sensación de hacinamiento de la ciudad lo abandonó, y en su interior descubrió que existían espacios libres. Era algo que nunca había experimentado. Volcó su atención en tareas metódicas, y plenamente centrado ordenó y arregló la cabaña, y revisó los expedientes del antiguo sargento de policía.

El puesto llevaba casi un año abandonado, y los archivos estaban cubiertos de polvo y plagados de bichos. Barlow no se inmutó. Limpió los expedientes uno por uno, examinando atentamente las fotografías de los delincuentes y grabándoselas en la memoria, para ser capaz de reconocerlos incluso en una noche oscura.

En uno de esos expedientes Barlow encontró a mi madre.

Era la única mujer de sus archivos y, aparte de eso, sus nombres falsos lo intrigaron: «Jessie Hunt, también conocida como Bell, y antes Payne». Se había presentado en los juzgados por numerosos cargos de cuatrерismo, con nombres distintos. Barlow se detuvo en su expediente más que en ningún otro, observando su fotografía, separándola del resto de los papeles, leyendo y relejendo su historial y las notas del sargento. Era una lástima que después de casarse con Fitzgerald Henry ya no tuviera que personarse en el puesto cada mes. Pero ¿por qué seguía allí su expediente?

Examinó la fotografía con una lupa y utilizó los datos de los que disponía para esbozar una cronología de su vida.

«Jessie, Jessie, Jessie, Jessie...», repetía, como si quisiera invocarla.

Con apenas catorce años, el público coreaba su nombre bajo la carpa del Gran Circo de los Hermanos Mestizos. Era la Asombrosa Miss Jessie. Cada noche la misma escena: Mirkus, el maestro de ceremonias, la presentaba y Jessie hacía su entrada en la pista. Los espectadores la aclamaban cuando la veían lanzarse hacia la tarima. Josephine/Joseph la ataba a la Rueda de la Fortuna, el Hombre de la Capa aparecía haciendo cabriolas desde un lado, sacaba su cuchillo y apuntaba hacia ella mientras Josephine/Joseph hacía girar la rueda.

El Hombre de la Capa, cuchillo en mano, corría de un lado a otro de la pista blandiendo la hoja en el aire y Josephine/Joseph lo perseguía. Ni siquiera cuando lo atrapaban con el lazo dejaba de correr. Cortaba la soga con el cuchillo y se la lanzaba a la multitud, que lo abucheaba. Josephine/Joseph subía de nuevo a la tarima y volvía a darle vueltas a la rueda. Luego siempre era igual: el lanzamiento del cuchillo, el murmullo de estupor, el chillido espeluznante y la multitud que susurraba: «¿Le ha dado?».

Nunca le dio.

Josephine/Joseph la desataba y Jessie se alejaba haciendo cabriolas hasta un caballo; aturdida aún de girar en la rueda, saltaba hábilmente sobre la grupa y daba una vuelta a la pista haciendo la vertical.

Una noche al acabar el espectáculo, mientras el público salía en tropel de la carpa del circo, un niño callejero se coló bajo las gradas, atravesando los haces de luz y polvo y las columnas de sombra. Corrió hasta llegar al final de la fila y, después de asomarse por debajo de la carpa y ver que no había nadie vigilando, fue sigilosamente hasta los establos.

Cuando Jessie se acercó a buscar un manojito de heno para dar de comer al caballo, agarró en su lugar la camisa del niño. No la soltó hasta que consiguió sacarlo del pesebre.

Era una de las criaturas más mugrientas que había visto nunca. Pierrecillas y brazos escuálidos, y una cabeza demasiado grande para sus hombros estrechos.

—¿De dónde sales tú? —le preguntó.

Al ver que el niño no decía nada pensó que era mudo, pero el chico solo estaba fascinado: tenía delante a la Asombrosa Miss Jessie, la estrella del espectáculo. La había visto en todos los carteles.

Por fin habló.

—Miss Jessie —dijo, y le hizo una reverencia.

—¿Dónde está tu madre?

—No tengo madre —dijo el niño—. Crecí de un árbol.

—No eres una fruta —dijo ella—. Claro que tienes una madre.

—No —dijo el niño. Y no hubo vuelta de hoja.

—Bueno, entonces ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Dardo Torcido.

Ella se echó a reír.

—¿Quién te puso ese nombre?

—Yo mismo. Soy artista, igual que tú.

Jessie lo sacó del establo para verlo bien a la luz de la calle.

—¿Artista? ¿Qué sabes hacer?

—Puedo enseñarte mis saltos mortales y mis volteretas —dijo.

Jessie vio que el cuerpecillo del niño cobraba movimiento. Pelo rubio como una llama, una llama sobre unos pies, dando vueltas y más vueltas, sin parar hasta que ella se lo pidió.

Y eso fue todo. Ella tenía catorce años y él siete, y Dardo Torcido se convirtió en la mascota de mi madre, su pichoncito. Cuando la compañía viajaba de pueblo en pueblo, se sentaban juntos en el fondo del carromato, con las piernas colgando lejos del suelo. Se encargaban de vigilar que los caballos no se separaran de la caravana. Desde allí la vista era amplia, y cuando un caballo se apartaba campo a través, saltaban del carromato y lo perseguían descalzos, sintiendo el roce de la hierba en las piernas, y entre ellos no existía el menor recelo.

El sargento Andrew Barlow se tenía por un hombre de ciencia. Iba más allá del apego que sentía por los chismes de laboratorio, los viales y los tubos de ensayo, o sus experimentos con el opio. Era un modo de aliviar la presión que llevaba dentro. Barlow sentía el mismo fervor por la disciplina intrínseca de la ciencia, las fórmulas, que otro hombre profesaría por su religión. Barlow creía en la gravedad. La gravedad lo ayudaba a entender las cosas. Cada noche, cuando el cielo se abría, sabía que era la gravedad lo que mantenía los planetas en órbita. Y los días en que pensaba que podría alejarse flotando de la tierra, se recordaba la ley de la gravedad. Era un consuelo para él.

Mientras cabalgaba por el bosque donde empezaba la finca de Fitz, Barlow tenía en mente las fuerzas gravitatorias. A partir del estudio de los *Principios* de Newton, Barlow conocía bien la atracción que mantenía en equilibrio los grandes cuerpos celestes, pero hasta entonces no le había interesado la fuerza que los seres humanos, en la distancia o la cercanía, podían ejercer unos sobre otros.

Iba pensando en mi madre.

Interrumpieron sus pensamientos unos mugidos. Alcanzó a Jack Brown y siguieron cabalgando a la par por el sendero, a la escucha.

Anduvieron desorientados hasta que vieron de dónde procedían los mugidos: una vaca se había quedado con la cabeza atrapada en la alambrada de espino que bordeaba la finca de Fitz. Desmontaron de un salto y Barlow sacó unas pequeñas tenazas de la alforja.

Jack Brown pareció sorprendido con su iniciativa, pero sujetó a la vaca por la cabeza hasta que Barlow cortó el alambre que la apresaba, y luego se apartaron mientras la vaca se ponía en pie y se alejaba por el sendero.

Llegaron al galope al prado frente a la casa de Fitz, y entretanto Barlow no dejó de preguntarse cómo todo aquello —él mismo, Jack Brown, Jessie, una vaca mugiendo— podía encajar en un universo regido por atracciones y fuerzas perfectas.

Al llegar a la finca, sin embargo, recordó la trampa del teorema de Newton, su *deus ex machina*. Le pareció que una mano furiosa hubiera caído allí y de un solo golpe hubiera aplastado la casa.

Con la ayuda de Jack Brown, Barlow rastreó la casa, examinando todas las superficies. Vio huellas hacia dentro y hacia fuera, y llegó a la conclusión de que más o menos un día después del incendio alguien había saqueado el lugar y, si alguna vez hubo algún cadáver, se lo habían llevado de allí, igual que el fregadero de la cocina.

La vida en el valle era dura. Había muchos hombres desesperados, ladrones. Por lo que decía Jack Brown, se trataba en su mayoría de antiguos soldados a los que les habían cedido parcelas de tierra, pero no eran granjeros, y no conocían la tierra ni sabían cómo vivir de ella.

Barlow disponía de muy pocas pistas para encontrar a Fitz y a Jessie. Solo podía

encarar la investigación con un enfoque científico, metódicamente. Empezaría por visitar todas las cabañas del valle. Reconstruiría un itinerario. No podía saber aún lo que encontraría al final.

Fue idea de Jack Brown pasar por la estafeta de correos, ya que el encargado era la única persona del valle que sabía cuáles eran las casas habitadas y cuáles no. Barlow puso al corriente al jefe de correos del incendio y la desaparición de Jessie y Fitz. El hombre parecía inspirado, y empezó a trazar un dibujo detallado de las cabañas de la zona. Se disponía a dibujar incluso los tejados y las chimeneas cuando Barlow le dijo:

—Aprecio su talento artístico, señor, pero bastará con que marque cada cabaña con una equis.

—Pero sargento —dijo el jefe de correos—, intento mostrarle que estas son las cabañas donde he hecho algún reparto, y estas otras no, las que en todo el tiempo que llevo aquí no han recibido ninguna carta ni telegrama. Y puede imaginar qué clase de hombre vive allí. Alguien poco acostumbrado a las visitas, diría yo. En cambio, marcando las casas con chimenea en las que últimamente he visto humo, sabrá que hay alguien vivo dentro, y podrá ir con más cautela y preparado al acercarse a las otras donde quizá no.

—¿Quizá no, qué? —dijo Barlow, confundido con la explicación del jefe de correos.

—Quizá no haya nadie vivo, señor. El invierno siempre se lleva a unos cuantos.

—¿Y a quién le corresponde encontrarlos, o darles sepultura?

—Bueno, señor —dijo el jefe de correos—, si no reciben correo, no es mi trabajo. Puede que sea el suyo, sargento.

Barlow caminó de un lado al otro mientras el jefe de correos terminaba su dibujo en el escritorio.

Cuando estuvo listo, Barlow se lo dio a Jack Brown, que se había quedado abrevando los caballos.

—Es una obra de arte —dijo Barlow—, solo que no tengo ni idea de por dónde empezar.

Jack Brown lo extendió sobre la silla de su caballo.

—No está mal —dijo—. El hombre es meticoloso. Para empezar, puede saberse dónde está el norte siguiendo esta cadena de montañas. Ahí ha señalado las parcelas cedidas a los antiguos soldados. Pero fíjese en que el río está aquí. Si quiere visitarlas todas, tendrá que cabalgar más o menos en círculo, de manera que no importa en qué dirección empiece, sargento.

Jack Brown montó en su caballo.

—¿Adónde va, Jack Brown?

—He hecho lo que estaba en mi mano, sargento. He dado parte del crimen, le acompañé hasta allí y le he traído aquí. Ahora la realidad es que mi jefe se ha ido sin pagarme, y estar desocupado no va conmigo. Tengo que buscar otro patrón.

A Barlow le entró el pánico. Necesitaba a Jack Brown. Sabía que no podría moverse por el valle sin su ayuda, y que nada suscitaba más burlas y peligros que un policía en solitario. Salvo un negro, tal vez. Por lo menos tenían algo en común.

—¿Cómo de negro es usted, Jack Brown? —le preguntó Barlow.

Jack Brown se volvió a mirarlo.

—¿Me está preguntando a qué casta pertenezco, sargento?

—Lo que quiero saber, Jack Brown, y espero que no se ofenda, es si es lo bastante negro para ser mi rastreador.

Jack Brown se echó a reír.

—¿Qué me está proponiendo, sargento?

—Techo y sueldo.

—¿Cuál es el sueldo?

—¿Qué le parecería bien? ¿Seis o siete dólares a la semana?

—Cabalaré con usted hasta la primera cabaña, sargento. Y entretanto lo pensaré.

Aún no habían llegado a la primera cabaña cuando Jack Brown dijo:

—Sargento, por siete dólares a la semana no dejaré que se pierda. Por nueve, rastrearé cualquier cosa que se mueva.

A veces parecía abrirse un sendero, y Jessie no distinguía si era solo el declive del terreno o si otros hombres lo habían transitado para bajar por allí. Los espolones y las crestas podían mandarla por el camino equivocado, y algunos senderos se abrían en cuatro direcciones o más, con lo que el mero hecho de elegir uno era en sí mismo una prueba: al final de cada senda habría un destino distinto, esperando.

Cuando perdía el rumbo que le señalaban el sol o las flores en busca de la luz, Jessie acampaba y aguardaba la noche. En las montañas, un día nublado a menudo daba paso a un cielo despejado de noche, donde siempre podría encontrar la Cruz del Sur y la primera estrella brillante justo debajo, y sabía que el sur estaba a medio camino entre el pie de la Cruz y la estrella brillante, o la distancia de sus manos estiradas.

Jack Brown se lo había enseñado.

Con la Gran Guerra llegó la Gran Sospecha. Se fue filtrando en el Circo de los Hermanos Mestizos del Mundo como una espesa niebla que se adhirió a las gradas. De pronto ya no hubo largas colas de gente empujándose para entrar, y quienes acudían no iban tanto a admirar las actuaciones como a decidir si había enemigos entre los artistas.

Empezó a correrse la voz: la señorita Spangellotti y Mirkus eran alemanes. El patriotismo en las ciudades y los pueblos del campo significaba que no hubiera ningún lugar donde fueran bien recibidos.

Aun así, la compañía siguió viajando de pueblo en pueblo, con la esperanza de que en alguna parte no hubiera calado el espíritu de los tiempos. Probaron números nuevos para atraer al público, se ponían los trajes a la vera de los caminos y entraban en las poblaciones con un elefante encabezando el espléndido desfile. Sin embargo, las más de las veces llegaban al pueblo con los trajes polvorientos, y mientras marchaban por la calle principal la gente los miraba con desprecio tras los escaparates de las tiendas o las cortinas de las ventanas. Algunos mandaban a sus hijos afuera a tirarles piedras.

No tardó en cundir el desánimo entre los artistas, y mi madre no fue una excepción. Por más que trataran de poner caras alegres o por más lentejuelas de colores que llevaran, nada podía ocultar que ya no ponían el corazón en lo que hacían.

La noche en que un hombre del público le lanzó a Mirkus una comadreja muerta, resultó ser el número más sincronizado de la noche. La comadreja muerta impactó en el hombro de Mirkus y resbaló por su chaqueta de terciopelo, hasta aterrizar en sus pies.

Los Hermanos Mestizos cerraron la barraca. Mirkus y Miss Spangellotti reunieron a la compañía: los Ciclistas Indios, Josephine/Joseph, Maximus y Minimus, las Bailarinas Rusas, los Acróbatas Españoles y el Señor Donata. Y a mi madre, claro está.

«Se acabó, amigos míos —dijo Mirkus—. Larguémonos. Esto se ha terminado. Recoged vuestros trajes y vuestros caballos. Y, por el amor de Dios, cuidaos mucho. La gente se está volviendo loca, y me temo que esto es solo el principio.»

Todo el mundo en el circo tenía un compañero, menos Jessie, y volvió a ser evidente cuando se despidieron. Maximus y Minimus. Los ciclistas. Josephine/Joseph y el señor Donata. Jessie se dio cuenta de que sería la única que se marcharía sola. Pensó en Dardo Torcido, su mascota, su pichoncito, que había desaparecido tan de repente como apareció. Nadie en el circo hablaba nunca de él, y se preguntó si en su soledad ella misma no habría inventado entonces, como querría hacer ahora, al perfecto amigo imaginario.

Después de la desaparición de los Hermanos Mestizos, Jessie echó mano de cualquier

cosa que se le presentara, aunque sobre todo de las cosas de los demás, y en especial de los caballos. La venta de caballos para el ejército en tiempos de guerra era un auténtico negocio. Los caballos domados estaban muy buscados, y mi madre sabía dónde encontrarlos.

Era rápida y eficiente, y gracias a sus días en el circo podía conseguir muchos disfraces. Apareció en el tribunal de Parramatta media docena de veces con distintos nombres —Jessie Hunt, Jessie Bell, Jessie Payne—, pero a la hora del juicio las pruebas habían desaparecido, porque los caballos se mandaban por mar en barco.

Hasta que su suerte cambió.

Tenía veintiún años cuando finalmente acabó entre rejas.

A esas alturas ya era una cuatrera curtida y con cierta reputación, y cuando se le presentaban golpes demasiado fáciles ella misma subía el listón, solo por divertirse. La detuvieron mientras afanaba dos pollos después de robar un caballo.

Al entrar en el corral, los pollos dormían. Con una mano agarró los dos pollos de las patas, y con la otra les retorció el cuello para matarlos, pero a oscuras la cosa se puso difícil: uno de los pollos empezó a aletear, y al soltarlo armó un revuelo espantoso. Por desgracia para Jessie, el dueño de los pollos y el caballo estaba atento, porque últimamente un zorro había esquilmado el gallinero. Cuando oyó el alboroto, salió de puntillas con el rifle encajado bajo la barbilla. Se sorprendió al ver no un zorro sino a mi madre saliendo del corral. Esperó hasta verla intentando montar en el caballo, con los dos pollos bajo el brazo, y entonces salió de la oscuridad, la encañonó por la espalda con el rifle y dijo: «Señorita, si se mueve está muerta».

La condujo a punta de rifle hasta la comisaría. En plena noche no había nadie de guardia, así que el hombre se sentó y siguió apuntándola hasta que llegó la mañana. Y no le quitó ojo mientras los policías le untaban los dedos de tinta y le tomaban las huellas. Al ir a meterla en una celda, los dos policías acabaron perdidos de tinta azul, por las patadas y puñetazos de Jessie, que al final les escupió encima.

«Vaya una fiera tenemos aquí», dijeron.

Antes de verse cara a cara con el juez, mi madre hizo lo que pudo por arreglarse un poco, pero incluso con el pelo recogido en trenzas, al ponerse en pie pudo sentir la mirada sentenciosa del juez, y supo que veía todas y cada una de sus imperfecciones, por dentro y por fuera.

El juez no se anduvo con contemplaciones. La habían sorprendido con las manos en la masa. Resumió el veredicto: doce meses por el caballo, tres meses por cada pollo y seis meses por el ataque a los agentes de la policía, y aseguró que el tribunal era indulgente.

«Al imponerle esta sentencia —dijo—, espero que esta joven geste la virtud como si llevara un niño en su vientre, y la ley reivindicará su paternidad.»

Jessie estaba al límite de sus fuerzas, pero los recuerdos se atropellaban en su mente sin que la memoria le diera tregua. Se sentó en una roca y se estrujó la cabeza mientras acudían, uno tras otro. Y como si hubiera unas pinzas en su cabeza, intentaba atrapar un recuerdo cada vez que emergía, para decidir si se trataba del momento en que su destino cambió, cuando las cosas aún podían haber sido distintas.

Pasó un día entero en cuclillas, meciéndose atrás y adelante, golpeándose la frente con los nudillos, como si quisiera extraer algo útil de sí misma. Pero al final del día solo alcanzó a comprender dos hechos irreparables: había engañado a Jack Brown y había matado a Fitz. No entendía que hubiera sido capaz de una cosa ni de la otra.

Houdini pastaba a su alrededor, y Jessie pensó que quizá ella misma estaba desnutrida. No se movió de la roca, pero cargó la escopeta y, cuando vio un canguro, le disparó. En ese momento recordó el instante fugaz en que pudo dispararle a Fitz y habría parecido un accidente perfecto.

Llevaba casi un año con Fitz. Había perdido la cuenta de las veces que él le había pegado, y ya fantaseaba con huir a las montañas. Aquel día él le estaba demostrando cómo reunir y marcar el ganado. Dijo que iba a ascenderla, a mandarla a uno de sus viajes en busca de ganado. Jessie no era diestra con las reses, o por lo menos no había cultivado esa habilidad. Tenía un don natural para los caballos, pero las vacas le parecían demasiado estúpidas. Igual que Fitz, aquellos animales se movían por impulsos absurdos que a ella se le escapaban.

Por no discutir, siguió a Fitz y lo ayudó a rodear a media docena de reses. Las estaban trasladando de un prado de más abajo para meterlas en el redil, cuando un toro se apartó del resto del rebaño. En una especie de arrebato cargó contra ellos, y mientras que Jessie saltó la cerca, Fitz se mantuvo firme y le echó un lazo al cuello al animal, aunque de poco sirvió, porque de todos modos el toro pudo embestirlo y lo acorraló contra un poste de la cerca. Fitz le gritó a Jessie que fuera a la cuadra a por la escopeta, y mientras corría hacia allí se dio cuenta de que no le importaba si el toro mataba a Fitz. Encontró la escopeta apoyada en la pared; sabiendo que no había que correr con un arma cargada, volvió caminando. Jessie apuntó a Fitz, que estaba arrastrándose por el polvo, pero el toro lo lanzó hacia arriba, y luego otra vez, y creyó que le había dado una cornada. Disparó un tiro al aire para espantar al toro, que arremetió contra la cancela. Fitz aprovechó para escapar por debajo de la cerca, así que era demasiado tarde para dispararle; en lugar de eso apuntó al toro y le metió dos balas en la cabeza. Lo vio caer pesadamente en el suelo y morir allí mismo.

Fitz estaba hecho una calamidad. Jessie le lavó y le vendó las heridas. Solo necesitó palparlo para saber que tenía dos costillas rotas y la rodilla hecha añicos. Fitz insistió en que ella se quedara y se ocupara de la granja, y le dejó la misma escopeta que había llevado de la cuadra. Montó en su caballo con mucha dificultad, con una pierna completamente tiesa. Jessie le dio una botella de whisky llena y no supo de él

en dos días.

Debería haber escapado. Metió sus cosas en la única bolsa que había llevado de la cárcel, una bolsa de lona verde que seguía debajo de su cama, y volvió a llenarla con los jabones con forma de ángeles y pájaros que a esas alturas acumulaban polvo en la repisa de la ventana. Echó un vistazo al dormitorio y el resto de la casa, y no encontró nada más de valor para ella. Las únicas cosas que en adelante necesitaría eran un cuchillo, una escopeta, su camisa y sus pantalones. Ensilló a Houdini y cabalgó hasta entrar en el bosque, que era la única manera de salir de la finca. Cuando dejara atrás la espesura se dirigiría a las montañas, pensaba que allí estaría a salvo. Pero aún no había recorrido la mitad del sendero cuando creyó oír un caballo al galope y, temiendo que se tratara de Fitz, dio media vuelta y cabalgó de nuevo a la casa, guardó a Houdini en la cuadra y se sentó en el sillón marrón que tanto detestaba. Cuando se dio cuenta de que no era Fitz a quien había oído en el bosque, ya no pudo volver a armarse de valor.

Al final Fitz volvió, ciego de alcohol, embravecido como una bestia, y hablando sin parar de su lucha con el toro y, peor aún, lleno de planes. Le anunció que iba a llevar a otro jinete, y que Jessie y el nuevo peón serían sus arrieros, sus lacayos, y darían los golpes mano a mano, ahora que sus días como cuatrero habían más o menos terminado.

—Conseguiré a un negro, esta vez —dijo.

—¿Por qué, son buenos arrieros? —preguntó Jessie, aunque ni siquiera registró su respuesta. Sabía que una convicta y un aborigen para Fitz serían poco menos que esclavos.

Más tarde, cuando encontró a Jack Brown en el bosque por primera vez, podría haberle dicho allí mismo que huyera. Sin embargo, sabía que sin Jack Brown la pesadilla de Fitz no cesaría y, si ella misma no lo mataba, era poco probable que sobreviviera a aquel infierno.

No supo cuánto tiempo había pasado. Había despellejado al canguro completamente. Le hubiera gustado hacer lo mismo con su cuerpo, quitarse la piel hasta llegar a los huesos, para desensartarlos uno por uno y reconstruirse de nuevo.

Encendió un fuego y asó un poco de carne, pero mientras se levantaban las primeras llamas vio la matanza que había hecho y perdió el apetito. Se disgustó, consigo misma y por aquel derroche inútil. Estaba toda manchada de sangre.

Apagó el fuego con tierra, tendió la piel del canguro en el suelo y se echó encima a llorar desconsoladamente.

Jack Brown estaba fuera de su alcance, y ya siempre lo estaría. Habían acordado esperar, no por la razón que Jessie le dio, que tenían que elegir bien el momento justo para escapar. Le había pedido que esperara porque intentaba reunir el valor para decirle que la criatura que llevaba dentro no era suya, sino de Fitz. En casi seis meses

no había sido capaz de decírselo. Al principio pensó que podía salir bien, que podrían huir a las montañas, hombre, mujer, hijo, en busca de la libertad. Pero ¿Jack Brown podría querer a un hijo de Fitz? ¿Y ella? Imaginar que Jack Brown era mi padre fue la única manera que mi madre encontró para no verme como un ser repelente. Mientras crecía en su vientre, hizo cuanto pudo por olvidar mi repugnante origen. Pero la realidad seguía allí. Y la realidad era horrible.

No puedo reprocharle que creara esa fantasía, porque encerraba una semilla de verdad. Jack Brown podría haber sido mi padre, y yo, igual que ella, lo habría preferido así.

Mi pobre madre se acurrucó sobre la piel del canguro. Se arropó con ella y dijo: «Abrázame».

Y aunque sus propias palabras la sorprendieron, no cesaron.

«Abrázame, abrázame, abrázame.»

Y mientras las decía, no pensó en nada más.

Por la mañana el hedor del pellejo al sol se hizo insoportable, y mi madre se lo sacó de encima y se despojó de la ropa ensangrentada. Caminó en silencio, desnuda, guiando a Houdini, asustada de cuánta muerte había en su interior.

Jack Brown y Barlow viajaron sin descanso hacia el norte, atravesando el valle. Cuando divisaban una cabaña aflojaban el paso, para dar tiempo a quienes las habitaban a advertir su presencia. Aun así, algunos hombres los aguardaban con las armas cargadas y a punto. Barlow levantaba la placa en alto, y al menos conseguía que los hombres bajaran las armas, y así podían seguir adelante, cabalgando despacio y acompasadamente hacia las cabañas, observados con recelo.

Uno de los hombres llevaba una pernera de los pantalones prendida a una pata de palo, y de su cabaña salía el peor tufo que Barlow hubiera olido en la vida. El hombre aseguró que había visto a Jessie. «Se movía por la maleza como una perra o una bestia —dijo—, agarrándose al suelo, y el pelo le caía por la cara desencajada. Si me hubiera dado tiempo a cargar más rápido la escopeta, le habría disparado de buena gana.»

Cabalgaron durante tres días sin hablar mucho entre ellos, visitando y tachando con una cruz cada cabaña de la franja norte, tanto las que el jefe de correos había sombreado en su mapa como las que no.

Al final del tercer día solo quedaba una cabaña hacia el norte, según el mapa, y era la más próxima a la montaña. Oscurecía rápidamente y apenas se veía nada, pero Barlow estaba empeñado en llegar aquella misma noche, así que siguieron adelante hasta que Jack Brown advirtió que los caballos podían tropezar en una madriguera y partirse una pata, y al final el sargento accedió a acampar.

Jack Brown encendió una hoguera y Barlow aprovechó la luz del fuego para anotar los avances de la investigación en su cuaderno. Jack Brown no le preguntó qué escribía. Observaron a los caballos pastando cerca mientras ellos cenaban los restos del pan ácimo que Jack Brown había preparado para el almuerzo. Barlow creyó oír a lo lejos el ladrido de un perro.

Jack Brown se tendió en la frazada y enseguida empezó a roncar. Barlow se sentía despejado. Los árboles, en combinación con el fuego, formaban extrañas siluetas que parecían cernerse sobre él. Al entornar los ojos un poco las reconoció. Eran todos los hombres que llevaba en su memoria, todos los hombres de sus archivos. Se acercaban hacia él y daban vueltas a su alrededor.

Jessie no estaba entre ellos.

Cuando por fin salió el sol, Barlow se tranquilizó. Vio el pie de la montaña, y una columna de humo que subía entre los árboles. Ensillaron los caballos y pronto volvían a estar cabalgando hacia allí.

Al aproximarse vieron una vivienda más parecida a una casita de campo que las cabañas que habían visitado hasta entonces. Rodeada de rosales, con un establo a un lado y cobertizos aledaños. Un perro ladró mientras subían la cuesta, y cuando vieron a una anciana salir de la casa para atarlo, espolearon los caballos y se acercaron al galope.

La anciana fue bastante cordial, y asintió cuando Barlow le describió a Jessie y Fitz. Dijo que se alegraría de haber visto a una mujer por allí, pero hacía años que no

pasaba ninguna, y en cuanto a Fitz, dijo que no era buena para recordar nombres, solo se le daban bien las caras de la gente, y había visto a muchos hombres rubicundos en el valle en los últimos cuarenta años.

El perro seguía ladrando, inquietando a los caballos, y la anciana no podía hacerlo callar.

—No nos iría mal desayunar un poco, si tiene algo que darnos —dijo Barlow—. Llevamos días cabalgando.

—Con mucho gusto les ofreceré comida —dijo la señora—, pero preferiría que la tomaran fuera, porque mi marido no está bien. Se ha acostumbrado al alboroto del perro, pero sé que las voces de otros hombres lo despertarían.

La anciana se encaminó a la casa mientras Barlow y Jack Brown se sentaban en unas losas de piedra cerca del establo.

—No necesitamos la comida de esta mujer —dijo Jack Brown.

—Hay un largo camino de vuelta, Jack Brown —dijo Barlow—, y no tengo estómago para otro de esos amasijos tuyos.

La anciana reapareció al rato con dos cuencos de gachas de avena y se sentó cerca de ellos, pero el perro se soltó y corrió hacia la casa, y lo vieron brincando sin parar arañando la puerta, hasta que un viejo abrió.

—Vuelve a la cama —gritó la mujer—. No te conviene salir.

Sin embargo el viejo se acercó hacia ellos, ignorándola. Llevaba la cabeza vendada.

—¿Qué les trae por aquí? —quiso saber.

Barlow se levantó.

—Soy el sargento Barlow, y este es mi rastreador, Jack Brown. Hemos venido a preguntar si habían visto a un hombre o a una mujer que han desaparecido. El hombre es alto, de cuello recio y cara rubicunda, pelirrojo y cejijunto. La mujer es alta, de pelo largo castaño, igual que los ojos, y se la conoce por su habilidad para domar caballos y porque es una magnífica amazona.

La anciana trajinaba de aquí para allá con nerviosismo.

—¿Les traigo más gachas? —preguntó y, susurrando, añadió—: No le hagan caso, no está muy bien de la mollera.

—La mujer estuvo aquí —dijo el viejo—. Vengan a la casa, tengo algo que mostrarles.

—¿Qué haces, hombre? —dijo la anciana—. Deja de armar lío.

—No es ningún lío —dijo él.

Barlow lo siguió hasta la casa y fueron al dormitorio. El viejo buscó debajo de la cama y sacó una taza de loza. Tuvo la precaución de cogerla con dos dedos por el asa.

—Bebió de esta taza. Seguro que tiene sus huellas por todas partes.

—Esto será de mucha utilidad —dijo Barlow—. ¿Hacia dónde se dirigió esa mujer al marcharse de aquí?

—Como cualquier criatura desesperada, subió a tierras más altas. Yo diría que la

encontrarán en algún lugar de esa montaña.

Jack Brown se quedó fuera con la anciana, que empezó a caminar alrededor de los establos.

—¿Fuma? —preguntó la mujer—. ¿Me podría liar un cigarrillo? Que sea fino. No soy fumadora.

Jack Brown sacó la petaca del tabaco. Le sudaban las manos y los papeles se le pegaban en los dedos.

La anciana se sentó en una paca de heno y se quedó mirando el suelo.

—¿Estuvo aquí? —preguntó Jack Brown.

La mujer siguió callada. Jack Brown esperó. El papel de liar se rompió entre sus dedos y las hebras del tabaco se le desparramaron por la mano. Las apartó y le cayeron encima del pantalón.

—Estuvo aquí —dijo al fin la anciana—. La encontramos junto al río, hecha una pena.

—Embarazada de seis meses —dijo Jack Brown.

—Siete, según sus cuentas.

—¿Siete?

—Da igual —dijo la anciana—. El bebé estaba muerto y enterrado cuando la encontramos.

—¿No llevaba una criatura dentro? —insistió Jack Brown.

—No —dijo la anciana—. Estaba vacía como una botella.

Jack Brown se acuclilló a ras del suelo. Se cubrió los ojos con el sombrero y encendió el cigarrillo que había liado para la mujer. Fumó, y el humo le salió por la nariz, mientras apretaba la mandíbula y trataba de empujar hacia abajo todos los sonidos lastimeros que surgían de su interior.

Volviendo hacia el puesto de policía, Barlow sentía todo el cuerpo dolorido, y ni siquiera pasar el día entero al sol le había hecho entrar en calor. Al llegar a la cabaña era ya de noche, y Barlow se alegró. La oscuridad era un velo de su estado de ánimo. Jack Brown metió a los caballos en el redil mientras Barlow prendía dos quinqués y le buscaba una manta.

Cuando Jack Brown entró, Barlow le tiró la manta y dijo: «Hay una celda vacía. Ponte cómodo».

Jack Brown le dio las gracias con un gesto de la cabeza y entró en la celda.

Barlow se sentó a su escritorio, entre los dos quinqués, y abrió el expediente de mi madre una vez más. La fotografía no era más grande que la palma de su mano, pero bastaba para hacerse una idea. Vio los ojos, negros como el carbón, la mandíbula prominente, la mirada desafiante. Cuanto más la observaba, más le parecía que algo cobraba vida en la imagen.

Alineó todos sus instrumentos: un pincel de pelo de marta, un tarro de negro de humo, portaobjetos de cristal, papel engomado, una lupa. Se puso unos guantes blancos. Luego desenvolvió la taza de loza que le había dado el viejo. Después de meter el pincel en el negro de humo, apresó con un dedo el asa de la taza y empezó a pasar el pincel por toda la superficie. El polvo se pegó alrededor de las huellas dactilares marcadas.

Barlow se sintió repentinamente animado y cargado de adrenalina. Desenrolló un poco de papel engomado y lo aplicó sobre cada una de las huellas. Obtuvo cuatro muestras perfectas, tres de los dedos y una de sus labios, del borde de la taza.

Sacó del expediente la ficha de las huellas de Jessie, las puso junto a las muestras del papel engomado y, con la lupa, las comparó.

La tenía. No cabía duda de que las huellas eran idénticas.

A media mañana el sol estaba alto en el cielo y el bosque se veía radiante, infatigable al calor.

Surcaban las montañas arroyuelos que confluían en los desfiladeros, siguiendo un curso predestinado, a través de los estrechos salientes de roca. Jessie se dejó caer de rodillas al lado de Houdini y bebió del arroyo. No hizo un cuenco con las manos, sino que metió la cara en el agua y sorbió, como cualquier otro animal.

Se desató la maraña de prendas ensangrentadas, volvió a ponérselas y luego se tumbó en una zona poco profunda, y dejó que el agua lavara su cuerpo y la ropa. La corriente torrentosa arrastraba su pelo y sintió como si unos dedos le acariciaran el cuero cabelludo, y esos mismos dedos le enroscaron el pelo y tiraron de él, y entonces supo que no era el agua lo que la sostenía, sino fantasmas. Habían escalado la montaña con ella y, a pesar de sus súplicas, no la abandonarían.

Empapada como estaba, salió del arroyo y guio a Houdini hacia la cresta rocosa. Divisó la sucesión de montañas, entre las que descollaba una pendiente más alta y escarpada. Aunque parecía llena de matorrales, intransitable, montó en el caballo y puso rumbo hacia aquella cumbre de todos modos, decidida a escapar de todos los fantasmas que la perseguían.

IV

Seguro que han visto los rastros por todo el país. La huella de pájaros, vacas, caballos, seres humanos, entrecruzándose una y otra vez. Y eso no es más que la superficie de la tierra. Debajo yacen capas y capas de restos fosilizados y materia putrefacta que revelan algo distinto, una vez más. Porque aquí abajo las historias se superponen, como los cuerpos enterrados, y acaban imbricadas del modo más extraño.

La primera vez que lo oí, su voz sonaba como un puñado de guijarros al agitar una olla. «¡Malnacido! —dijo—. ¡No estoy muerto!»

No era el eco de mi propia voz. Era otra cosa.

Dijo: «A Dios gracias has dejado de gritar y dar la lata. Entre tú y los putos pájaros, aquí un hombre no puede encontrar la paz».

La tierra se removió a mi alrededor como si hubiera algo escarbándola, hasta que consiguió pasarme un botoncito. «Ten, chupa esto, chiquilla», me dijo.

Yo estaba a dos pies de profundidad, y él un poco más abajo. Si mi madre hubiera seguido cavando, habría desenterrado sus huesos. Lo creí al pie de la letra cuando me dijo que era un espanto de ver. Me contó que le habían volado la mandíbula y que con el tiempo los gusanos se lo habían comido completamente. Eso fue cuando aún estaba lo bastante vivo para que se lo comieran, claro. Así que desde un punto de vista físico, digamos, no quedaba gran cosa de mi compañero. A mí eso no me importaba. Acabé por encariñarme de aquel vecino enterrado a mi lado.

Pasó a ser mi medida del tiempo. Todos los días, a la misma hora que cuarenta años atrás lo habían empujado rodando en su tumba, gritaba: «¡Malnacido, no estoy muerto!». Cada día la misma frase llegaba como una explosión, que por lo visto no era más que una manera de dejar las cosas claras. Aparte de eso, no hablaba mucho. «Maldito favor me hicieron las palabras en vida, así que ¿de qué van a servirme ahora?», decía. Eso no impedía que emitiera toda clase de sonidos, ruido de tripas, y pedos, y gemidos. Nunca guardaba silencio de verdad.

Con el tiempo me hizo más regalos. El primero fue el botón, luego vinieron el casquillo de bala y la concha. Atesoré cada uno de ellos. También me regaló una expresión: «De mal en peor».

Me llamaba «chiquilla». No hablaba mucho, como digo, pero un día lo hizo.

Oí que se aclaraba la áspera garganta y decía: «Chiquilla, a veces un sentimiento puede acecharle a uno como un mal olor y, después de cuarenta y tantos años, pienso que un sentimiento está mejor fuera que dentro. No sé lo que es, a lo mejor es por oírte a ti, pero supongo que contar tiene algún sentido, y aunque ya sabes que suelto alguna que otra palabrota, hablaré lo mejor que pueda. Pero habrás de tener paciencia conmigo, chiquilla.

»Te he contado que me arrancaron la mandíbula de cuajo, y por eso mi voz suena como una cagarruta seca golpeando en una olla. Bueno, pues antes de que me enterraran, un malnacido se llevó un trozo de mi barbilla de un mordisco, como si masticara un filete duro. Yo no soy un malnacido al cien por cien, quizá solo un poco, pero habría hecho lo mismo. Me metí en el establo ajeno, y eso no se debe hacer. ¿Sabes de lo que hablo, chiquilla? Hablo de que le robaba a su mujer.

»Así que estaba yo con el culo al aire cuando él apareció en la puerta del dormitorio, y lo supe solo porque vi la cara de la mujer, que lo decía todo. Pero entonces su cara cambió de pronto y se quedó allí tumbada con expresión inocente, como si ella no tuviera ninguna culpa y no estuviéramos allí desnudos en la cama de su marido. Tiré de las sábanas, intentando taparme, y salté como un conejo despellejado de aquella cama, y entonces el hombre me machacó las espinillas con una silla. Me caí encima de él y rodamos por el suelo; yo ya había perdido la sábana y tenía las pelotas colgando en el aire, y déjame decirte que no hay sensación más peligrosa. Entonces el malnacido me dio una patada en las mismísimas y vi las estrellas, chiquilla, hasta los planetas vi. Me abalancé sobre él y le arranqué un trozo de oreja de un mordisco.

»Sabía que llevaba el olor de la mujer por todo el cuerpo, así que agarré al tipo del pelo y le arrimé la cara hasta que estuvimos con las narices pegadas, y le dije: “¡Tío, qué rica está tu mujer!”.

»No debí decir aquello, chiquilla. Porque se puso como loco. Me apresó la barbilla entre los dientes y sacudió la cabeza como un perro salvaje, y luego escupió el bocado de carne y me puso contra el suelo y empezó a saltar sobre mis rodillas hasta hacérmelas añicos. Luego me arrastró y quise aferrarme a la madera con las uñas, pero me arrastró igual.

»Entonces me desmayé.

»Y la cosa es, chiquilla, que supe que mi muerte era inminente y la vi con mis propios ojos. Una muerte rápida y brusca, oscura y absoluta.

»Me desperté cuando me cargaban en la carreta. Estaban callados como sabandijas, y no les pude ver la cara, solo la silueta de sus cabezas, las de los dos. Cualquier hombre decente se habría detenido ahí. Me había roto las rodillas y me había aplastado las pelotas. Había defendido bien su terreno. Yo me hubiera largado de allí a rastras a lamerme las heridas, habría aprendido la lección y no habría vuelto a tocar a la mujer de otro hombre. Pero no. Aquel tipo era un desgraciado.

»Me ataron y me llevaron toda la noche en su destartalada carreta, y no sé por qué eligieron este lugar tan ruidoso, pero cavaron mi tumba aquí mismo, y quizá como castigo él la hizo sentarse encima de mí para que no me moviera, y cuando acabó de cavar le dio a ella un revólver y dijo: “Dispárale en la sien, amor mío”. “No puedo, no puedo”, dijo ella, pero me apuntó a la sien de todos modos. Créeme, esa mujer era una gata. Y ojalá lo hubiera hecho bien, chiquilla, pero resulta que falló y no me dio en la cabeza, con lo que yo habría tenido una segunda oportunidad de seguir con vida.

La cuestión es que no falló del todo, sino que me voló una parte de la mandíbula.

»Y luego se quedó con la pistola en la mano, parecía que temblaba y que se había quedado muda de la impresión, hasta que el hombre dijo: “No gastes una bala más en este pedazo de mierda”.

»Ahí fue cuando empecé a gritar, chiquilla. “¡Malnacido! —le dije—. Acaba conmigo. ¡No estoy muerto, hijo de puta!”

»Ojalá hubiera acabado conmigo, chiquilla, y no tendría que estar aquí hoy contando esta historia, ni soportando lo que vi cuando ese malnacido me arrastró por el suelo de madera. Sé que lo que vi fue mi propia muerte, chiquilla, de eso estoy seguro. Era una buena muerte, una muerte limpia. No esta mierda interminable.

»Y entonces me pregunto, ¿cómo perdí mi baza con la muerte, chiquilla? ¿Dónde está la muerte limpia que me esperaba, después de todo?».

Jack Brown estaba acostado en el catre del puesto de policía, sobre un colchón desnudo que se hundía bajo su peso. Se dijo que la celda era una habitación cualquiera, salvo por los barrotes de las ventanas. Para no ver las manchas de las paredes había bajado la luz del quinqué hasta que solo fue una llama temblorosa, y había apoyado una silla contra la puerta metálica para no quedarse encerrado dentro si corría viento.

Se vació los bolsillos encima de la cama y encontró el mapa del jefe de correos. Estaba doblado y hecho jirones, reblandecido por su propio sudor. Encogió las rodillas, alisó el mapa y se sorprendió de cuántas cabañas habían visitado en el arco de norte a oeste.

Para Jack Brown cada cabaña no era más que una celda elegida por voluntad propia, en la que habitaban hombres solitarios a los que se les veía en la cara cómo podía ser la vida sin ternura, sin una mujer.

Cabalgando de una cabaña a la otra por aquel territorio que tan bien conocía, Jessie estaba dondequiera que mirara. Pudo ver en cada prado una versión de ella, reuniendo el ganado, o luciéndose, o haciéndolo reír con alguna historia subida de tono que había oído en la cárcel. Pero mientras recorría las cabañas, una por una, sintió también su conflicto interior, la trampa de acero que llevaba en el pecho y que podía atraparlo con sus dientes en cualquier momento.

¿Por qué Jessie lo había engañado?

Sabía que al escapar también había huido de él. Habían acordado esperar, y ella había roto el pacto. Sin embargo, al dolor de que lo hubiera abandonado para cargarle la culpa de su crimen, se superpuso otro sentimiento. Quería volver a cabalgar a su lado.

Necesitaba llegar al fondo del asunto. Solo así recuperaría la libertad. Ahora veía claro que no era una cuestión en manos del destino, que escapar juntos solo había sido una fantasía y que en realidad solamente podía contar consigo mismo. La única manera de curarse de la fantasía o el desengaño era olvidar a Jessie, tachar todos los recuerdos, igual que estaba tachando una por una las cabañas dibujadas a lápiz del mapa.

Pero ¿cómo iba a hacerlo, cuando los recuerdos que guardaba de ella estaban grabados a tinta en el paisaje mismo?

Aquella noche Jack Brown no soñó con mi madre. Soñó con Fitz. En el sueño, Barlow y él no liberaban a la vaca que mugía atrapada por el alambre de espino. En el sueño liberaban a Fitz. Era Fitz quien salía corriendo y cojeando hasta perderse en el bosque.

Cuando se despertó por la mañana, Jack Brown sintió el tufo que despedía su cuerpo.

Fue hasta el cuarto de aseo, pero no le gustó ver un espejo roto, la bañera estrecha, así que salió fuera y se desvistió delante del depósito de agua. Se echó agua por encima, se enjabonó y se enjuagó. Se pasó las manos por la piel para quitar el exceso de agua y sintió que cobraba vida al calor del sol.

De vuelta en la celda se vistió con ropa limpia y salió a la puerta, donde encontró a Barlow sentado a la mesa, rodeado de lámparas y velas encendidas. Tenía el pelo tieso y apelmazado, grasiento, y las manos, los brazos y la cara manchados de tinta.

—Qué, ¿una noche dura? —dijo Jack Brown.

Barlow lo saludó levantando una mano manchada y, sin mirarlo, continuó embadurnando de tinta unas placas de cristal sobre las que apretaba los dedos. Había páginas llenas de huellas esparcidas por la mesa y el suelo.

—Todo está aflorando a la superficie, Jack Brown.

A Jack Brown se le revolvieron las tripas. Temía que después de tantos días cabalgando juntos, Barlow fuera a declararlo finalmente sospechoso y lo arrestara.

—Mira esto —dijo Barlow—. Mira esta curva. ¿Sabes que no hay dos hombres con las mismas huellas dactilares?

Jack Brown miró las huellas, las líneas y las espirales que trazaban.

—Pon aquí tu dedo.

Jack Brown se quedó paralizado.

—¿De qué tienes miedo?

Jack Brown metió el pulgar en la tinta y luego lo estampó en el papel.

—Ha quedado emborronada —dijo Barlow—. ¿Qué pasa, eres una especie de espíritu?

Jack Brown se miró el dedo. La piel parecía vetuada como el mármol, por la tinta.

—He sacado muchas ollas del fuego, sargento.

Sintió alivio al oír que Barlow decía:

—Necesito que agarres bien las riendas de tu caballo con esos pulgares. Necesito que vuelvas a la cabaña del jefe de correos y recojas un paquete, y necesito que lo hagas enseguida.

Jack Brown se alegró de salir de allí. Montó en su caballo y tomó la carretera vieja. Mientras cabalgaba vio la tierra cuarteada. Unas grietas finas atravesaban el camino, y al pasar por encima pensó que era como ir pisando las costuras de una colcha de retales. A la vera del camino había un prado dorado. Atajó por allí con el caballo y la hierba desprendió un olor limpio y fresco a calor y primavera.

Siguió cabalgando.

Al ver las montañas, Jack Brown deseó con todas sus fuerzas que Jessie apareciera en la cima, que atravesara el monte entre los árboles y cabalgara decididamente hacia él. Pero eso no sucedió.

Mediado el día creyó distinguirla a lo lejos, y galopó hacia ella hasta que se dio cuenta de que era otra mala pasada que le jugaban la luz, el calor y la naturaleza.

Jack Brown no fue directamente a la cabaña del jefe de correos. Antes de darse cuenta cabalgaba de nuevo hacia el bosque de la finca de Fitz, y enseguida estuvo abriéndose paso entre la maraña de árboles. Cuando la maleza se hizo demasiado espesa, ató el caballo y siguió a pie.

Se sentó un rato delante del árbol hueco, pensando si al encararse con los restos de Fitz se desencadenaría en su interior una locura de la que ya no pudiera redimirse, pero decidió que la redención era solo otra falsa promesa, así que hizo palanca con el cuchillo y separó la corteza con los dedos.

Jack Brown retrocedió al notar la fetidez y se tapó la cara con el brazo. Cogió un palo del suelo y sacó la tapa de corteza desde lejos.

El saco seguía dentro del árbol, igual que lo había dejado. Jack Brown respiró hondo y se asomó para sacarlo.

La arpillera estaba manchada de humedad y moho, y un hongo naranja brillante crecía en uno de los lados. Lo tanteó con el palo, que se hundió en el saco. Desató la cuerda y miró dentro.

Fitz era un amasijo sin forma, más cenagoso que humano. Jack Brown apenas pudo reconocer los restos que había encontrado en el sótano antes de llevarlo a rastras hasta el árbol y esconderlo. Era otra cosa, algo que parecía disolverse ante sus ojos, otra versión deformada de la naturaleza, que se desintegraba más allá del curso normal del tiempo.

Jack Brown volvió a atar la cuerda. Encontró una rama más fuerte y aseguró con una cuerda el saco a una punta. Luego se quitó las botas y, sosteniendo la rama por la otra punta para alejarla todo lo posible, caminó en silencio hacia el río, donde llenó el saco con piedras, trepó a un saliente de roca y lo tiró al agua.

A Barlow lo estaba matando la espalda.

Solo en el puesto de policía, no conseguía encontrar nada que lo distrajera del dolor. Había hojeado el expediente de Jessie tantas veces que no podía concentrarse en sus periódicos o sus libros de ciencia. Ningún teorema lo adormecería. Necesitaba fijarse en algo tangible, algo concreto.

Empezó a preparar de nuevo placas de cristal y a untarlas de tinta con el rodillo. Apretó los dedos encima, uno tras otro, y los estampó en un papel limpio, como si de alguna manera la repetición de la tarea pudiera evadirlo de sí mismo. Luego levantó el papel y comparó las huellas con las de Jessie. No eran tan distintas. Siguiendo sus huellas, no le pareció tan lejana. Interpretó que eso era una prueba de que al fin la tenía a su alcance, de que la encontraría. Aunque no en solitario. Necesitaba a Jack Brown.

Volvió a apoyar los dedos en el papel y los deslizó por encima. Por fin oyó a Jack Brown subiendo la ladera, el ritmo constante de los cascos del caballo, los estribos tensándose cuando desmontó. Jack Brown traería el paquete que esperaba, y Barlow supo a ciencia cierta que pronto hallaría un alivio, que pronto todo estaría bien.

Pero no era Jack Brown; debía de ser algún animal que deambulaba afuera.

Su dolor de espalda se hizo más intenso con la espera. Barlow se tumbó encima de la mesa, sobre los papeles manchados de tinta y llenos de borrones, soportando el peso del cuerpo en las caderas, mientras el torso colgaba desde el borde. Levantó las manos por encima de la cabeza, rozó el suelo con los dedos hasta que notó la columna al estirarse, la tracción de su cuerpo.

No le procuró ningún alivio.

Bebió whisky mientras caía la noche hasta que ya no pudo caminar, solo arrastrarse. Al final salió gateando de la cabaña y se tendió en la hierba a esperar a Jack Brown. Por un momento sintió que la vida de las estrellas cargaba su cuerpo, encendiendo algunos puntos con oleadas de calor y luz que le recorrieron el pecho, las rodillas, la entrepierna.

Vio las estrellas moviéndose unas contra las otras, y sus teoremas se agolparon en su mente y sintió la fuerza de su propia insignificancia, y supo que ni dentro ni fuera existía el equilibrio.

Se quedó dormido en la hierba delante de la cabaña y no se despertó hasta que la escarcha lo arrojó como una sábana de vidrio.

Jessie siguió por una grieta hacia el norte hasta su fin natural, y su fin natural era un gran peñasco. Estaba claro que Houdini no podría pasar entre el peñasco y la pared de roca que caía hacia el barranco. Y no podían retroceder y bajar por la estrecha cornisa por donde habían venido, a menos que quisiera que la atraparan o pretendiera suicidarse. Con un caballo, subir siempre era más fácil.

Jessie acarició el hocico de Houdini y lo dejó lamiendo el musgo que cubría los bordes de la roca, mientras ella se deslizaba entre el pedrusco y la pared de roca para ver si detrás el camino continuaba.

Al otro lado vio que se abría un sendero más ancho, al menos el doble del que habían seguido hasta allí. Metiéndose entre el peñasco y la pared, apoyó la espalda contra la roca firme y empujó con las piernas para intentar que el peñasco rodara barranco abajo, pero no se movió. Ni una pulgada.

Saltó al otro lado y, de no haber sido porque el sendero era más ancho, podría haberse despeñado del susto que se llevó. ¿Era una broma? ¿Y de quién era la ocurrencia?

Había un esqueleto apoyado en el peñasco.

El sol había blanqueado los huesos y descansaba sobre esquirlas de cuarzo y mica. Llevaba un sombrero atado bajo la mandíbula y estaba más o menos de una pieza, gracias a las malas hierbas que lo mantenían unido.

Jessie pensó que era el esqueleto de un hombre, y un hombre que llevaba mucho tiempo muerto. Se agachó y le arregló un poco el sombrero. «¿Eres un presagio? — dijo Jessie—. ¿Me estás indicando que más adelante aguarda la muerte?»

Aun así, con aquel sombrero y blanqueado por el sol, más que un mal augurio le pareció cómico, un guardián amable y mudo de un mundo más allá de este mundo.

De haber podido contestarle, el esqueleto le habría revelado que se había sentado a descansar, exhausto y hambriento. Temiendo que lo reclutaran para una guerra que no era la suya, había huido a las montañas. Subió la ladera convencido de que no se avergonzaba de escapar, pero su vergüenza se expresó al fin cuando descubrió que ni estaba preparado para la soledad ni sabía cómo sobrevivir entre los matorrales y la naturaleza agreste de la más escarpada de las montañas.

Cuando se apoyó en el peñasco solo le quedaba aliento para pronunciar su nombre, era lo único que tenía en la cabeza. Así que fue lo que hizo. Y desde allí arriba, contemplando el collado de la montaña, el eco le devolvió su nombre. Llegó desde cien direcciones distintas y, aunque fue un consuelo oírlo porque quizá después de todo no caería en el olvido, acabó de desorientarlo del todo.

A pesar de estar sentado en la tierra, no notaba la tierra debajo. Era como si estuviera suspendido y cayera ya al vacío por las grietas de la montaña. Se agarró a las matas del suelo, y las hierbas y las raíces colgantes le parecieron los hilos más finos de su propio ser arrancados de la tierra, por los que la vida se le escapaba.

Empezó a comerse la hierba, igual que había visto hacer a los perros. Masticó largo rato, triturando la tierra y los tallos y las raíces con los dientes, hasta que se formó una pasta aceitosa en su boca. Estuvo consciente todo el día, dándole vueltas a la masa con la lengua, hasta que el calor le arrebató el último suspiro de vida que le quedaba y una figura se acercó a él por el sendero.

Era su muerte final. Su muerte rápida y brusca, en la figura de su madre. Llegó con los brazos abiertos y cantó:

*No llores, cielo mío, no llores más,
cuando la noche tienda su manto
con el cielo dormirás.*

El esqueleto le dio tregua a Jessie. Pensó en lo que no soportaría perder. Después de haber perdido tanto ya, se maravilló de conservar aún apego por algo en este mundo.

Houdini.

Tomó una decisión. Si la montaña auguraba su propia muerte, no quería llevarlo con ella. Houdini estaba lleno de vida, no necesitaba huir de nadie, así que ¿por qué encadenarlo a su destino?

Le acarició la cabeza y lo encaró hacia el sendero que bajaba la montaña. Le azotó la ijada.

«Márchate, amigo mío», le dijo.

Lo vio alejarse pendiente abajo.

Jessie volvió a bordear el peñasco, pasando junto al esqueleto. Si su muerte estaba cerca, no trataría de esquivarla o de luchar como había hecho casi toda la vida. Iría a su encuentro y le saldría al paso.

Siguió a pie hacia la cima.

Se concentró en el paisaje y en todo cuanto había fuera de sí misma. Fijó la mirada en cada uno de los detalles que se revelaban, advirtiendo los cambios a su alrededor. El eucalipto de las cintas y el barril pardo, la hakea y la grevillea crecían silvestres entre los riscos de basalto que descendían hacia laderas pedregosas.

Cada grieta parecía albergar mil formas de vida, y al recorrer la escarpa y llegar a la planicie de la cumbre se encontró en un laberinto de roca, una cuenca de praderas altas. Se preguntó por qué, si de veras le aguardaba la certeza de una muerte inminente y nunca más volvería a ver a Houdini, aún tenía esperanzas.

Cuando Jack Brown volvió al puesto de policía encontró a Barlow sumido en una especie de trance. Parecía haber más papeles desperdigados por la cabaña, aunque daba la impresión de que en su ausencia Barlow no se hubiera movido de la mesa.

—¿Lo tienes? —preguntó Barlow.

Jack Brown le lanzó el correo: un nuevo número de *Mind Power Plus* y un paquete envuelto en papel marrón.

—¡No lo tires así!

Jack Brown se rascó la espalda con el marco de la puerta.

—Sargento, habrá dado muchos tumbos desde Sidney...

Barlow fue directo al cuarto de aseo con el envoltorio bajo el brazo, y Jack Brown oyó que cerraba la puerta.

«Son asuntos suyos», pensó, y fue a por su escopeta y salió fuera de nuevo. El cielo anaranjado marcaba el final del día y el pasto grisáceo se tiñó de dorado. Jack Brown vio conejos saltando entre matas de hierba. Apoyó la barbilla en el cuello de la escopeta y, moviendo los ojos pero no el brazo, disparó una sola vez.

Aún le retumbaban los oídos al bajar la cuesta mientras buscaba el conejo entre el pasto. El animal tenía los ojos abiertos. Le retorció el pescuezo para asegurarse de que estaba muerto, se puso en cuclillas y lo despellejó. A continuación, lo abrió y le sacó los intestinos, el hígado y la pequeña glándula verdosa de dentro. Cavó un agujero en el suelo y enterró la hiel, porque sabía que era venenosa. Intentó recordar si la había quitado la última vez que comió conejo, pero no pudo. Cazar un conejo y despellejarlo ya no era para él un acto consciente, de tantos que había comido.

Al volver a la cabaña encontró una olla oxidada en la cocina. La restregó con un cepillo metálico y la engrasó con manteca. Troceó el conejo y cortó en rodajas una cebolla y unas cuantas patatas del huerto, y lo metió todo en la olla con agua y sal. Hizo leña menuda para prender el fuego, la apiló en la cocina y sopló hasta que la chimenea succionó la llama. El fuego crepitó contra el hierro, un sonido que siempre lo reconfortaba.

Había visto ortigas cerca del porche, sabía que eran buenas para comer. Recogió las hojas verdes tratando de no pincharse y al volver a la cocina las desmenuzó y las añadió a la olla. Las mezcló con el conejo, viendo que los pinchos se encogían al ablandarse y el agua adquiría un color verde oscuro a medida que el guiso arrancaba a hervir.

Llamó a la puerta del cuarto de aseo y dijo:

—Sargento, su cena estará pronto en la mesa.

Jack Brown se sentó en el porche y fumó tres cigarrillos, uno detrás de otro, para aplacar el hambre, pero siguió igual de hambriento. Se entretuvo dando de comer a los caballos y limpió el redil. Luego volvió adentro y probó el guiso. La carne estaba bastante tierna. Frio el hígado que había reservado y, cuando estuvo dorado y empezaba a chamuscarse por los bordes, lo sacó de la sartén con los dedos y se lo comió allí mismo.

Barlow aún no había salido del aseo. Jack Brown llamó a la puerta y no hubo respuesta.

—Eh, ¿está bien? —gritó.

—Avísame cuando la cena esté servida.

—No soy su esclavo negro —gritó Jack Brown.

—¿Cómo?

—La cena está servida.

Jack Brown despejó los papeles de Barlow de la larga mesa y sirvió el guiso. Barlow apareció en la puerta con aspecto de no haberse lavado. Deambuló un poco antes de sentarse.

Jack Brown comió con avidez y pensó que el guiso estaba rico y muy sabroso. Cuando levantó la vista, Barlow estaba mirando fijamente el tenedor, y de pronto su cabeza cayó hacia delante y se enderezó como si tuviera un resorte.

—¿Qué le pasa, sargento?

—Estoy bien, Jack Brown, estoy bien.

Barlow dio un bocado, aunque más que nada se dedicó a remover la comida en el plato.

Jack Brown fue a la cocina y se sirvió de nuevo. Y había terminado el segundo plato cuando Barlow dijo que ya estaba lleno y se puso de pie, pero en lugar de echar atrás la silla, empujó la mesa hacia delante y golpeó a Jack Brown en la tripa, con tal ímpetu que creyó que echaría la cena.

Barlow se disculpó una y otra vez y le ofreció un whisky, pero Jack Brown lo rehusó.

Le había dado por fumar, le aplacaba la inquietud que tenía dentro, así que salió de la cabaña y encendió otro cigarrillo. La noche estaba serena. Barlow salió al poco y se sentó a su lado con dos vasos recios. Los llenó hasta arriba y le tendió uno.

—Perdona por lo de antes, Jack Brown, perdí los papeles.

Se sentó en el borde del porche. Apoyó la espalda en un poste y se quitó las botas, que cayeron en la hierba. Los dos hombres se quedaron callados, y había tanto silencio que Jack Brown podía oír a Barlow tragar saliva.

Al fin, Barlow habló.

—Dime, ¿qué clase de hombre eres?

Jack Brown hubiera preferido el silencio a una pregunta como aquella.

—¿Se refiere a si soy maricón o algo así?

—Me refiero a que un hombre puede definirse de muchas maneras.

—¿Por ejemplo? —dijo Jack Brown.

—A ver, pensemos. Hay hombres de mundo, hombres de su tiempo... —dijo Barlow, arrastrando las palabras.

—¿Usted qué es, sargento?

—No lo sé. Esperaba que tú pudieras decírmelo. —Barlow apuró su whisky.

Jack Brown inhaló profundamente y señaló las constelaciones que se formaban en

el cielo, pero se quedó en blanco y no pudo recordar el nombre de ninguna.

—¿Crees que puedes conocer a la gente a primera vista? —dijo Barlow. Se sirvió otro trago.

—¿Se refiere a si puede confiar en un hombre? —dijo Jack Brown.

—He estado leyendo sobre eso en *Mind Power Plus*. Hay cuatro clases de personas, según dice. Está el alimentativo, el musculoso, el óseo, el cerebral.

Jack Brown soltó una gran bocanada de humo.

—No sería capaz de decir si yo soy alguno de ellos, sargento —dijo.

Barlow se llevó las rodillas hacia el pecho y mantuvo el vaso en equilibrio sobre una rodilla. Examinó a Jack Brown a través del líquido ambarino.

—Yo diría que eres del tipo musculoso, Jack Brown. Todos los grandes guerreros fueron tipos musculosos, ¿sabes?

—No soy ningún guerrero, sargento —dijo Jack Brown.

—El tipo musculoso prefiere el aire libre, está en constante movimiento, respeta las leyes de la naturaleza. Ese tienes que ser tú. —Barlow apoyó la cabeza en el poste y cerró los ojos.

Jack Brown lo miró con detenimiento. Había en él cierto aire de desamparo, con aquel pelo lacio y apagado que le caía por la cara.

—Necesita dormir, sargento —dijo Jack Brown—. Se le ve un poco maltrecho.

Barlow se irguió.

—¿Alguna vez te has pinchado, Jack Brown?

—De vez en cuando, en el bosque —contestó Jack Brown—. Y en la guerra me clavé un cactus.

—Me quito el sombrero, Jack Brown, pero estoy hablando de droga. ¿Alguna vez te has inyectado droga en las venas?

—No, sargento —dijo Jack Brown—. Nunca he tenido motivos para eso.

Barlow entró tambaleándose en la cabaña y salió con un estuche negro de cuero. Se sentó de nuevo y con gestos teatrales abrió los cierres plateados y mostró lo que contenía: un frasco de cristal similar al de un medicamento y las piezas de una jeringa alojadas en la almohadilla de terciopelo.

—Heroína —dijo Barlow, sosteniendo el frasquito en alto.

—¿Para qué la usa? —preguntó Jack Brown.

—El nombre lo dice todo. Te hace sentir un héroe.

—Una heroína es una mujer.

—¿Por qué no la pruebas, Jack Brown? Decide por ti mismo.

Jack Brown cruzó las piernas y lio otro cigarrillo.

—Iré adentro a prepararla —dijo Barlow. Se levantó de un salto como si de pronto recobrara las energías, más de las que Jack Brown había visto nunca en él. Sacó una goma elástica de un bolsillo—. Átatela por debajo del codo y bombea con la mano hasta que veas que se te hinchan las venas.

Jack Brown se remangó la camisa. Sintió la tibieza del aire en calma sobre su

piel. El whisky empezaba a hacerle efecto, un resplandor desde las entrañas. Se preguntó cómo sería sentirse un héroe, o una heroína, una noche serena, o cualquier noche, y qué hacía un hombre cuando se sentía así. Jack Brown se ciñó la goma alrededor del brazo y cerró la mano en un puño, como Barlow le había dicho. Fue una sensación agradable ver las venas recias y oscuras apareciendo bajo la superficie de su piel.

Cuando Barlow reapareció con dos velas y una jeringa entre los dientes, a Jack Brown se le marcaban ya las venas en el antebrazo. Barlow se sentó, colocó una vela a cada lado y dijo:

—Enséñame tus músculos, Jack Brown.

Jack Brown tendió el brazo y Barlow le clavó la aguja. Barlow tiró ligeramente del émbolo de la jeringa. Jack Brown vio su propia sangre girando dentro. Después cerró los ojos, mientras Barlow apretaba el émbolo y desataba la goma.

La goma se desenroscó como una serpiente sobre sus rodillas y Jack Brown no supo qué le pasaba. Un calor le subió por el brazo y se expandió por su cuello y su pecho antes de volver a bajar. Se inclinó hacia delante y puso la cabeza entre las rodillas, aunque le pareció que era la tierra la que se cernía sobre él.

La noche envolvía la montaña y en el cielo latían las estrellas y los planetas. Jack Brown abrió los ojos y sintió los brazos inmovilizados. Reunió todas sus fuerzas para moverlos. Era como levantar pesas. Consiguió subirlos a la altura de la cara y se tranquilizó al contar los diez dedos de las manos. Se dejó caer en el porche y se dio la vuelta hasta que la cabeza quedó colgando del borde. Tratando de decidir qué estaba arriba y qué estaba abajo, buscó el sur levantando las manos hacia el cielo y, por el ángulo de las estrellas, supo dónde encontrarlo.

Tan certero como una brújula.

Y ya no dudó de dónde estaba ni qué hacía allí. Había mil estrellas que no podía nombrar, igual que había mil versiones de sí mismo que no conocía, y no sintió resistencia, solo gradaciones de bondad y maldad que se buscaban unas a otras, deseando unirse de alguna manera.

No importaba lo que había hecho o dejado de hacer. A su alrededor el aire se volvió líquido y cálido, y Jack Brown podía desplazarse a su antojo por donde quisiera. Se incorporó y vio todo lo que le rodeaba: la cabaña, la hierba, los árboles, la oscuridad. Todos tomaban aliento cuando él tomaba aliento, y cuando contenía la respiración, ellos también.

La distancia y el tiempo desaparecieron. Solo había entes dentro de otros entes, envolviéndose mutuamente. Su fuerza era la del árbol y su solidez la de la montaña. Todos los elementos eran él mismo. Los climas le pertenecían.

Entonces oyó música y no supo de dónde procedía. Siguió el sonido hasta encontrar a Barlow de pie en la ladera, tocando un violín. Las cuerdas de su arco restallaban y volaban a su alrededor.

La música se metió en Jack Brown, hasta el centro de su ser, y lo poseyó para que

se tirara al suelo a cuatro patas. Sintió en su interior el espíritu del conejo que había matado para la cena y brincó entre las matas de hierba, y los charcos ambarinos de luz que aparecían mientras gateaba lo atrajeron hacia la montaña. Se levantó sintiéndose un hombre pleno, y la naturaleza toda lo envolvía, y él era hijo de la naturaleza.

La música cesó y se hizo un silencio súbito y solemne. Jack Brown se sentó en el suelo. Sintió que las piernas eran troncos caídos y la curvatura de la tierra debajo de su cuerpo. Inclino el cuello hasta ver el cenit del cielo, y una lágrima le cayó por la mejilla. No la sintió acudir, pero la atrapó en la yema del dedo y la elevó hacia el cielo, como una ofrenda. Jack Brown vio prismas de luz dentro de la lágrima, y se abrieron prismas por todas partes.

Se levantó y buscó a Barlow. Lo vio en lo alto de la montaña y fue hacia él. Lo saludó ondeando los brazos y Barlow empezó a chillar. Sus gritos parecían torcidos, como si hablara debajo del agua. Al acercarse oyó lo que decía.

—¿Dónde están las malditas mujeres? —aulló—. Jack Brown, ¿dónde están las malditas mujeres?

Jack Brown sabía dónde estaban las mujeres, sabía dónde encontrarlas, y pronto los dos iban a caballo, montando a pelo, hacia ellas. Cuando llegaron al final de la carretera vieja, Jack Brown ni siquiera recordaba haber llamado a los caballos ni haberse montado.

—Eres un condenado héroe, Jack Brown —chilló Barlow al pasar por su lado al galope.

Una ráfaga de aire lo envolvió y Jack Brown espoleó a su caballo hasta sentir el eco del galope. Entonces oyó la tierra agitándose y compactándose a su paso, el curso inenarrable del tiempo debajo de ellos.

Después de tres días de caminata, Jessie ya no pudo encontrar agua. El laberinto de roca había dado paso a una densa maleza que la azotaba al caminar. La piel le escocía como si le hubieran picado miles de insectos. Se le formaron bultos en las manos y los pies, ampollas sobre ampollas. Si hubiera tenido una aguja o algún instrumento esterilizado se las habría reventado con cuidado una por una para que saliera aquel fluido pegajoso, pero como no tenía nada de eso, se las levantaba con una uña rota y las veía supurar. No podía permitir que las llagas de los pies se le infectaran. La suciedad se le acumulaba en la piel levantada, y usaba las botas para guardar la comida que iba encontrando, porque de todos modos con los pies hinchados no le cabían.

Se asombró de que hubiera tanta humedad en su cuerpo, tanta agua sobrante, agua suficiente para hincharle los pies o hacerle ampollas.

Encontró una sombra.

Aunque el hambre había desaparecido, la sed lo era todo. Sacó unas bayas de la bota, pero al comerlas sintió el escozor en los labios agrietados, así que intentó ponérselas directamente en la lengua, a pesar de que el mero hecho de abrir la boca resultaba doloroso. Las masticó mucho para salivar y humedecerse la garganta.

Todo parecía una espera. No había ningún sendero claro a la vista, y echaba de menos a su compañero. El sol ocupaba todo el cielo y resultaba desorientador, y la maleza se hacía más densa cuanto más subía, pero Jessie conservaba la lucidez necesaria para saber que la sed era peligrosa, y que se había pasado el día entero dando traspies. El terreno bajo sus pies no era firme. Cada paso era incierto, y sus pies parecían hundirse en capas arenosas. Ojalá se le hubiera ocurrido llenar las botas de agua hacía unos días.

Siguió caminando, descalza, con la escopeta en bandolera, las botas colgadas al cuello por los cordones.

Cuando encontró pisadas, dudó de lo que veía. Al principio pensó que seguía su propio rastro, pero después de compararlas con la medida de su pie se dio cuenta de que eran huellas más pequeñas.

Siguió las pisadas hasta llegar a una meseta donde se abría un claro. Se agachó entre la maleza y atisbó. Distinguió un recinto vallado, hecho de ramas partidas y entreveradas hasta formar un cerco de esos donde se guardan caballos y ganado, aunque no vio ningún animal dentro.

Oyó un silbido y se echó al suelo bajo la maleza. Al mirar de nuevo, vio un perro.

Se arrastró por el suelo, igual que las serpientes y las iguanas que había visto en la montaña, y se escondió detrás de un árbol. Se asomó a mirar. Había un niño en el claro. Era apenas un crío, allí de pie al lado del perro, que levantó las orejas.

—¿Qué pasa, Ned? ¿Qué hay? —dijo el niño.

El perro empezó a gruñir y a acercarse a Jessie, mientras que el niño se quedó apostado firmemente en el claro.

—¡Ve y trae, Ned, ve y trae!

Cuando Jessie vio al perro corriendo hacia ella, dio un paso adelante y gritó:

—¡Al suelo, Ned, siéntate!

—¿Quién anda ahí? —preguntó el niño.

El perro seguía ladrando, así que Jessie se asomó. El niño se acercó y levantó la escopeta.

—No me dispaes, chico —le dijo ella.

—¿Quién es usted? —preguntó el niño.

—Me llamo Jessie.

El niño no dejó de apuntarle con la escopeta y el perro corrió a su lado.

—Baja el arma.

Hacía semanas que no veía a nadie, y más aún que no veía a un niño. Se observaron mutuamente, y Jessie advirtió la belleza de su silueta, tan elegante como cualquier prodigio de la naturaleza que hubiera visto nunca, montaña, río, terraplén o árbol. Y mientras el niño y el perro seguían allí plantados sin acabar de creer lo que veían —una mujer—, ella lo miró con calma.

—Joder, Ned. Creo que es una mujer.

—Vigila tu lengua —lo riñó ella, riendo. Como si fuera quién para decir eso.

—Perdón, señora —dijo el niño, y se agachó a acariciar el cuello del perro, que se había puesto a ladrar frenético. Arrodillado, preguntó—: ¿Qué la trae por aquí?

Jessie se agachó también y no pensó mucho la respuesta.

—Cosas parecidas a las que te trajeron a ti, supongo.

El niño la llevó hasta el campamento, que estaba cerca de un abrevadero y era el mejor refugio que ella había visto en la vida. Había rocas y peñascos que formaban una especie de colmena, con grutas lo bastante altas para ponerse de pie. Jessie se fijó

en que había varios jergones, además de ramas encajadas en algunos rincones, de las que colgaban prendas de ropa y bridas.

—Hay cinco más de los nuestros —dijo el niño—, pero ahora no están. Han ido a vender caballos. Señora, será mejor que no le diga a nadie que estamos aquí, porque nos gustan las cosas tal como están, y usted es la primera que nos encuentra. Tenemos todo lo que necesitamos, y habrá más cuando vuelvan, ya verá, porque traerán víveres. Habrá tortitas de maíz con miel de caña, y Bill es el mejor preparando cosas a la brasa, incluso cocina calabaza, canguro o pescado del arroyo. Y cuando vuelvan traerán más naranjas y limones, porque Joe dice que si no comemos se nos caerán los dientes. Además tenemos un huerto, pero está al otro lado del arroyo, porque atraía demasiados canguros y bichos a esta parte. Más de los que necesitamos matar para comer, señora. Más de los que necesitamos matar para comer.

Esa noche prepararon el fuego. El niño le dio una naranja, que se iluminó con el resplandor de la hoguera como la esfera más brillante.

—Solo quedan dos —dijo el chico—, pero pronto estarán de regreso y traerán más.

Jessie compartió con él la naranja, la mejor que había probado nunca. El perro estaba sentado entre los dos y, aunque se había calmado, de vez en cuando levantaba la cabeza para mirarla y volvía a hundirla mansamente entre las patas.

—No le haga caso a Ned, señora. Nunca ha visto a una mujer mayor.

Jessie se echó a reír, porque aunque era una mujer hecha y derecha, no se veía tan distinta de aquel niño, ni de cómo debía de sentirse: contento de haber encontrado a alguien con quien compartir una naranja y una fogata en la cima de la montaña.

Se quedaron mirando el fuego y en las llamas vieron criaturas de la tierra y criaturas del aire, y por turnos nombraban las cosas que reconocían o aventuraban de qué criatura híbrida podía tratarse.

—¿A qué se dedicaba usted ahí abajo, señora?

—Principalmente era cuatrera.

—¿Cuatrera? ¿Robaba ganado?

—Lisa y llanamente. Caballos y reses, las dos cosas. Los trasladábamos, volvíamos a marcarlos y los vendíamos al otro lado de las montañas.

—Me encargaré de contárselo a Joe —dijo el niño. Y añadió—: Somos una banda, ¿sabe, señora? Joe y yo y los demás. Y usted ha sido cuatrera. Me encargaré de contárselo a Joe.

Pasaban los días y el niño no dejaba de repetirlo.

«Volverán pronto, señora, volverán.»

Tanto lo decía que acabó por convertirse en una pequeña carcoma y Jessie empezó a preocuparse por Joe, Bill y los demás. Los imaginaba hambrientos como ladrones.

Jessie y el niño procuraron ocuparse con distintas tareas para no pensar tanto en la ausencia de los otros. Limpiaron el campamento y cortaron leña. Cruzaron el abrevadero hasta el huerto, donde todo crecía a las mil maravillas en distintas hileras: espinacas, lechuga y ruibarbo, además de calabaceras emparradas con cordeles. El recinto estaba protegido por una cerca unida con hilo de cáñamo. Sobre unos palos clavados en el suelo había latas convertidas en hélices, que giraban con el viento. «Las hicimos para mantener los pájaros a raya —dijo el niño. Cuando Jessie le preguntó de quién había sido la idea de cultivar hortalizas, dijo—: De Joe. Es el mayor de todos. Tiene dieciséis años.»

Con el paso de los días, Jessie empezó a preguntarse si se quedaría para siempre sola con el niño y el perro, si al resto les habría ocurrido algo. Y aún se preocupaba más al pensar en todo lo que puede suceder cuando trasladadas manadas de caballos y los vendes. No le habló al niño de sus temores, pero por lo inquieto que lo veía supuso que pensaba lo mismo.

Aún era medio oscuro cuando la despertó una vibración en la tierra, un temblor que anunciaba la llegada de muchos caballos, seguida de los gruñidos de los jinetes al desmontar.

Desde su catre, instalado en un hueco de la roca, los vio acercarse al fuego donde el niño los esperaba. Eran las siluetas de muchachos flacos, algunos altos como arbolillos, y todos se agacharon a abrazar al niño. Uno, que debía de ser Joe, se montó al chiquillo en la espalda y brincó alrededor de la hoguera hasta que todos acabaron riendo.

Cuando Jessie se levantó, el sol estaba alto en el cielo. Encontró al niño descargando víveres en la cocina del campamento, que era otra cueva con la entrada a ras del suelo. Era lo bastante alta para ponerse de pie en el interior, y la habían provisto de estantes que se sostenían sobre piedras y palos, donde se almacenaban latas y paquetes varios. Sacos de arpillera tapaban la entrada de la cueva, y algunos estaban enrollados y prendidos con cordeles. El niño le pasaba los víveres a alguien al otro lado.

—Jessie, este es Bill —dijo el niño—. Bill es el mejor cocinero de la montaña.

Bill miró a través de la arpillera, pero sin levantar la vista del suelo, y se limitó a saludar.

—Hola —dijo, y siguió colocando las cosas en los estantes.

Jessie deambuló por el campamento y vio indicios de sus habitantes que antes no estaban. Botas caídas en la entrada de las cuevas, sillas de montar tiradas y cuerdas enroscadas en el suelo. Al acercarse al claro vio que Joe y los demás habían llevado una docena de caballos, aunque quizá hubieran vendido otros en el mercado. Los caballos del redil eran salvajes; coceaban, brincaban y mordían, intentando decidir cuál era el que mandaba en el cerco y los alrededores. Observó con una curiosidad distante a aquellas criaturas salvajes que peleaban, hasta que vio lo que tanto había deseado. Houdini estaba entre ellos; aunque parecía un poco desmejorado, se levantaba sobre las patas traseras con la fiereza de cualquier semental.

No había ningún lugar por donde los caballos pudieran salir. Las ramas de la cerca eran altas y afiladas en la punta. Saltar significaba partirse el cuello o las patas en la maraña de palos. Jessie no soportaba ver a Houdini allí encerrado, piafando enloquecido y peleando con el resto de la manada, así que se metió en el redil por la cancela, con la cabeza gacha. Al verla, Houdini le abrió camino y dieron una vuelta tranquilamente al recinto para calmar a los otros. Cuando volvió a llegar a la cancela, Jessie la abrió rápidamente y se escabulleron.

Había una caja de madera al lado del redil, con cintas de cuero a modo de bisagras, y al abrirla Jessie encontró lo que necesitaba: cepillos, bridas, sogas y correas. Mientras Houdini le hundía el hocico en el cuello, Jessie eligió un cepillo y lo guio hasta la sombra de un árbol, apartado del redil y del descontento de los demás caballos, y empezó a cepillarlo.

Jessie descubrió bajo el pelaje cicatrices de heridas que habían curado solas, y zonas cubiertas de abrojos. Cortó los nidos plagados de parásitos de las crines y siguió cepillándolo. Nunca había visto a Houdini tan quieto y conforme como aquel día.

Se disponía a dar un paseo con él por el bosque cuando apareció el niño, seguido de Bill y otro chico mayor, que debía de ser Joe.

Y fue Joe quien habló.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Quién es esta, que nos ha encontrado y ahora monta nuestros caballos? —preguntó con talante pícaro.

—Este es mi caballo, Houdini, y ha sido un gran alivio encontrarlo. Tuve que abandonarlo a su suerte, porque de lo contrario ninguno de los dos habríamos podido llegar a lo alto de la montaña.

—¿Cómo sabe que es su caballo? —preguntó Bill, que parecía más precavido frente a Jessie. A la luz del claro, ella vio que el chico tenía la piel oscura; aborigen, supuso.

—Bueno, me ha dejado sacarlo de ese jaleo y cepillarlo, y pronto me verás montada en su grupa.

El niño se puso a remover las piedras del suelo con la punta de la bota, mientras Joe y Bill seguían allí plantados, muy serios.

—Tendremos que consultar con los demás —dijo Joe— si puedes quedarte.

—No había pensado en eso —dijo Jessie—. El niño y yo nos encontramos y nos hemos hecho buena compañía, pero ahora que habéis vuelto y que tengo a mi caballo, quizá sea mejor que me vaya.

—Lo hablaremos con los demás —dijo Joe. Jessie asintió con la cabeza y Joe añadió—: Verás, eres la primera que nos encuentra, y el niño me dice que eras cuatrera. Ya habrás adivinado que nosotros hacemos lo mismo y, aunque no buscamos a nadie más, se ve que has recorrido un largo camino.

Jessie asintió una vez más, se montó de un salto sobre la grupa de Houdini y lo guio despacio hasta salir del claro. El niño fue corriendo tras ella. Había envuelto media hogaza de pan ácimo en un paño.

—Para la comida —dijo—. Pero vuelva antes de que oscurezca.

—Descuida —dijo ella. Y, guiñándole un ojo, encaró a Houdini hacia la maleza. Cuando volvió la vista, el niño seguía allí mirándola.

Había deseado tanto tiempo estar en las montañas, pensando solo en escapar. Había soñado con su libertad, y ahora que la tenía no sabía qué hacer de ella. Guio a Houdini por el borde de un barranco y luego se sentó a su lado, como si el barranco mismo fuera a hablar para ofrecerle consejo.

Se comió el pan ácimo que le había dado el niño y se echó boca arriba a contemplar las nubes que surcaban el cielo. Se formaban siluetas raudas de nube en nube, que enseguida cobraban nuevas formas antes de volver a cambiar y se alcanzaban a ver fugazmente. Y el cielo impoluto siempre estaba de fondo, mientras el viento barría con todo.

Oír a Houdini arrancando la hierba con los dientes fue música para sus oídos. Se quedó allí tumbada, con Houdini a su lado, hasta que las nubes se desmadejaron como la lana.

Jessie pensó en el niño. Aunque le recordaba a Dardo Torcido, sabía que por más tiempo que pasaran juntos alrededor de un fuego no era una historia que estaba dispuesta a compartir.

Cuando vio a Dardo Torcido por última vez era otoño. Habían pasado más de diez años, pero el recuerdo se le presentaba con tal claridad, incluso en los sonidos y las texturas, que se preguntó cómo era posible que la memoria, después de tanto tiempo, conservara intactas las emociones.

La noche de la caída, Jessie estaba de pie en la baranda animándolo para que saltara. En la cuerda floja Dardo Torcido era ligero como una pluma y mantenía un equilibrio perfecto, pero tenía miedo de las alturas. Jessie había subido la escalerilla con él, igual que todas las noches, y como todas las noches le dijo: «No mires abajo, Dardo». El circo de los Hermanos Mestizos se distinguía de otras compañías porque los acróbatas saltaban sin red: el peligro era auténtico. Desde la baranda, Jessie se

concentraba en los pies de Dardo y guiaba sus pasos de punta a punta de la cuerda. Mirkus los llamaba «la combinación ganadora»; con la ayuda de Jessie, Dardo había ejecutado su número sin contratiempos desde hacía un año. Sin embargo, por alguna razón, aquella noche miró abajo.

Tal y como Jessie lo vio, sus pies no resbalaron primero. Fue su cuerpo, que se inclinó hacia un lado y lo hizo caer de la cuerda. Hubo chillidos entre el público, y varios ahogaron un grito de asombro, como si por un momento creyeran estar presenciando un suceso milagroso, un fenómeno circense, pero cuando Dardo Torcido chocó contra el suelo, su columna siguió viajando en una senda vertical hacia abajo, las piernas desviadas. Aquellos rumbos incompatibles se midieron en sus rodillas y, como un gozne sin muelle, se desplomó en el suelo.

Jessie bajó la escalerilla a toda prisa y llegó a su lado a la vez que Mirkus, el maestro de ceremonias. Mientras sostenía la cabeza de Dardo hacia un lado para que vomitara, sacudido por la convulsión, Jessie lloraba.

«No es culpa de nadie —dijo Mirkus—. A veces nos caemos, eso es todo.»

Pidió una camilla y sacaron a Dardo Torcido de la pista. Jessie hizo ademán de ir tras él, pero Maximus dijo: «Tenemos que seguir con el espectáculo, es todo lo que podemos hacer».

Y eso hizo Jessie.

Cuando terminó la función y el público abandonó la carpa, ella volvió al lugar donde el chico había aterrizado. Vio en la arena las marcas de sus dedos y de los brazos y las piernas abiertos en cruz.

Repasó su silueta en el suelo. Eso fue todo. Supo que nunca más volvería a ver a Dardo Torcido.

Cuando se despertó era casi de noche. Sintió a su lado la presencia imponente de Houdini empujándole suavemente el brazo con el hocico. Jessie se incorporó. Se sentía rara, como si una gran fisura por fin se hubiera abierto y todas las circunvoluciones de su interior se agolparan en la superficie, igual que ocurre de repente con tantas coincidencias. Y en algún lugar de aquel magma estaba su propia naturaleza irreductible.

Sentada junto al barranco sintió que el pasado no quedaba atrás, ni bajo sus pies, sino que estaba en todas partes a la vez, viviendo a través de ella, y el niño y Joe y Bill eran igual que otros a los que había conocido antes, pero las montañas le ofrecían ahora algo así como una segunda oportunidad, una oportunidad para querer como es debido.

Al llegar al campamento los muchachos estaban sentados alrededor del fuego. Vio al niño, a Joe y a Bill, y a otros tres que no conocía. Olió algo dulce dorándose en las

brasas.

Joe se levantó y la miró.

—El chico dice que eres cuatrera. Sabemos que tienes agallas para echarte a las montañas y entrar en un redil de potros salvajes a sacar a tu caballo. Y tú sabes que somos una banda y que no buscamos a nadie más, porque ya formamos una piña. Pero ahora que estás aquí, creemos que el destino tiene algo que ver en todo esto. Has visto que traemos caballos salvajes, y hay otros que están marcados y los vendemos, y lo mismo hacemos con las reses. Y por ahora preferimos vivir aquí, tal cual estamos, porque nos sentimos a salvo de todo lo que podría perjudicarnos, aunque quizá llegue el día en que tengamos que marcharnos, y cada uno de nosotros lo hará como le dé la gana. Y puede que llegue un momento en que no tengamos que hacer cosas al margen de la ley. Pero ese día aún no ha llegado... y ahora, a lo nuestro: suponemos que eres mayor que nosotros, al menos lo necesario para que puedas vender nuestro ganado en las ferias.

Joe se sentó y se hizo un silencio. Cruzó una mirada con Bill y a ambos les brillaron los ojos al calor del fuego. Jessie observó las caras de los demás, que la miraban a su vez sin decir nada, aguardando a que contestara.

—Domar caballos, robar ganado y venderlo es lo que sé hacer, y lo hago bien. Trato hecho.

Al día siguiente Jessie estaba en pie antes que los demás, preparando el fuego y el té. Era una mañana húmeda y la leña tardó en arder; parecía que el campamento, más que en lo alto de la montaña, estuviera sobre una nube. Jessie se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y siguió alimentando el fuego con astillas y soplando para que prendiera.

Poco a poco, los demás fueron saliendo de las cuevas. Aparecieron uno por uno entre la niebla, con los cuellos de la camisa levantados y los faldones por fuera, el pelo revuelto y remolinos alrededor de la frente y en la coronilla. Se arrimaron al fuego, aún demasiado somnolientos para hablar. Con un cazo Jessie sirvió té dulce en tazas de latón y disfrutó viéndolos acercar la cara al vapor.

El niño echó a correr y volvió con una bolsa de naranjas. Repartió una por cabeza y todos entraron en movimiento, arrancando la piel a mordiscos y echándola al fuego, riéndose al sentir el jugo chorreándoles por la barbilla. El aire se llenó del reconfortante olor del té y las naranjas, que pronto se mezcló con el de las gachas de avena al fuego.

Jessie se fijó en que Joe estaba dibujando figuras y líneas en el suelo con un palito.

—¿Estás planeando algo? —le preguntó.

Y otro de los chicos, Zef, añadió:

—¿Ya falta poco?

—Más o menos dentro de una semana habrá luna nueva —dijo Joe—. Sí, pronto será el momento de bajar hasta Phantom Ridge y traer el ganado.

—Necesitamos por lo menos una semana para preparar las cuerdas y estar listos —dijo Bill—. Y todo el mundo tendrá que echar una mano si queremos llegar ahí abajo con luna nueva, como Joe propone.

Mientras desayunaban, Joe le explicó a Jessie el golpe.

—Hace seis meses que lo planeamos, y hemos pensado que con un solo golpe grande nos bastará para vivir bien todo el año y comprar los víveres que necesitamos, y hasta sobrará un buen pellizco para cada uno. Nosotros somos cinco para llevar la manada, sin contar al niño, y ahora contigo somos seis, y según nuestras cuentas hay casi cien cabezas de ganado que habrá que mover durante la noche. La luna nueva es el mejor momento para actuar. La cuerda que verás será como un lazo gigante, solo que no vamos a lanzarlo. Reuniremos el ganado, lo rodearemos con la cuerda a la altura de las patas, y entonces haremos que la manada se mueva. Sujetaremos la cuerda entre todos. Habrá riesgo de estampida, claro está, siempre lo hay, pero ya sabes que las noches sin luna amansan completamente a las bestias.

Mientras Joe presentaba el plan y seguía trazando marcas en el suelo, Jessie sintió que se le aceleraba el corazón. Hacía mucho que no arreaba ganado. Fitz se lo prohibió cuando supo que estaba embarazada, cuando ya no se lo pudo ocultar por más tiempo. Bajo el dominio de Fitz solo había experimentado fugazmente la libertad en la cuatrería.

—Y una vez consigas trasladarlas, ¿cómo las llevarás a la feria para venderlas? — le preguntó a Joe.

—Ya verás, señora —dijo él—. El interior de esta montaña es un milagro. Hay todo un sistema de grutas y túneles que la atraviesan de norte a sur, y desde hace tiempo nos hemos dedicado a seguirlos y a orientarnos por ellos hasta llegar al otro lado. Tendremos que llevarlas al mercado en un par de días como mucho, antes de que el dueño descubra que su ganado ha desaparecido y pueda dar aviso, pero si viajamos día y noche podemos conseguirlo. Nos detendremos solo a marcarlas de nuevo. Zef tiene buena mano para la caligrafía y nos ha preparado un certificado, una nota del dueño, digamos, aunque parece una carta del primer ministro en persona: «Por la presente declaro que este es mi ganado y concedo a estos arrieros plenos poderes para venderlo en mi nombre». Tú te recogerás el pelo y te pondremos ropa de caballero. Y entre los dos podríamos representar bien al dueño.

Todos se pusieron manos a la obra para colocar las cuerdas en el suelo, y cuando terminaron de extenderlas por el campamento parecían enredaderas pálidas. Disponían de siete tramos de cuerda, así que después de entretejer los extremos habría seis juntas. Cada uno ocupó su puesto en el suelo y empezaron a trenzar; Jessie se quedó observando mientras el niño destejía los dos cabos de la cuerda y luego, con manos diestras, los entretejía de nuevo en una única sogá. Trató de fijarse en el movimiento de sus dedos, y le pidió que lo hiciera más despacio para aprender y ayudarlo. El niño le demostró la secuencia, contando los distintos pasos.

—¿Por qué no los atas simplemente con un nudo? —preguntó Jessie cuando empezó a darse cuenta del tiempo que les llevaría trenzar las cuerdas.

—Un nudo solo desgasta la cuerda —dijo el niño—. Queda mucho más fuerte entretejida que si se hace un nudo, ¿sabe? Además, después de que usted y Joe y los demás traigan el ganado, tenemos otros planes para esta cuerda, y aunque ahora no puedo contarle nada, pronto verá que no debe haber ningún nudo.

Jessie siguió mirando al niño y a los demás; nadie daba muestras de fatiga. Se estiró al sol a su lado.

—Avísame cuando te canses —le dijo al niño.

—Descuide, señora —dijo él.

Jessie disfrutó de la insólita paz que sentía en compañía de aquellos muchachos.

Al final del segundo día, los siete tramos de sogá estaban unidos en una sola cuerda larga, que midieron en pasos para asegurarse de que cumplía con los cálculos que habían medido en cuerpos de caballo cuando fueron a reconocer el terreno.

Joe le explicó a Jessie que aunque al principio habían pensado usar la cuerda a modo de un lazo gigante, la idea no era ceñir el ganado con ella, sino usarla como una

especie de valla móvil, tensándola y arreando al ganado desde atrás.

Practicaron con la cuerda. Cada uno llevaba al hombro un tramo enrollado, y la tendían en un movimiento sincronizado alrededor del campamento. El niño se colocaba en medio y les señalaba el momento oportuno para soltar la cuerda. Aparte de unas leves quemaduras de la soga en los brazos, todos lo consideraron un éxito.

En cuanto llegó la luna nueva, Jessie, Joe, Bill y el resto de la banda se dispusieron para marcharse. Dejarían al niño y al perro en el campamento. El chico debía vigilar, aunque Jessie oyó a Joe decirle que si se acercaba alguien por allí, se escondiera. «Huye por la cueva del otro lado del abrevadero —dijo—. Si volvemos y no estás aquí, sabremos dónde encontrarte.»

Montaron en los caballos, y se alejaron ladera abajo en fila india. Siguieron cautelosamente el angosto sendero; luego, cuando el camino lo permitía, fueron a la par. Se respiraba confianza y los muchachos empezaron a practicar los reclamos de las aves, que en ocasiones parecían contestarles.

A veces, si la ladera se hacía demasiado empinada para cabalgar, desmontaban y llevaban a los caballos de las riendas, guiándolos por el pedregal. Poco después se metieron por unas grutas y una serie de túneles tan grandes que hacían que la partida de seis jinetes y seis caballos pareciera insignificante.

Tras cabalgar dos días enteros llegaron al extremo norte de la cordillera. A una orden de Joe, hicieron un alto en una gruta y pintaron de blanco los cascos de los caballos. No podían arriesgarse a encender un fuego, así que pasaron el rato comiendo la comida cruda y hablando en susurros de su plan hasta que anocheció.

Cuando Joe dijo que era la hora, cada uno enrolló un tramo de la cuerda y la cargó al hombro, y luego montaron los caballos y siguieron a Joe afuera. Salvo por una pequeña tajada de luna, estaba oscuro y apenas se veía nada. Tampoco podían ser vistos, pero aun así Joe dijo: «No les quitéis ojo a los pies del caballo que vaya delante de vosotros». Cuando los prados aparecieron a lo lejos, formaron una fila y cada uno de ellos dio un tirón a la cuerda hacia ambos lados, para comprobar que seguía unida en todos los puntos.

Siguieron los sonidos de las reses y acompasaron el paso, midiendo la distancia que los separaba por las pezuñas del caballo que tenían de delante, y que lanzaban pequeños reflejos luminosos a ras del suelo. Cuando estuvieron cerca de la manada, desenrollaron la cuerda de sus brazos y continuaron adelante en abanico, sin más ruido o señal que la propia tensión de la cuerda.

Una vez completaron el cerco y rodearon el ganado con la cuerda, empezaron a desplazarse de nuevo en dirección a la cueva. Las reses se movieron con lentitud y sin protestar. Mientras cruzaban el campo, a duras penas las distinguían, no eran más que retazos desleídos de noche flotando en un orden extraño.

Tardaron la mitad de la noche en regresar a la cueva. Al llegar a la boca de la

gruta, ciñeron la cuerda e hicieron pasar el ganado adentro. Entonces Jessie y Bill se ocuparon de arrear a los animales por los pasos más estrechos, mientras los otros cuatro retrocedían a toda prisa y eliminaban cualquier rastro que hubieran dejado en el perímetro de la cueva; bastó con recoger en bolsas los excrementos con unas planchas de corteza que llevaban a propósito para eso.

Juntos de nuevo, siguieron guiando al ganado por los túneles, de cueva en cueva, hasta el lugar que habían elegido como herradero. Era una gruta donde el techo de roca se abría en una chimenea natural por la que saldría el humo, y estaba lo bastante alejada de Phantom Ridge para que nadie pudiera verla al ir a hacer la ronda del ganado por la mañana.

Previamente habían escondido faroles y hierros para marcar el ganado, e incluso habían probado de hacer fuego debajo de la grieta. Encendieron una hoguera en el mismo lugar y colocaron los hierros sobre las brasas hasta que se pusieron al rojo. Luego se turnaron para sujetar una por una las reses, que se sacudían y bramaban cuando las marcaban a fuego. Aun así, la cueva estaba bien elegida, era una gruta interior y las cámaras de piedra amortiguaban el ruido.

Una vez acabaron de marcar el ganado, siguieron adelante. Encendieron los cinco faroles de que disponían, no tanto porque les molestara la oscuridad, sino más bien el hedor de los excrementos que las vacas dejaban con tanta soltura por los estrechos pasadizos de la cueva.

A la mañana siguiente habían llegado al extremo sur. Escondieron la cuerda y los faroles en el interior de la gruta y sacaron las reses a la luz del día, arreándolas sin descanso hacia la feria de ganado. Hicieron un alto para que Joe y Jessie se asearan. Bill había confeccionado unos bigotes postizos para ellos con mechones de su propio pelo tejidos sobre pequeñas tiras de tela, que les pegó en el bozo con engrudo.

Cuando llegaron a la feria de ganado, Joe y Jessie presentaron al tratante la carta falsa. La caligrafía estaba cuidada y el papel era de filigrana, así que el hombre no tuvo motivo para dudar de su validez. Un ganadero inspeccionó las reses y por último cerraron la venta, en efectivo.

La banda salió del ayuntamiento tan campante, con la misma desenvoltura que una pandilla de arrieros, sin más pruebas de lo que habían hecho que el dinero contante y sonante en los bolsillos y el olor a boñiga que aún llevaban en las fosas nasales.

Habían hecho desaparecer un centenar de cabezas de ganado.

No se entretuvieron en el pueblo, pero encontraron un almacén y compraron galletas secas, leche condensada, botas y camisas nuevas para todos, además de una polea, y en un abrir y cerrar de ojos se pusieron en marcha otra vez, cabalgando de nuevo en la misma dirección por donde habían llegado.

Al llegar a la entrada de la cueva recogieron la cuerda y los faroles, pero no pasaron de ahí. Necesitaban aire libre y campo. Aunque el viaje se alargara unos días, preferían no meterse en los túneles hasta estar a medio camino de la cima.

Esa noche acamparon al raso. Por la mañana, al despertarse, Jessie vio caballos pastando a lo lejos. Parecían cubiertos de escarcha, siluetas espectrales. Sintió el impulso de ir tras ellos, pero se contuvo y se contentó con mirarlos. Uno de los caballos se movió y giró su largo cuello hacia ella, como si de repente advirtiera su presencia. Entonces se alejó galopando, y todos desaparecieron en la espesura de la montaña.

Jessie se tumbó boca arriba, oyó el eco de sus pezuñas al golpear el suelo. Pensó en Jack Brown. Su recuerdo la asaltó con una sensación muy intensa.

Pasó un año entero entre la primera vez que estuvo con Jack Brown y la segunda. Después de la primera, Jessie lo ignoró. Continuaron cabalgando juntos y arreando ganado, pero ella mantenía las distancias en todo momento, convencida de que las vidas de los dos peligrarían si Fitz se enteraba de lo que había entre ellos.

Desde el principio Jessie había hecho lo posible por mantener a Fitz a raya, pero a veces no lo conseguía. Según él era «el deber de una mujer». Algunas noches se salvaba porque Fitz estaba demasiado borracho incluso para rascarse, y la mitad del mes le decía que estaba menstruando, cosa que le repugnaba tanto que la evitaba durante una semana más. Así que solo quedaban unos días sueltos al mes para esquivarlo como buenamente podía. De las otras mujeres de la cárcel había aprendido a sincronizar el ciclo con la luna, y entre eso y manejar a Fitz, en aquellos años nunca se había quedado embarazada.

No se le ocurría nada peor.

Pero una mañana se despertó y ya tenía a Fitz encima. Sabía que resistirse solo endurecería el castigo.

Cuatro semanas después sospechó que estaba encinta. Al cabo de cinco semanas tuvo la certeza.

Aunque la consumía, no se lo contó a nadie. Incluso se llevó una buena paliza de Fitz y no abrió la boca.

Seis semanas después fue a buscar ganado con Jack Brown.

Se había quedado dormido sobre su frazada y Jessie fue hasta él.

Le besó el cuello.

Sintió que se le pasaba el helor.

Jack Brown se despertó y no la detuvo.

A la mañana siguiente le dijo:

—¿Por qué has tardado tanto tiempo?

Y ella no se controló cuando le dijo:

—Jack Brown, no quiero morir a manos de Fitz.

Se trataron con dulzura todo el día, y a partir de ahí sus viajes a caballo transcurrieron como en una bruma. Dos meses después, en otra de sus cabalgadas, Jessie se lo contó.

—Jack Brown, estoy embarazada.

—¿Es mío —preguntó Jack Brown— o de Fitz?

—Creo que tuyo —dijo ella.

Deseaba de todo corazón que yo fuera hija de Jack Brown, pero por más que lo deseara sabía que no era verdad. Lo había engañado.

Cuando los muchachos de la banda se despertaron, encendieron una fogata y prepararon té acompañado de galletas secas con leche condensada. Luego ensillaron los caballos y cabalgaron de a dos entre la espesa maleza. Por diversión de vez en cuando perseguían alguno de los potros salvajes que veían sueltos en el campo. Si se acercaban lo suficiente, uno agarraba un potro de la cola y lo frenaba para que el otro le echara el lazo por la cabeza. Ataban al caballo al árbol más próximo hasta que se cansaba de cocear y encabritarse, y luego podían guiarlo para reemprender el camino.

Jessie cabalgaba con Bill. Fueron en silencio la mayor parte del día, y ella lo agradeció. Faltaba poco para que anocheciera y cabalgaban cerca por la maleza endiablada cuando Bill dijo:

—Señora, quizá lo haya adivinado, pero mi nombre no es Bill. Me llamo Layla, aunque aquí nadie aparte de Joe lo sabe.

—Layla es nombre de chica —dijo Jessie.

—Sí, señora.

—Eres una buena amazona, Layla.

—Gracias, señora, pero he visto que ninguno de nosotros es tan bueno como usted.

—Eso es solo porque llevo más tiempo cabalgando.

Se agacharon para esquivar los árboles. A Jessie le picaba la curiosidad por saber qué había empujado a Layla a hacerse llamar Bill.

—¿Dónde estabas antes de venir a parar aquí? —le preguntó.

—Joe y yo trabajábamos en el norte, en un rancho. Aunque yo trabajaba tan duro como cualquier hombre, a veces ni siquiera eso basta. El dueño de la finca me quería arreando ganado de día y en su cama de noche, pero yo no quería, señora. Y Joe era mi amigo..., cuidaba de mí. Arreábamos el ganado juntos y, aunque él no es negro, sí era joven, y a ninguno de los dos nos trataban bien allí. El ranchero me dijo que hiciese lo que me decía porque yo era suya, y yo no quería tener dueño, así que me marché con Joe, señora. Nos fugamos.

—Layla... —empezó a decir Jessie.

—Delante de los muchachos llámeme Bill, señora.

Esa noche ataron los caballos que habían capturado y acamparon en un terreno alto y pedregoso. A la mañana siguiente vieron que varios caballos más se habían reunido alrededor de los que habían capturado. No disponían de más cuerdas para llevárselos, pero cuando empezaron a remontar lentamente la escarpada ladera, los caballos fueron tras ellos. Hasta que, como si uno de la banda restallara un látigo, se desviaron a la vez, inclinando el cuerpo hacia un lado, y se alejaron hacia el este.

V

Era ya octubre. Un mes o más desde que Jessie se había ido, y el único rastro de los vientos y las tormentas de septiembre era un silbido apagado que iba y venía. El caballo de Jack Brown corría desbocado de un lado a otro, y nada más existía el tintineo de estribos y hebillas, el chasquido del cuero sobre las ijadas. Habría preferido refugiarse en medio del barullo a estar a solas consigo mismo, un caballo y un arma.

Perdió la vista en la sierra y los montes. El misterio azulado de su silueta se difuminaba en la oscuridad. No era ningún consuelo mirar el paisaje sabiendo que ella estaba allí, en algún lugar entre los árboles, las largas franjas de maleza, la inmensidad del bosque.

Igual que siempre, Jessie se le antojaba tan imposible como un sueño.

Incluso cuando cabalgaba a su lado por una arboleda o campo a través, siempre la había sentido lejana, como si ella avanzara por una senda distinta. Y muchos días Jack Brown hubiera jurado que su caballo era de barro e iba a remolque de Jessie, y él tan solo podía seguir adelante y procurar no entorpecerla cuando ella desaparecía como alma que lleva el diablo. Cabalgaba como si no pensara detenerse hasta alcanzar el horizonte, y no había manera de distinguir dónde acababa su caballo y empezaba ella.

Entonces, ¿era amor querer capturarla?

Jack Brown sabía que no era lo correcto, pero quería que fuera suya. Se inclinó hacia un lado para que el caballo diera media vuelta y regresara campo a través. Cabalgó de espaldas a las montañas, en dirección al puesto de policía.

Encontró a Barlow a gatas en la cocina, con la nariz pegada al suelo como un perro. Jack Brown se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos para mirar. Barlow seguía un camino de hormigas que serpenteaba de punta a punta del suelo de la cocina, desaparecía detrás de un armario y reaparecía en la pared. Observó que el sargento metía su brazo flacucho por detrás del armario, apoyando la cara en la madera y girando el torso, hasta que sacó el esqueleto perfecto de un pájaro. No se dirigía a Jack Brown cuando dijo:

—¡Mira esto!

—Ya veo —dijo Jack Brown.

Barlow cerró la mano y acunó al pájaro, encogiendo las rodillas como un niño después de una reprimenda. Miró a Jack Brown con ojos desorbitados.

—Debió de colarse en la cabaña y se murió —dijo Jack Brown.

Los huesecillos del pájaro se mantenían unidos por finas hebras de carne, que las hormigas se estaban encargando de despachar. Barlow empezó a sacudírselas frenéticamente del brazo.

Unos golpes en la puerta de la cabaña los sobresaltaron. Jack Brown a esas alturas ya era inmune a las excentricidades de Barlow, así que una visita inesperada al puesto

de policía era más rara que la escena que acababa de presenciar. Abrió la puerta justo a tiempo de ver a un hombre de espaldas a punto de doblar la esquina de la cabaña.

—¡Eh! —dijo Jack Brown—. ¿Qué le trae por aquí?

Cuando el hombre dio media vuelta, Jack Brown vio una de las típicas caras de la gente que vivía en el valle. Una cara tan sucia y curtida por el sol como el cuero viejo.

—Vaya, así que hay alguien a cargo de este agujero, después de todo. Estaba a punto de desistir cuando vi esos caballos ahí fuera y pensé que nadie iba a ser tan tonto de dejarlos así. Ni siquiera un polizone de ciudad. O su rastreador negro.

—Las noticias vuelan. Dígame, señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tráeme al sargento de la gran ciudad.

—No está.

—Esperaré.

—Me parece perfecto, pero espere sentado, y a ver si con suerte está de vuelta mañana por la mañana.

El hombre se sentó y echó una ojeada al valle.

—¿Y tú quién eres, por cierto? —preguntó.

—Jack Brown. Pero puede seguir llamándome rastreador negro.

—Esperaba que fueras más negro. Conque Jack Brown, ¿eh? Soy ganadero. Y resulta que me han desaparecido cien cabezas de ganado. —El hombre chasqueó los dedos—. Joder, Jack Brown, ¡mis reses se han esfumado así!

—¿Alguna idea de quién lo ha hecho?

El hombre arrastró las botas y encogió las piernas para inclinarse hacia delante.

—La verdad es que podría haber sido cualquiera de los malnacidos desesperados que hay por aquí. Pero cien reses..., eso es un golpe de verdad. Esos malnacidos normalmente se dedican a la rapiña, como los buitres, pero cien cabezas no son moco de pavo.

—Cien.

—Desaparecidas como por arte de magia, joder.

—¿Dónde están sus tierras?

—Ahí arriba. —Señaló los montes más alejados—. Cerca de Phantom Ridge. Casi en la última cima al norte de la sierra.

Jack Brown conocía el lugar. Unos bancales de tierra en la cara norte de la montaña. Había cabalgado por allí con Jessie, y ellos mismos habían rapiñado algunas reses.

—¿Cuánto hace que desaparecieron?

—Cinco días, más o menos. He estado por ahí buscando algún rastro de la manada. Uno piensa que cien cabezas de ganado tienen que dejar alguna huella, pero esa es la cuestión, Jack Brown: no he encontrado ni siquiera una boñiga. —El hombre se rascó la barba con sus dedos recios—. Ni una triste boñiga.

El hombre se levantó.

—No tengo tiempo que perder. Te aconsejo que uses un poco de tu magia negra. Cuando el ganado desaparece sin dejar ni rastro, por aquí se respira intranquilidad. Hay antiguos soldados atrincherados en estas cabañas de los alrededores, y todos están al acecho de su asqueroso pedazo de tierra y su par de vacas flacas. Viven con el miedo en el cuerpo. Cuando se enteren de que han desaparecido cien reses como si nada, empezarán a disparar a ciegas como posesos y harán rondas por ahí como putos patrulleros tullidos.

El hombre bajó del porche. Jack Brown lo siguió y lo observó mientras montaba en su caballo.

—Necesitamos a un culpable, Jack Brown, y sé de buena tinta que anda suelta una antigua convicta famosa por robar ganado.

—Yo no he oído nada de eso —dijo Jack Brown—. Y no creo que pueda echarle encima a una mujer cien cabezas de ganado.

—También se dice que mató a su marido. Dos pájaros de un tiro, Jack Brown.

—Informaré al sargento.

—Ten en cuenta —dijo el hombre— que en la oscuridad un polizone y su rastreador se confunden con cualquier otro hombre.

—¿Eso es una amenaza, señor?

El hombre giró al caballo.

—Aquí somos de la vieja escuela, Jack Brown. Nos gusta encontrar un culpable.

Abrió los brazos para estirar las riendas y se alejó cabalgando. Jack Brown lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista.

En la cabaña, Barlow estaba extendiendo las alas del pájaro como si quisiera enseñarle a volar.

—¿Crees que es una señal, Jack Brown?

—Claro —dijo Jack Brown—. Un día todos seguiremos el camino de este pájaro.

—¿Echaremos a volar?

Jack Brown no pudo contenerse más. Levantó a Barlow del cuello de la camisa y lo sujetó contra la pared.

—Si no levanta cabeza, se va a morir.

Barlow se echó a llorar.

—No quiero morir. Solo quiero encontrarla.

Jack Brown lo soltó y Barlow se encogió en el suelo.

—Deje esa mierda que está tomando.

—No puedo hacerlo solo. Necesito tu ayuda.

—Ese no es mi trabajo.

—Tu trabajo es ayudarme.

—Soy rastreador, no su enfermera.

—Dame una semana, solo eso. Méteme en la celda. Dame comida y agua, y

aunque me lleven los diablos no se te ocurra abrir la puerta.

Cuando llevaba tres noches en la celda, Barlow le gritó a Jack Brown:

—¡Sácala de aquí! Está debajo de mi cama. Me recorre la espalda con ese puto dedo huesudo.

Jack Brown se acercó a la celda en calzones. Encendió una vela y la paseó bajo el catre de Barlow. Allí no había nada. Movi6 la mano de un lado a otro para demostrárselo, pero cuando levantó la vista, Barlow se había ido.

La puerta trasera de la cabaña estaba abierta de par en par, y Jack Brown vio a Barlow corriendo por la hierba, sin dejar de gritar:

—¡La mala puta me va a atrapar!

Jack Brown le dio alcance ladera abajo y lo derribó en el suelo.

—Está ahí, sé que está ahí. Tiene la cara arrugada y puedo sentir su dedo en mi espalda, y me estaba tirando del pelo y...

Jack Brown le propinó un puñetazo y lo dejó inconsciente. Lo arrastró de nuevo adentro y lo tumbó en el catre de la celda.

Esa noche se quedó en el porche escuchando los gemidos de Barlow. ¿Para qué servía un sargento?, pensó. ¿Para qué servía un sargento que había perdido la cabeza?

Dos días después Barlow estaba tranquilo en su celda. Cuando Jack Brown le pasó la comida por los barrotes, dijo:

—Creo que ya ha pasado.

—Nos marcharemos mañana al amanecer —le dijo Jack Brown.

No perdió ni un instante. Montó en su caballo y fue a ver a Lay Ping. La desnudó y le pasó las manos por la espalda, resiguiendo con los dedos las figuras tatuadas sobre sus hombros hasta el nacimiento de la columna.

Había un dios y una diosa, divinidades que Jack Brown no reconocía. Una cascada se derramaba sobre ellos, y dentro de la cascada estaban todas las cosas a las que ambos habían insuflado vida: todas las montañas, todas las rocas, todas las criaturas, y todo se deslizaba hasta donde se perdía la espalda y se expandían las caderas.

Y al final: PENA.

—¿Quién es este? —preguntó Jack Brown, acariciando el dios dibujado en el hombro, cuyos ojos ardían de furia.

—Es Izanagi —dijo Lay Ping, ensortijándose el pelo en la mano—. Sufre un ataque de celos, y pronto caerá en la cascada y se hundirá en el mundo que hay bajo de las rocas.

—¿Y qué pasa entonces? —quiso saber Jack Brown.

—Será devorado por los demonios.

Jack Brown se tumbó en la cama, y cuando Lay Ping se echó encima, cerró los ojos. Allí vio el mundo bajo las rocas, el mundo que la piel de Lay Ping no revelaba.

El rancharo de Phantom Ridge no esperó a que Barlow, el sargento de la gran ciudad, tomara medidas. Recorrió el valle con sus hombres y puso carteles con la cara de Jessie y el lema SE BUSCA. El jefe de correos le facilitó la fotografía del día de la boda. Nunca habían visto una novia tan infeliz, con una mirada torva y un pelo alborotado que solo ocultaba algunos de los cardenales que le ensombrecían la frente y el pómulo.

Clavaron los carteles en los troncos o los fijaron en las vallas con alambre, pero incluso antes de que los hombres se alejaran con sus caballos, los papeles crujían por el terrible calor y parecían descolorirse ante sus ojos, aunque no tanto como para que la recompensa dejara de verse. Cualquiera sabría que capturar a aquella mujer de ojos oscuros y larga cabellera morena haría ganar a alguien mil libras. No se decía en letra pequeña quién ofrecía la recompensa o quién la pagaría llegado el momento, pero muchos de los que vieron el cartel solo se fijaron en la fotografía y los números. Era una cifra demasiado sustanciosa para olvidarla, y en un par de días la noticia había llegado a todas las cabañas solitarias de los alrededores. Los hombres que vivían allí y pasaban el rato empinando el codo o despellejando algún animal huesudo para la cena encajaron la noticia igual que si sacaran una pepita de oro con los dientes, y la sintieron como un nervio pinzado que cambiaría su suerte para siempre.

En sus cabezas no hubo sombra de duda: Jessie era una ladrona, además de una asesina. Aunque algunos sabían de primera mano que Fitz era un borracho, y peor aún, un borracho fanfarrón que alardeaba de las distintas maneras en que podría matarla, ¿quiénes eran ellos para juzgar? Si se rigieran por la ley del ojo por ojo para mantener la justicia, la mayoría estarían ciegos. Saldar los pecados de un hombre con la muerte era una idea que los incomodaba, y todavía se compadecieron más de Fitz al pensar que había muerto a manos de una mujer. Y al recordar la corpulencia y la fuerza de Fitz, sumado a lo que ahora sabían de ella, llegaron a la conclusión de que aquella mujer debía de tener poderes sobrenaturales. La casa había quedado arrasada por el fuego sin que el cadáver de su marido apareciera, así que en lugar de sospechar que hubiera un cómplice, prefirieron achacarlo a la brujería. Los más despiertos dedujeron que mientras todos los que trabajaban para Fitz iban al norte a llevar ganado, ella solo había tenido que escoger el momento oportuno.

Cuando empezó a correr el rumor de que el ganado desaparecía sin dejar rastro, el viejo también echó leña al fuego. Contó que desde que Jessie había pasado por su casa al huir hacia las montañas, su mujer ya no estaba cuerda, y siempre andaba rezando por lo bajo cuando pensaba que nadie la oía. Nunca había rezado en voz alta en todos los años que la conocía, solo para sus adentros. Y así fue como en muy poco tiempo los carteles y los rumores inspiraron una horrible plaga, y todo el mundo se creyó armado de razones para capturar y matar a mi madre.

La mayoría se organizó en cuadrillas, en parte porque no conocían los montes, pero sobre todo por superstición. Algunos habían vivido a la sombra de las montañas más años de los que podían contar con los dedos de las manos, si bien seguían sin

saber los nombres de las cumbres, y hasta entonces no habían tenido motivo para acercarse a ellas. Solamente la codicia por la recompensa animó a algunos a cabalgar solos, pero fueron pocos los que se aventuraron, por temor a que nadie los encontrara si sufrían una caída o se perdían.

La anciana los oyó una noche, un rumor de caballos y hombres. Metal y cuero azotando las monturas, ruido de latas, ollas y rifles, hombres temerarios y pendencieros.

Se levantó de la cama, esforzándose por no despertar al viejo, aunque daba la impresión de que ahora ya nada lo arrancara del sueño. Salió a la puerta arrastrando los pies, con el chal y las botas puestas, y caminó a oscuras hasta el árbol donde estaba atado el perro. Vio sus ojos en la oscuridad, brillantes como dos llamas, y se acercó susurrándole para que no ladrara, pero al ver que lo hacía de todos modos, le habló igual que el viejo: «Calla, chucho bastardo». Acabó por ponerle un bozal, que no era más que una cuerda enrollada al hocico. El perro se debatió y chocó contra el árbol con una furia sorda y los ojos desencajados por todo lo que no podía ladrar.

La anciana caminó hasta la cerca y aguardó hasta distinguir a los hombres que cabalgaban a lo lejos. Algunos llevaban faroles prendidos, y desde la distancia, iluminados a medias, parecían mal ensamblados, el cuello de un caballo unido a la cara de un hombre, brazos largos acabados en faroles. La anciana no supo cuántos eran, pero por el ruido de los cascos calculó que formaban un pequeño ejército.

Permaneció quieta como una muerta junto a la cerca, y al verlos pasar pensó en una criatura que se precipita en medio de la noche hacia una muerte segura. Oyó sus gruñidos cuando los perdió de vista, y supo que enfilaban la ladera de la montaña al notar que los caballos aflojaban el paso.

Sabía que habían puesto precio a la cabeza de Jessie, y sabía que a hombres como aquellos les daría igual capturarla viva o muerta. Jessie estaba llena de vida, la anciana se había dado cuenta incluso cuando la encontró al borde de la muerte. No sabía lo que aquella muchacha pensaba hacer con su vida, pero desde luego valía más que el precio que le habían puesto.

Abrió la cancela del prado que miraba a la montaña y volvió junto al perro, que seguía forcejeando al lado del árbol. Desató la cuerda y con un quiebro de muñeca le quitó el bozal. Al verse libre, el perro salió corriendo y se perdió en la oscuridad. Los hombres habían dejado su rastro en el aire y habían removido la tierra con los cascos de los caballos. La anciana sabía que el perro iría tras ellos y que tarde o temprano los encontraría. Esperaba que todos pensarán que aquel perro de ojos amarillos era un mal augurio, y rezó para que al menos algunos de los hombres tomaran en cuenta la advertencia.

Caía la tarde cuando la banda de los muchachos llegó al campamento, y el niño los estaba esperando en la cresta de la montaña. En el cielo parecía que las nubes apresaran el sol y todo se veía rosado y luminoso.

Estaban exhaustos tras la cabalgada, incluso Jessie, y en cuanto metieron a los potros salvajes en el cerco y dieron de comer y beber a sus caballos, se echaron a mirar el cielo junto al fuego que el niño había prendido. Las nubes pasaban rápidamente, ninguna se detenía lo suficiente para que pudieran adivinar en ella la figura de una criatura terrestre o mítica.

Jessie recostó la cabeza en un brazo y observó al niño preparando la comida para todos al calor de la hoguera. Su belleza, la banda, las nubes, todo parecía milagroso e incomprensible.

Al día siguiente colgaron la cuerda que habían llevado de vuelta al campamento de lo alto de un árbol e instalaron la polea; usando una rama a modo de asidero y asiento, improvisaron una tirolina. El niño se montó primero, lanzándose desde el peñasco, y cruzó por los aires el campamento de una punta a la otra. Los muchachos pasaron el día entero correteando, sin que ninguno diera muestras de cansancio ni de que le pesara el agotamiento del día anterior. Jessie los miraba sentada a la sombra, y disfrutaba especialmente viendo la cara del niño cuando se lanzaba por los aires, con los ojos muy abiertos y una gran sonrisa, un poco menos asustado después de cada nuevo salto.

Jack Brown y Barlow partieron al alba, como está mandado en cualquier expedición, y llevaban las alforjas cargadas de víveres, los sombreros calados en la cabeza, los rifles en bandolera a la espalda. Jack Brown se sentía en forma y dispuesto a todo, liberado de la gran tensión que lo había frenado de echarse a los caminos y buscar a Jessie por su cuenta. Barlow parecía incómodo en la silla de montar, pero el día transcurrió en silencio sin que ninguno de los dos compartiera sus pensamientos.

No fue hasta pasado el mediodía cuando Barlow dijo:

—Tengo que comer algo.

Jack Brown insistió en que cabalgaran hasta llegar al río. Barlow no discutió ni dijo nada, pero se quedó atrás y siguió a Jack Brown de muy cerca, como si quisiera demostrar así su mal humor.

—Si tengo que parar de golpe, su caballo me meterá el hocico en el trasero.

Barlow se distanció un poco durante un rato, pero cuando Jack Brown sintió que volvía a pisarle los talones, no lo pudo soportar más y frenó tan bruscamente que su caballo se encabritó, y Barlow tuvo que tirar fuerte de las riendas para evitarlo. Jack Brown siguió adelante mientras Barlow recuperaba el equilibrio, y poco después lo vio detenerse junto un árbol con bastante sombra para que los dos pudieran sentarse a cierta distancia.

Jack Brown vio que había un cartel clavado en el tronco. Desmontó y arrancó el papel de un tirón.

—Jessie —dijo, sintiendo que se quedaba sin aliento y que le daba un vuelco el estómago—. Mierda —musitó, antes de gritarle a Barlow—: Joder, han puesto precio a su cabeza.

Barlow llegó a su lado y Jack Brown le dio el papel.

—Eso no es legal —dijo Barlow.

—Qué demonios importa eso. Han anunciado la recompensa. Es como echarle a los perros encima.

—Mantengamos la calma —dijo Barlow—. Tenemos que comer, y los caballos necesitan descansar. —Desmontó.

—La cosa pinta mal —dijo Jack Brown—. Seguro que ya van tras ella. Si no hubiera estado limpiándole el culo, habría podido llegar aquí mucho antes.

—Una mierda —dijo Barlow, aflojando las correas de la silla—. Nada te ha impedido ir a buscarla desde el día que desapareció.

Jack Brown desabrochó las alforjas y las tiró al suelo, mientras su caballo se quedaba cerca pastando. Desenvolvió la hogaza de pan que le había comprado a la cocinera de las Siete Hermanas. Pesaba como un ladrillo. Partió un mendrugo y se lo metió en la boca. Salivaba, pero no de hambre, sino por una súbita sensación de náusea. Masticó con la boca abierta, y entretanto observó el campo por el que habían cabalgado. Había unos pastos altos descoloridos por el sol, y el viento los barría hacia un lado, antes de enderezarlos de nuevo al cambiar de dirección.

Jack Brown ya no aflojó la marcha en todo el día, salvo cuando la maleza se hacía muy densa. No se cruzaron con ninguna criatura viviente, aparte de los pájaros que a su paso se posaban en los árboles o levantaban el vuelo. Jack Brown tuvo la impresión de que cabalgaran tras la estela de una tormenta reciente, y se estremecía al pensar en las cuadrillas de hombres que se habrían lanzado a la montaña como perros hambrientos y en las intenciones asesinas que anidaban dentro de ellos.

Esa noche se dejaron caer de los caballos y caminaron, llagados y con las piernas arqueadas, para acampar junto al río. Jack Brown fue cojeando y hundió la cabeza en el agua. Vio que había carpas, plateadas y gordas, alimentándose en las orillas. Improvisó una red de pesca atando la camisa a un palo y atrapó un par.

Las lanzó a los pies de Barlow.

—Tome. No pienso ser su cazador-recolector y encima su cocinero.

Se acomodó al calor del fuego que Barlow había encendido, y lo vio limpiar el pescado con tan mala traza que se puso las manos y las mangas de la camisa perdidas de escamas plateadas.

—¿Has ido últimamente a las Siete Hermanas? —preguntó Barlow.

—Acaba de comerse el pan que compré allí.

—¿Pagaste?

—En realidad pagó usted.

—¿Pasaste allí la noche?

—Eso no es asunto suyo, sargento.

—Solo quiero saber si debemos pasarle la cuenta de tus proezas sexuales a la Corona.

—¿Qué quiere que diga? Dios salve al rey.

—¿El rey te hizo un trabajito?

Jack Brown se echó, recostando la espalda en el hueco de la silla de montar. Se caló el sombrero hasta que solo pudo ver la luz trémula del fuego y los pies descalzos de Barlow caminando alrededor. Seguía pensando que tendría que haberse puesto en marcha antes, y tuvo ganas de dejar a su compañero allí mismo.

Barlow lo despertó pateándole la suela de la bota y le pasó un plato de pescado con los restos del pan, tostado a la brasa. La leña ardía, apilada como una pirámide, y desprendía un humo denso y negro. Jack Brown estaba a punto de decirle a Barlow que la apagara y no echara tanta hojarasca, porque el humo y las llamas anunciarían su llegada, pero entonces lo pensó mejor. Más valía avisar a Jessie, señalar su lento ascenso.

Creía que no la encontrarían a menos que ella lo quisiera.

Esa noche soñó que Jessie merodeaba por las cuevas de las montañas que se alzaban delante de él, aunque no supo distinguir en qué parte de la sierra estaba, así que trató de orientarse con el sol y algunos indicios, como si incluso en sueños

supiera hacerlo. Entonces vio que bordeaba las cuevas un desfiladero intransitable, lleno de cadáveres encogidos de hombres y caballos. Todos tenían las patas y las piernas quebradas apuntando en ángulos distintos, como árboles caídos esparcidos por el suelo.

Los jinetes subieron a destajo por la ladera de la montaña, divididos en partidas de cuatro o cinco hombres, y desaparecieron segando la maleza en distintas direcciones, sin preocuparse siquiera de buscar senderos o brechas, como empeñados en abrir su propio camino. El perro se lanzó tras ellos monte a través, más ágil que cualquier caballo, y cuando al fin alcanzó a una de las cuadrillas se metió entre las patas de uno de los caballos y el jinete cayó al suelo. El hombre rodó por un desfiladero, y sus gritos y los ladridos del perro hicieron que los demás caballos se encabritaran, hasta que solo quedó un hombre sobre su montura. Levantó la escopeta, pero antes de que tuviera tiempo de disparar el perro se perdió entre la espesura en busca de otra cuadrilla.

Las montañas formaban un anfiteatro y los sonidos de las llanuras, tarde o temprano, acababan por llegar.

El niño bajó del puesto de vigilancia y corrió silenciosamente entre la maleza. Descalzo, iba con cuidado de no tropezar en los huecos de la tierra y las rocas que centelleaban con el granito. Sabía que los demás estarían durmiendo.

Había oído el rumor inconfundible de hombres a la caza arremetiendo ladera arriba. Hombres que solo se sentían seguros porque eran muchos, no porque confiaran en la estrategia de su persecución, y que se delataban tan claramente como antorchas mientras subían por la montaña.

El niño notó que se le pegaban en la piel de los brazos y la cara las telarañas de los matorrales y las ramas bajas, pero no se detuvo, se las sacudió de encima sin dejar de correr.

Todos los muchachos de la banda sabían que hacía guardia por la noche. Como no cabalgaba ni reunía ganado, era su contribución al campamento. El mayor peligro, pensaba él, era de noche, mientras dormían. Por lo menos era cuando las peores amenazas del valle podían subir la montaña sin que se dieran cuenta.

Acababa de salir el sol cuando llegó al campamento, y encontró a Joe ensillando un caballo con Bill.

—Vienen. —El niño estaba sin aliento.

—¿Quiénes?

—Son muchísimos.

—¿Por dónde?

—Del valle.

—Vamos, sube.

Joe montó a caballo y ayudó al niño a montarse detrás. Bill no perdió tiempo ensillando el suyo y los siguió.

Cabalaron hasta la atalaya y, aunque no pudieron verlos, Joe y Bill oyeron el inquietante crujir de ramas que las cuadrillas de jinetes hacían al remontar la montaña.

—Se diría que son hombres desesperados —dijo Joe.

—Conozco ese tipo de hombre —dijo Bill—. No tiene ningún dios. Y es peligroso porque tampoco se atiene a ninguna ley ni a ningún mito.

Cuando Jessie se despertó, estaban todos sentados en el suelo polvoriento, con las cabezas apoyadas en sus huesudas rodillas, con las mismas ropas arrugadas del día anterior, que no se habían quitado para dormir. Joe estaba en cuclillas dibujando un mapa en el suelo, que parecía la silueta de unas manos con los dedos cruzados. Vio que estaba tenso y serio.

—Por lo que sabemos de las cuevas y los túneles —decía—, podemos entrar por este punto y salir por ese otro, de modo que iremos a parar al otro lado. Pero como es

estrecho e intrincado, no sé si los caballos podrán recorrerlo todo.

—¿Qué es esto? —dijo Jessie.

—Hay jinetes subiendo por la montaña, parece que se han dividido en cuadrillas. El niño los ha visto durante su guardia esta mañana. No podemos arriesgarnos a que nos encuentren aquí.

—Los he oído cabalgando hacia la cima, señora —dijo el niño—. Hacían mucho ruido, quebrando las ramas con lo que parecían machetes, armas y mazas.

A Jessie le dio un vuelco el estómago. No quería ni pensar en lo que ocurriría si unos hombres violentos descubrieran al niño o a cualquiera de los muchachos. Daba igual si la buscaban a ella por el asesinato de Fitz o a todos ellos por el robo de ganado en Phantom Ridge. Haría lo que fuera para detener a aquellos hombres.

—Ayúdanos a planear la huida —dijo Joe.

—Hay todo un entramado de túneles y conocemos una manera de librarnos de ellos —dijo Bill—. Ahí abajo está lleno de grutas, así que podemos largarnos y seguir la ruta que Joe conoce. O nos escondemos durante días, o seguimos adelante hasta llegar al otro lado de la montaña.

—Podéis hacer todo eso —dijo Jessie, sentándose al lado del niño. Cogió un palito y empezó a dibujar su propio mapa en la tierra—. Pero es a mí a quien buscan. Cuando vivía en el valle hice algo que no tiene nombre, y no os pondré en peligro a todos por mi libertad. Les saldré al encuentro a medio camino de la montaña, y si puedo haré que me persigan de nuevo hacia el valle. Si os escondéis o seguís adelante un tiempo, cuando todo esto pase podréis volver aquí.

—Somos una banda. Nosotros no sacrificamos a unos por otros —dijo Joe.

—Estoy segura de que es a mí a quien quieren —dijo Jessie, sorprendida porque Joe la hubiese incluido en la banda—. No permitiré que ninguno de vosotros tenga que huir por mi culpa.

Empezaron a dismantelar el campamento sin entretenerse más, de fuera hacia dentro. El perímetro lo delimitaban, por un lado, los espacios habitados —el campamento en sí, el huerto, el redil— y, por el otro, un precipicio que caía a plomo. Primero destruyeron el redil, rompiendo con los pies las ramas entreveradas y desperdigándolas en todas direcciones.

Luego siguieron con el huerto. Apartaron lo que pudieron cosechar y revolviaron la tierra para borrar rastros de cultivo. A pesar de su empeño, el suelo aún era una malla de raíces y hojas verdes y estiércol. Si uno de los jinetes llegaba al campamento y pasaba los dedos por el suelo, la tierra abonada y oscura sería un indicio de su presencia. Pero ya no había tiempo de ocultarlo de otra manera, no había tiempo de enterrar la propia tierra, así que avanzaron hacia el centro del campamento, arrancando las cortinas de arpillera y recogiendo a su paso cualquier otra señal que los delatara, y por último las dividieron en dos pilas, una de las cosas que se llevarían

y la otra de las que esconderían. Habría sido más fácil hacer una pira y quemarlo todo, pero no podían arriesgarse a que las llamas indicaran su posición en lo alto de la montaña. Así pues, lo que no pudieron empacar para llevarse, lo amontonaron bien y lo quemaron en los oscuros recovecos de una gruta, donde sabían que ningún hombre impaciente se molestaría en mirar.

Cuando por fin hubieron levantado el campamento y ocultado todo, se encontraron en el mismo lugar donde se habían reunido a primera hora de la mañana, alrededor de lo que quedaba del dibujo que Joe había hecho en el suelo. Se agacharon, como si pretendieran ver desde más cerca su futuro incierto, y el niño se echó a llorar. Bill le pasó un brazo por los hombros.

—No hay tiempo para lamentarse —dijo Joe—. Ya tendremos tiempo para llorar en el largo camino que nos espera. Recoged vuestras sillas de montar, muchachos, y dividíos la carga entre todos. Bill, ¿puedes llevar al niño contigo?

Jessie preparó un fardo para llevar y ensilló a Houdini. Apoyada en su caballo, observó a los muchachos. Sabía que era la última vez que los vería. Saboreó la escena, sus manos jóvenes pasándose cosas unos a otros, como si cada una fuera un regalo en sí misma: una brida, una cuerda, una lata.

Cuando la banda estaba a punto de emprender la marcha, condujo a Houdini hasta el niño.

—Es lo único que tengo en este mundo, y quiero que te quedes con él —dijo—. Sé que no te entusiasma cabalgar, pero te prometo que Houdini jamás te decepcionará, siempre que lo cuides como es debido.

El niño no dijo palabra, pero cogió las riendas y con la ayuda de Jessie subió al caballo. Parecía muy ligero y pequeño a lomos de Houdini.

—Gracias, señora —dijo el niño—. Y ahora, ¿nos acompaña a mí, a Houdini y a Ned para despedirnos?

Jessie caminó cerca de Houdini y Ned fue tras ellos despacio por el sendero hasta el risco donde aguardaban Joe y los demás.

Todos los caballos formaron una hilera al borde del risco. Jessie miró a lo lejos. Había un cielo que ondeaba sin que se viera el fin. Dio unas palmaditas a Houdini y un apretón al niño en el tobillo.

—Cuídalo bien —dijo.

—Lo haré —contestó el niño.

Caminó hasta Joe, que se inclinó desde la silla y le ofreció la mano. Ella la estrechó entre las suyas.

—Eres un buen hombre, Joe —dijo.

—Y tú, desde ahora, ya eres una de los nuestros, Jessie —dijo Joe. Retiró la mano, arreó a su caballo y emprendió el descenso para que los demás lo siguieran.

Bill fue detrás, y le guiñó el ojo a Jessie con picardía.

—A lo mejor la próxima vez que nos veamos, me habré dejado el pelo largo y no me haré llamar Bill.

—Bill es un nombre tan estupendo como el que más, ya sea el que a uno le toca o el que uno escoge —dijo Jessie—. Ahora te puedes llamar como quieras.

—Gracias, señora —dijo Bill, deteniéndose en el risco.

En aquel momento, Jessie se armó de valor y farfulló casi sin querer:

—Os echaré de menos.

Bill inclinó la cabeza y siguió adelante, y los demás fueron tras ella. Jessie se hizo a un lado para dejarlos pasar. Se sentó a mirar cómo desaparecían cada uno de los caballos y los jinetes tras la cresta de la montaña. Cuando todos se perdieron de vista, siguió escuchando el roce de los cascos sobre la roca, y las pisadas se confundieron unas con otras.

Recogió una rama del suelo y desanduvo el mismo camino por el que había llegado, borrando las huellas hasta el campamento, donde no quedaba más que su cuchillo, su escopeta y el pequeño fardo que había dejado. Fue a la atalaya y se paró a comprobar si oía los hombres que subían por la otra cara de la montaña. Miró con detenimiento las rocas, los árboles y todo lo que había bajo el sol, y que seguiría allí después de que ella o cualquiera de los demás desaparecieran. Supo que todo aquello de lo que siempre había deseado huir, toda la violencia y el miedo, la amenazaba ahora entre aquellos árboles, multiplicado, y ascendía por la montaña para encontrarla.

Aguzó el oído, pero por más que lo intentó, era otra cosa la que resonaba en su cabeza. Eran las palabras que acababa de decir: «Os echaré de menos».

Empezó a bajar la sierra.

No hacía fuego de día, pero por la noche se permitía encender una pequeña fogata para asar una serpiente o un ualabí. No los mataba con la escopeta, sino que cazaba en silencio, con el cuchillo o con las manos. Si encontraba una serpiente, la agarraba por la cola y la sacudía, tan secamente como restallaría un látigo, y eso era el mayor ruido que hacía. Se cuidaba de cazar animales con patas, que podían aullar al debatirse, pero si se ponían a su alcance los mataba tan hábil y sigilosamente como podía.

Dormía en cuevas o sobre una superficie cubierta de matorrales, cualquier lugar en el que no dejara impronta ni delatara su presencia. Caminaba a oscuras cuando podía, y acabó por encontrar un paso casi sigiloso. Solía ir descalza, con las botas bajo el brazo por si topaba con algo comestible y necesitaba guardarlo. Andaba tanto que por momentos llegaba a olvidar por qué seguía adelante, pero en algún momento del día una algarabía de pájaros le recordaría que debía procurar escuchar más allá para que no la sorprendieran los hombres que viajaban en solitario o en cuadrillas.

Siguió caminando furtivamente, sin alterar nada aparte de lo que necesitaba para comer. Acabó por no sentirse más que una criatura silvestre de dos piernas, que deambulaba, cazaba y dormía. Poniendo un pie detrás del otro, siguió adelante. Pensó

que incluso los animales presentían el destino que los aguardaba; había visto que algunos ni siquiera trataban de evitarlo. Si la muerte iba a ser su destino no lo negaría, pero tampoco pondría la cabeza en sus fauces sin más. En ese instante imaginó que era una de esas criaturas cuya naturaleza no era huir de la muerte, sino correr a su lado.

Jack Brown y Barlow empezaron a remontar la sierra, y las montañas se cernieron a su alrededor imponentes. Jack Brown distinguió una confusión de huellas, y se preguntó cuánto tardarían en desaparecer en la tierra o acabar borradas por el viento. Se dio cuenta de que ellos también dejaban un rastro mientras cabalgaban. Y a medida que subían hacia la cumbre, se convertían en el recuerdo de un mundo perdido, un mundo más allá del tiempo.

No era una sensación que pudiera nombrar o describirle a Barlow.

«No hay por qué encontrar a alguien muerto en el camino para demostrar que unas huellas son tuyas», fue todo lo que dijo, del alba a la puesta del sol. Siguió un curso zigzagueante hacia la montaña más alta. Barlow iba detrás.

Era una noche demasiado clara para seguir caminando sin que la vieran, así que Jessie se refugió en una cueva. Se recogió el pelo y lo usó para acolchar un poco el suelo de piedra. Se durmió enseguida y soñó con un universo que daba vueltas, y al despertar no supo qué era ni por qué lo había visto. Aunque ya clareaba, la cueva todavía estaba a oscuras, porque la luz no alcanzaba a entrar por el hueco bajo de la gruta. De pronto se oyeron unas voces y a Jessie se le heló la sangre. Petrificada por el miedo, con una oreja pegada a la roca y la otra al vacío oscuro de la cueva, no consiguió distinguir si las voces llegaban del interior mismo del túnel o venían de arriba. Eran voces fuertes, pero se mezclaban unas con otras y no alcanzó a oír lo que decían. Esperó, pegada a la roca, sin atreverse siquiera a respirar hasta que pasaron de largo, y siguió esperando así hasta que solo oyó el graznido de los pájaros, entrada la mañana.

Empezó a seguirlos a plena luz del día, aunque podría haberlo hecho en medio de la oscuridad a una milla de distancia. Eran cuatro hombres, y cabalgaban con desgarbo, sin ningún miramiento, y Jessie imaginó que no la habrían podido encontrar a menos que hubiesen tropezado con ella, como había estado a punto de ocurrir. Los siguió el día entero, mientras se abrían paso entre la maleza a machetazos y a tiros, como si los árboles mismos fueran otro enemigo certero. A primera hora de la tarde vio que estaban agotados, por el modo en que se balanceaban amodorrados, con los rifles descansando sobre la pierna.

Jessie caminaba a un paso constante, confiando en que ellos avanzaban a la par. Había zonas en que el terreno era irregular, sembrado por las ramas que los hombres iban cortando para abrirse camino, y que le hicieron rajadas en los pies y hacían sonar sus pisadas, y Jessie sentía la tensión de tener que mantener la distancia para que no la oyeran.

Cuando oscureció se acercó más a ellos, ocultándose entre la maleza baja. Encendieron un fuego y el olor a comida asada hizo que le rugiera el estómago de hambre. Mascó un pedazo de corteza y lo escupió para que no le lastimara la garganta.

Los oía gritándose unos a otros. Pudo verlos, a los cuatro, por entre las ramas, sus caras iluminadas. Cuando sus gritos decayeron, temió que la hubieran descubierto.

Aguardó, pero no pasó nada. Volvió a asomarse. Esperaba que se hubieran dormido. Vio que solo uno de ellos seguía sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho. No estaba lo bastante cerca para saber si dormía o contemplaba el fuego.

Esperó hasta que no pudo esperar más. Le escocían los pies de los arañosos, y tenía demasiada hambre para quedarse quieta. Se acercó a rastras, lo necesario para ver que los caballos estaban atados en una piña, aunque al otro lado de los hombres.

Empezó a rodear sigilosamente el campamento en un amplio círculo, pero sin el amparo de los movimientos y los gestos de los jinetes la maleza crujía tanto que

estuvo segura de que los despertaría. Podía alejarse más, pero entonces se percató de que habían acampado bajo un saliente rocoso, y calculó que podría arrastrarse hasta allí y descolgarse por detrás de los caballos. Se colgó la escopeta a la espalda y se ató el cuchillo en un brazo, aunque dejó las botas, porque rascarían en la roca.

Gateó hasta el saliente, sacrificando piel por silencio mientras las rodillas y los codos se llevaban la peor parte de sus movimientos lentos sobre el suelo. Desde el saliente pudo verlos a todos. No distinguía las caras de los que estaban echados boca abajo, pero el que estaba recostado le pareció espantoso, con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta. Solo con que abriera un ojo, la estaría mirando de frente.

Trató de mantenerse en la penumbra, pero incluso las sombras parecían iluminadas aquella noche clara, y la cornisa estaba tan cerca que se sentía el calor de la hoguera. Avanzó a rastras y cuando estuvo a la altura de los caballos, empezó a bajar la pared de roca, confiando a cada paso que daba que sus manos y sus pies encontrarían algún asidero para no tener que bajar de un salto.

Cuando tocó el suelo con los pies, se le antojó más tibio y acogedor que cualquier cosa que hubiera sentido nunca. Tras echar una ojeada a los caballos, eligió el mejor y fue a amansarlo, acariciándole el cuello con la mirada baja. Se montó de un salto, lo agarró de las crines y salió cruzando el campamento, el camino más rápido para huir hacia el sendero por el que los había seguido el día entero.

Aunque no miró atrás, supo que los pasos del caballo despertarían a los hombres. Llegó al sendero a galope tendido y por un momento agradeció la luna casi llena que iluminaba el camino. Pero cuando oyó un disparo, supo que con aquella luz su espalda sería tan visible como la luna misma y, aunque en ese momento no hubo más, supo que los habría. Llevaba la muerte encima.

Subiendo por la ladera, Jack Brown y Barlow creyeron oír unos mugidos, pero al llegar más arriba, hacia el lugar de donde procedía el ruido, se dieron cuenta de que no se trataba de ganado. Era un sonido cambiante y extraño que parecía salir de la propia montaña. Acabaron por convencerse de que solo podía ser el viento que corría entre las grietas de la roca, que creaba corrientes y resonaba y en las cámaras más profundas.

Siguieron cabalgando.

No encontraron huellas, ni de personas ni de caballos. Fue al caer el día cuando Jack Brown divisó un sendero en una cresta pedregosa, escarpada y llena de pedruscos sueltos. Llevaban botas para montar a caballo, no para hacer alpinismo, así que tuvieron que trepar con cuidado de no resbalar y caerse, turnándose para ir delante y dar la mano al que iba detrás o encontrar un hueco donde apoyar el pie. Llegaron a la cumbre sudados y jadeantes, con los dedos en carne viva de agarrarse a la pared de roca e izar el peso de sus cuerpos en la última cornisa de la cresta. Justo cuando vieron la entrada de la cueva, un ave de gran tamaño salió volando y pasó rozándoles la cabeza.

—¡No me jodas! ¿Qué era eso? —dijo Barlow.

—Ni puta idea —dijo Jack Brown—. Pero ha pasado tan cerca que me ha peinado, creo que hasta el pelo del culo.

Jadeando en la cornisa como dos viejos, contemplaron el ave volando por encima de la escarpadura. A pesar de su tamaño, pronto desapareció de la vista.

Entraron en la cueva con cautela. Barlow se asomó primero y encendió una cerilla, que no iluminó gran cosa.

—Usemos un par a la vez para poder echar un vistazo ahí adentro —dijo Jack Brown.

Barlow encendió más cerillas y estiró el brazo hacia delante, como si llevara una antorcha. Poco a poco avanzaron hacia el interior.

No sabían qué era lo que pisaban, pero el suelo crujía bajo sus pies. Las cerillas se consumían enseguida y a Barlow se le cayó la caja al intentar encender más. La oscuridad les jugó una mala pasada a sus ojos, porque Jack Brown creyó ver la silueta de un niño acurrucado y luego, más adelante, unos cuerpos que avanzaban pegados a la pared de la gruta.

—¿Va a encenderlas de una maldita vez? —dijo Jack Brown.

Barlow buscó a tientas hasta que por fin encontró la caja de cerillas y encendió un par más.

—Alguien ha estado aquí —dijo Jack Brown. Palpó el suelo con las manos y lo sintió tibio, como si alguien acabara de yacer allí.

—Salgo afuera —dijo Barlow—. Acamparé al raso.

—Pues yo dormiré aquí —dijo Jack Brown.

Esa noche Jack Brown se alegró de estar dentro de la cueva, sin que lo molestaran o lo despertaran los quejidos y las exclamaciones que Barlow solía hacer por la noche. Arrastró la frazada bien adentro, sin dejar de ver la entrada de la cueva. Se tumbó boca arriba y escuchó. La montaña sonaba discordante y extraña. Con la cabeza apoyada en la roca misma, los mugidos se amplificaban. Desde allí dentro pudo imaginar mejor el viento que recorría los túneles y las grutas. Perdiéndose en aquel sonido, imaginó que no lo provocaba el viento, sino que el viento era simplemente el mensajero, y lo que oía era en realidad el eco de habitantes del pasado. Y tal vez ni siquiera fueran cosa del pasado, sino que se trataba de voces humanas recientes.

Por lo que había hablado con los arrieros desde que vivía en el valle, sabía que las tribus de las montañas se habían ido a otra parte; pero unos pocos aseguraban que las tribus seguían allí, defendiendo sus montañas. Todavía recordaba claramente la voz de un arriero: «Esos hombres son tan negros que pueden hacerse invisibles, y solo los verás en el momento en que se echen encima de ti para matarte».

Jack Brown no sabía qué podía haber de cierto en todo aquello. Sospechaba que los arrieros inventaban esas cosas para divertirse un poco. Había escuchado historias alrededor de una fogata tan fantásticas como cualquier cuento de hadas. Y aun así, Jack Brown sabía que en parte era descendiente de una de esas tribus de las que hablaban. Ojalá hubiese heredado algo de su impulso asesino, ya fuera de su padre arriero o de su madre sirvienta, con todas las ocasiones en que había pensado en matar a Fitz y no lo había hecho. A veces le habría gustado que tener ese instinto más a menudo, viniera de donde viniera.

Se preguntó quién habría acampado en la cueva por última vez. Si sería Jessie. Y quién había yacido allí antes que ella. ¿Habrían meditado sobre los sonidos que recorrían el interior de las montañas? ¿Qué historias habrían creado a partir de ellos?

Solo de pensarlo Jack Brown se sintió abrumado. Y pronto los pensamientos se convirtieron en sensaciones, y no pudo soportar la idea de que algo más desapareciera de la faz de la tierra. Ya fuera tribu, hombre o mujer, no soportaba pensar que cualquier atisbo de lucha o de brío pudiera desvanecerse en la roca. Deseó que en el interior de las montañas de veras hubiera una tribu refugiada en lugares secretos, y si esa cueva les pertenecía, deseó también que lo perdonaran por haber traspasado la entrada.

Jessie llevó a los cazadores hacia el desfiladero, por donde el niño le había enseñado. La única manera de perderlos era conducirlos por terrenos cada vez más difíciles, pero si los guiaba de nuevo hacia las cumbres de la montaña se arriesgaba a que descubrieran el campamento o encontraran el rastro de la banda. Y sabía que tampoco podía ir directamente hacia el valle, porque en campo abierto sería un blanco fácil para cualquier tirador.

El desfiladero era angosto y oscuro, y auguraba una pendiente escarpada y un suelo irregular, además de la sorpresa de las aguas torrenciosas. Siguió el sendero tan rápido como pudo, sopesando el peligro. Eran tres los perseguidores que iban tras ella, si no se les habían sumado más. Tres jinetes armados con nada que perder salvo los caballos que montaban. Merecería la pena, incluso después de que uno se quedara por el camino.

Continuó cabalgando en la oscuridad, abriéndose paso entre los árboles, que resplandecían como plata negra. La roca caliente le trajo el olor del agua que corría al fondo del precipicio. El sendero desapareció de pronto y Jessie se lanzó desfiladero abajo, sin más opción que abrazarse al caballo robado y ahogar un grito de miedo que la delatara.

El caballo se precipitó por la ladera y no se detuvo. Tampoco habría podido, de todos modos. Bajaron como alma que lleva el diablo, y Jessie no sabía si caminaban sobre roca, polvo, aire, ni siquiera si había algo que los sostuviera. El caballo siguió resbalando hasta que al fin irguió el cuello y recuperó el equilibrio. Jessie respiró aliviada y también se enderezó en la silla.

Entonces oyó que los tres cazadores se lanzaban por el mismo despeñadero. Jessie metió al caballo en el agua y lo espoleó, sujetándole el cuello con firmeza para guiarlo al otro lado sin darle alternativa. Oyó que los hombres llegaban al agua, y el grito de terror de uno de ellos al perder a su caballo. Por el rumor del agua, supo que sus compañeros no se habían molestado en rescatarlo.

Al salir del arroyo echó a galopar por la densa maleza, tan pegada al cuello del caballo que notó el martilleo de su corazón. Lo espoleó y, aunque el caballo no se detuvo y ella no se volvió a mirar atrás, pudo ver mentalmente al hombre abandonado en el río. Trataba de agarrarse a un palo para mantenerse a flote, pero en vano, y se debatió hasta que la camisa y el abrigo se le enredaron y se ahogó.

Esa noche Barlow estaba harto de verle la jeta a Jack Brown. Se instaló al pie de la cueva y trató de escribir en su cuaderno vacío solo con la luz de la luna, pero al apoyar la pluma sobre el papel la punta se rompió y, donde hubiera querido palabras, solo quedó un borrón de tinta. Había creído que aquella sería su historia, la de un joven sargento que captura a una forajida de triste fama, pero ni tenía un plumín de recambio ni señales certeras de la mujer.

La verdad era que se sentía lejos de la victoria o la esperanza. Después de días y días montando a caballo siguiendo los rastros que Jack Brown creía intuir, la impaciencia del principio dio paso a una rabia cargada de hostilidad, una ira más fuerte de la que había sentido nunca o creído posible.

Cerró el cuaderno y se echó en la frazada a dormir, pero lo mantuvo despierto el rechinar involuntario de sus dientes. Se retorció, arqueó la espalda y el cuello, y pataleó con las piernas bajo la manta, tratando de ahuyentar aquella sensación.

Se había pasado todo el día observando a Jack Brown, cabalgando cómodo y relajado, la piel lustrosa por el sol, las manos suspendidas sobre las rodillas, su cuerpo moviéndose como si fuese una extensión muscular del cuerpo del caballo. Mirando a un lado, mirando al otro, soltando de pronto frases sin ton ni son, como si creyera saber siempre algo que Barlow desconocía.

Barlow había transitado por aquellas montañas sin hallarles ningún sentido. Los colores y las formas seguían resultándole ajenos. Y a medida que remontaban la ladera sintió el peso de las nubes, como si un techo se desfondara sobre él.

Cada dos por tres confundía las hojas plateadas de los árboles con balas, y aunque llevaba la placa a la vista, con el águila del escudo reluciendo al sol, se sentía ridículo al darse cuenta de que no había nadie y que la placa no desviaría ninguna bala.

Siguió allí tumbado, con el corazón acelerado por los espasmos de su cuerpo y los pataleos. Probablemente moriría antes de volver a verla, una bala o un barranco se cruzarían en su camino y nunca sabría en qué clase de mujer se había convertido, ni podría reprocharle y castigarla por haberlo abandonado. Sabía que solo podría morir con ella en un sueño recurrente, una pesadilla recurrente en la que Miss Jessie dejaba a Dardo Torcido a su suerte.

Jessie estaba aterida de frío, calada hasta los huesos y desesperada. Aunque había sobrevivido al desfiladero, tenía la mente en blanco y no conocía el terreno que se extendía al otro lado. Dos hombres iban tras ella, y con seguir adelante solo conseguía señalarles el camino. Oía los relinchos de sus caballos asustados, pero aun así galopaban a oscuras, tan temerarios como ella. Los oía casi demasiado cerca para continuar huyendo.

No obstante, siguió cabalgando, escudriñando el suelo, donde solo vio la superficie brillante de la roca que se perdía en la oscuridad, y pensó que aunque estaría resbaladiza por el musgo y el agua, no le quedaba otro remedio que bajar por allí. Tiró de las riendas con fuerza y saltó del caballo. Le dio una palmada para que girara y volviera hacia los cazadores. Con suerte pensarían que se había encabritado y quizá la hubiera matado en la caída. En el peor de los casos creerían que la había derribado y seguirían tras ella. Sabía que no se arriesgarían a abandonar sus caballos, y no había manera de bajar por la pared de rocas con las monturas, a menos que pretendieran suicidarse. Y en caso de que así fuera, tanto mejor.

Se remangó los pantalones y vació el cargador de la escopeta, para que no se disparara si llegaba a resbalar. Volvió a ponerse el arma a la espalda y se descolgó por la pared, agarrándose con manos y pies a los parches de musgo, las enredaderas y las raíces retorcidas que crecían de la roca.

Descendió silenciosamente, aferrándose a lo que podía, a cualquier cosa que la naturaleza le ofreciera. Solo cuando oyó a los cazadores arriba se detuvo y pegó el cuerpo y la cara a la roca, decidida a esperar a que pasaran. No podía arriesgarse a que una piedra suelta la delatara.

Las piernas, agarrotadas, empezaron a temblarle del agotamiento, y se las apretó para contener el temblor, y entonces sintió un hormigueo doloroso en los pies, como si le clavaran agujas, hasta que al final se le entumecieron.

Los cazadores pasaron de largo. Jessie golpeó la roca con los pies para que la sangre volviera a circular. Dependía únicamente de la firmeza de sus manos, pero las tenía sudorosas. Se las secó en la camisa y empezó a bajar de nuevo, confiando a sus brazos la mayor parte del peso de su cuerpo.

Funcionaba, aquella manera de descender dejando el peso en sus manos, y Jessie incluso pudo ver el suelo al final de la pared de roca. Pero la enredadera a la que se agarraba de pronto se rompió y, sin un buen punto de apoyo, los pies se le torcieron y resbaló, sintiendo que la escopeta y la camisa se enroscaban como si quisieran soltarse, y los arañazos de la roca en la piel. Trató de aferrarse a algo, musgo, roca, enredaderas, cualquier cosa, pero al parecer la naturaleza la esquivó. No había nada a lo que agarrarse.

Cayó hasta que la pared de roca la empujó hasta un saliente de roca. Aterrizó con los pies, pero acto seguido el resto del cuerpo se encogió por el propio impacto. Estaba consciente, tendida en el suelo, temblando, pero sorprendentemente empezó a sacudirse, estremecida por la risa.

«Hay que joderse», dijo.

Se incorporó, trató de estirar las piernas y luego el resto del cuerpo. Se palpó la espalda. La sintió tibia y húmeda, y al chuparse los dedos notó el sabor de la sangre. No tenía más prenda que la camisa para vendarse, y no pensaba sacrificarla rasgándola. Además sabía que cuando la sangre y la piel se adherían a la tela, podía ser peor que la propia herida, así que se quitó la camisa y dejó que el aire de la noche enfriara y secara los cortes.

Esperó. Inmóvil y en silencio en el suelo. Se consoló pensando que quizá con la caída hubiera ganado un par de horas a sus perseguidores.

Cuando la sangre de la espalda se secó lo suficiente, volvió a ponerse la camisa hecha jirones y se dio cuenta de que en realidad había caído en un saliente bastante cerca del suelo. Descendió con cuidado, aunque hubiera podido bajar de un salto, y se encontró en un sendero. Echó a andar con su rifle a cuestas, maltrecha y dolorida, pero alentada en cierto modo por el impulso de haber sobrevivido a la caída.

Caminó toda la noche.

Pensó que alucinaba cuando distinguió dos siluetas inconfundibles en medio del sendero, pero al acercarse no le cupo duda. Había dos caballos ensillados, atados a un árbol, y reconocía perfectamente a uno de ellos.

Y de pronto le entró el pánico: vio que el perro del viejo se acercaba a ella por el sendero, gruñendo, y desde lo alto alguien gritó: «¡Jessie!».

Levantó la vista y vio a un fantasma, pero un fantasma que se había hecho mayor y llevaba un arma.

Y entonces todas las estrellas, el polvo, la esperanza y la pérdida cayeron de golpe en el mismo instante en que el perro se abalanzaba sobre Jessie y Dardo Torcido abría fuego.

Barlow tenía al perro en el punto de mira. Estaba atento y alerta a cualquier sonido raro. Oyó al perro moviéndose por la maleza. No sabía qué clase de perros salvajes vagaban por las montañas, ni si iban en manada o qué podían hacerle a él o a los caballos, y tampoco malgastó tiempo en pensarlo. Cargó la escopeta y gateó hasta el borde del peñasco.

No esperaba verla, pero allí estaba, de pie cerca de los caballos, acorralada por el perro. Por fin la había encontrado.

La mano le tembló cuando apuntó, primero al perro, y luego a Jessie. Ninguno de los dos había advertido su presencia. Se puso de pie y gritó: «¡Jessie!». El perro ladró y los caballos se encabritaron. Jessie se llevó la mano a la espalda y agarró la escopeta justo cuando el perro se le tiró encima y le encajó la mandíbula en alguna parte del cuerpo.

Barlow apuntó y disparó. El perro se soltó del brazo de Jessie y fue a por los caballos. Barlow disparó otra vez. Jessie cayó al suelo, y el caballo de Jack Brown también.

Jack Brown se asomó justo a tiempo de ver a Jessie y al caballo desplomarse.

—¿Qué demonios ha hecho? —le gritó a Barlow.

Jessie estaba cargando su rifle en el suelo. Un brazo le sangraba profusamente. Apuntó hacia lo alto del peñasco.

—Baja el arma —dijo Barlow.

—¡Jessie!

—¿Jack Brown, eres tú?

—Haz lo que dice Barlow.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque él es la ley, Jessie.

Jessie dejó caer el arma y vio que los dos hombres bajaban del peñasco.

Ya no había nada que temer. Los dos fantasmas que la acechaban habían dado con ella; los dos mismos fantasmas que entonces le vendaron el brazo y la ayudaron a ponerse de pie.

Emprendieron el regreso montaña abajo. Barlow llevaba a Jessie detrás en su caballo, mientras Jack Brown los seguía a pie. Barlow le había ofrecido que fuera montado en su lugar, pero Jack Brown no quiso. Jessie sugirió que ellos fueran a caballo y ella a pie, pero ninguno de los dos consintió; menos aún Barlow, porque temía que huyera.

—Sabes que si intentas huir solo conseguirás que te persigan un montón de cazarrecompensas, a los que no les importa si llegas al valle viva o muerta. A mí me parece que somos tu mejor opción para seguir con vida.

—¿Y qué hay de Jack Brown? —preguntó Jessie.

—Volveré a pie —dijo Jack Brown—. Tomaré un atajo que conozco y me reuniré con vosotros al final del desfiladero.

El camino se hizo más angosto y serpenteante, y Jack Brown perdió enseguida de vista a Barlow y Jessie.

Estaba dolido, aunque le costara reconocerlo, así que no trató de acortar la distancia. Había llegado a la conclusión de que Barlow le había disparado a su caballo a propósito y, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que, ahora que había encontrado a Jessie, ya no lo necesitaría. Se sentía traicionado por los dos, y creía que Barlow le había ofrecido su caballo para intentar salvar las apariencias. Jessie no había dicho gran cosa, y Jack Brown no tenía modo de saber qué pensaba o cómo planeaba escapar esta vez, en caso de que fuera eso lo que tramaba. Era evidente que había algo entre ella y Barlow, que se habían reconocido. Sintió celos, y detestaba pensar que iban los dos solos delante cabalgando juntos. Estaba tan agitado y dolido que pensó en olvidarse de ellos y desaparecer en las montañas. No sabía por qué iba tras ellos, nada bueno saldría ya de aquella historia.

Y aun así, pensar que Jessie iba delante, que podía correr algún peligro, lo hizo seguir caminando. Cogió una rama del suelo y la lanzó barranco abajo con todas sus fuerzas; no sirvió de nada, pero se sintió mejor.

Siguió adelante.

Jessie y Barlow cabalgaron despacio por el sendero que descendía de la montaña, y en cada recodo del camino ella se volvía a mirar si Jack Brown iba tras ellos.

—No nos perderá —dijo Barlow—. Es rastreador.

A Jessie le angustiaba no verlo, no saber si Jack Brown realmente los estaba siguiendo. ¿Qué intenciones tenía? ¿Y qué pintaba allí Dardo Torcido? La cabeza le daba vueltas.

—Sé quién eres —le dijo.

—¿Me has reconocido?

—Estás igual.

—Ya no soy Dardo Torcido, ni tengo siete años.

—¿Qué fue de tu vida? ¿Eres un maldito policía?

—Fui adoptado por un sargento de policía y su mujer, que estaban en el circo la noche de la caída. Lo vieron todo. Se apiadaron de un pobre huérfano con los huesos rotos.

—¿Te trataron bien?

—No eran de mi sangre, como tú.

—Yo no soy de tu sangre.

—Eras lo que más se le parecía. Tendrías que haberme buscado.

—¿Piensas arrastrarme hasta el valle solo para castigarme?

—Quizá lo haga. Puedes jugártela y saltar del caballo ahora, pero no te lo recomiendo. Hay un puñado de hombres persiguiéndote como una manada de perros salvajes. Y ni siquiera les importas lo suficiente para castigarte.

—Parece que, de una u otra manera, estoy acabada.

—Eso parece.

Siguieron cabalgando en silencio, y aunque Jessie estaba atenta y miraba de vez en cuando, no vio ni rastro de Jack Brown.

Cuando oyeron que subían varios jinetes por la ladera, se les heló la sangre.

—Mierda —dijo Barlow—. Mi placa. ¿Dónde está mi placa? Jessie, busca en las alforjas.

Jessie levantó la solapa de cuero y rebuscó dentro.

—Hay unas esposas, pero ninguna placa.

—Póntelas en los tobillos.

—¿Qué?

—Haz lo que te digo, joder.

Jessie se esposó los tobillos justo en el momento en que cuatro hombres aparecían por el recodo del camino.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo el que iba delante.

—Mira por dónde. Un muchacho a lomos de una jaca y una dama de aspecto sospechoso.

—¿Dama, dices?

Los cuatro jinetes se acercaron.

—Es ella. El premio que buscamos.

—Caballeros, soy el sargento Andrew Barlow. —Le temblaba la voz.

—Yo diría que ella no es una dama, y que nosotros tampoco somos caballeros —dijo uno de los hombres, con una risa malévol.

—Soy un sargento de la ley y esta mujer está arrestada.

—¿Sargento? ¿Y dónde está su placa?

—En mis alforjas.

Los hombres se echaron a reír, hasta que uno de ellos levantó su rifle y apuntó a Barlow.

—Sargento, ¿qué le parece que le vuele la cabeza si no nos entrega a esta mujer?

—Está bien, Barlow —dijo Jessie—. Iré con ellos.

—Aquí no hay nada que elegir —dijo Barlow—. No pueden llevársela.

Los hombres empezaron a discutir entre ellos.

—¿Y si de verdad es un sargento, como dice? ¿Deberíamos matarlo?

—No podemos matarlo.

—Matémoslo. En esta montaña no hay ninguna ley. Un hombre puede violar o matar sin atenerse a más consecuencia que la suya.

—¿Quieres decir conciencia?

—¡Consecuencia es lo que he dicho y lo que he querido decir!

Mientras discutían, parecieron dejar de lado sus intenciones.

—Entonces, ¿qué deciden? —preguntó Barlow.

Los cuatro hombres levantaron sus rifles, y uno de ellos desmontó para recoger las armas de Jessie y Barlow.

—Seguiremos hasta encontrar un sitio para acampar y entonces decidiremos qué hacemos con vosotros. Así que sed buenos chicos y seguidnos.

Jessie y Barlow guardaron silencio, preguntándose si el otro estaría urdiendo algún plan. Finalmente los hombres y la abrupta ladera de la montaña los habían acorralado, y ninguno de los dos tenía idea de cómo escapar.

Cuando Jack Brown oyó el barullo de voces, se quedó quieto y se escondió. Agachado en la maleza, distinguió que se trataba de cuatro hombres. Fue lo único que sacó en claro. No supo qué hacer.

Sabía que tenía que hacer algo, pero si se decidía a actuar, ¿cuál era el camino correcto? No lo guiaba más ley que su instinto de proteger a Jessie, y la espantosa sensación de que hasta ese momento, a pesar de todos sus impulsos, no lo había hecho. Así pues, ¿cómo iba a confiar ahora en sí mismo?

Jack Brown los acechó, agazapado entre los matorrales, y supo que si tenía algún poder de hacerse invisible era el momento de encontrarlo. Los siguió el día entero hasta que se detuvieron a acampar. Un canguro apareció a su lado y Jack Brown se echó al suelo, adivinando que los hombres no tardarían en ver al animal y dispararían a diestro y siniestro en aquella dirección.

Cuando oscureció, se acercó al campamento lo necesario para oírlos. Jack Brown vio que Barlow y Jessie estaban atados en el suelo, y que los cuatro hombres ya habían empezado a celebrar su captura.

—Entonces, ¿cuánto son mil libras entre cuatro? —dijo uno de los hombres.

—No lo sé.

—Cabeza hueca. Tocamos a doscientas cincuenta por barba. —Estaban trasegando whisky y dando traspiés alrededor de la fogata.

—¿Sacamos más si la entregamos viva o muerta?

—No importa, vale lo mismo. Así que mejor entregarla con vida que ir arrastrando un peso muerto montaña abajo. Además, si está toda podrida, ¿cómo vamos a demostrar que es ella? Mejor que llegue de una pieza.

La noche transcurrió más lentamente que ninguna otra que Jack Brown recordara. Eran hombres corpulentos, y parecía que por mucho que bebieran no se les quitaban las ganas. Hablaban con violencia y Jack Brown se puso enfermo de rabia cuando uno de ellos se acercó tambaleándose adonde tenían atados a Jessie y Barlow, les vendó los ojos con los calcetines apestosos que llevaba y les meó encima.

Pero debía esperar. No podía salir a la brava y arremeter contra ellos arriesgándose a que Jessie resultase herida, y poniéndose además en peligro sin necesidad. Debía esperar. Sintió lo mismo que cuando combatió desde las trincheras, aunque entonces el enemigo no le había parecido tan real como ahora.

Oyó que uno de los cazarrecompensas decía:

—Pues podemos rajar al rubio y dárselo de comer a ella a trocitos. He oído que comer carne humana estimula el apetito sexual. Así seríamos hombres satisfechos y ricos.

Los cuatro hombres estallaron en carcajadas, y Jack Brown pensó que se los oiría

en todas las montañas de alrededor. Faltaba poco para que amaneciera cuando por fin se durmieron, o eso quiso creer, porque aunque estaban tumbados, no tenía la certeza de que realmente estuvieran dormidos.

Reptó hacia ellos de todos modos. Jessie y Barlow yacían enredados en el suelo, aún con la venda en los ojos. No los molestó.

Al llegar al lado del primer hombre, lo degolló sin titubear y le retorció el cuello para que la sangre no borboteara salpicándolo todo, mientras le tapaba la boca con la otra mano para ahogar cualquier sonido. Luego hizo lo mismo con los demás, tan silenciosamente que ninguno se despertó; ni siquiera Jessie y Barlow oyeron nada.

El último hombre abrió los ojos justo cuando Jack Brown le cortaba la garganta con el cuchillo. Le apretó la boca y la nariz con fuerza mientras el tipo se debatía y sus ojos se volvían en las cuencas como piedras blancas.

Limpió el cuchillo en el abrigo del hombre, y luego fue junto a Jessie y Barlow y cortó las cuerdas que los ataban. Se levantaron pero tropezaron y cayeron de nuevo, porque no se acordaban de que aún llevaban los tobillos esposados.

—¿Dónde está la llave? —susurró Jack Brown.

—En mis alforjas.

Jack Brown reconoció el caballo de Barlow, descolgó las alforjas de la silla y las vació en el suelo. La llave apareció al lado de la placa de policía, y le lanzó ambas a Barlow.

—¿Qué haces? —dijo el sargento—. Los vas a despertar.

—Nadie los puede despertar —dijo Jack Brown.

Desató el caballo de Barlow y un par más, y los tres montaron en silencio. Mientras se acomodaba en la silla, Jack Brown cayó en la cuenta de que el último hombre que se había sentado allí estaba muerto, y que él era el hombre que lo había matado.

VII

He oído el trajín de las pezuñas pasar por encima de mí cuando los animales vienen a beber al río. He oído caer árboles secos arrancados de raíz, y vientos fuertes barriendo el mantillo de la tierra reseca como el polvo. Y recostada en mi almohadón de piedra, también oí a mi madre.

Bajaron cabalgando hasta el valle, inquietos porque dos de los caballos eran robados. Jessie iba en medio, flanqueada por Jack Brown y Barlow.

Los tres estaban desmejorados, flacos, con la cara chupada y la expresión adusta. Los dos hombres tenían la barba crecida y apelmazada por el polvo, y se cubrían las espaldas con ropas raídas y empapadas con el sudor del pánico. Jessie trataba de ocultarse bajo el sombrero de Jack Brown, con el pelo remetido por dentro, y se había puesto la chaqueta de Barlow para aparentar una enjundia que no tenía. Esperaban pasar por tres tipos andrajosos más que cabalgaban campo a través.

—No es prudente volver al puesto de policía —dijo Barlow—. Te llevaremos a las Siete Hermanas. Allí estarás más segura hasta que mañana llegue la patrulla con los refuerzos.

—Quieres decir que estaré segura hasta que me arresten, ¿no?

—Todavía vales mil libras para cualquiera que pueda leer un cartel de búsqueda y captura o seguir un rumor. Así que tú eliges.

—¿Quién tiene esa cantidad de dinero, de todos modos? —preguntó Jessie.

—Seguramente solo es una treta —dijo Jack Brown—. Pero a estas alturas ya hay bastantes hombres que se la han creído.

Guardaron silencio hasta que Jessie dijo:

—Sargento, ¿por qué estamos cruzando por aquí a plena luz del día?

—Porque no hay ningún lugar donde esconderse. —Barlow iba tieso en la silla, con la mirada fija al frente.

Respiraban entrecortadamente, tensos ante la posibilidad de que los alcanzara un disparo distante en cualquier momento.

Siguieron cabalgando.

Se levantó viento y Jessie tuvo que sujetarse el sombrero para que no se le cayera. Espolearon a los caballos y cambiaron de rumbo para seguir galopando a favor del viento. Procuraban cabalgar a la par y acompasar el ritmo mientras atravesaban el pasto alto y quebradizo, entre las ráfagas de calor que azotaban el campo bajo el sol del mediodía y que de lejos no permitían distinguir sus siluetas una de otra.

Cuando llegaron a la cancela de las Siete Hermanas casi había anochecido. Jessie nunca había entrado allí, aunque a menudo había pasado cerca a caballo preguntándose si Fitz estaría allí. Se dio cuenta de que, a diferencia de otras veces, le pareció un lugar acogedor.

Barlow se detuvo en la cancela y escrutó el cielo.

—¿A qué espera? —le dijo Jack Brown—. Pensaba que se habría hartado de ver estrellas en las montañas.

—No sigo con vosotros. Debo ir a la estafeta de correos y mandar un mensaje para que vengan refuerzos y podamos sacarla viva de aquí. —Barlow entregó las esposas a Jack Brown—. Han de verla con esto, y por el amor de Dios, asegúrate de que no vaya armada, porque no tendrán escrúpulos en dispararle.

—¿No hay otra opción? —dijo Jack Brown.

Barlow cambió el peso del cuerpo en la silla.

—Podríamos seguir cabalgando los tres hasta que nos cosan a tiros —dijo Barlow.

—Es muy peligroso cabalgar con una mujer como yo —dijo Jessie. Se reía, pero detrás de su sonrisa se percibía el vacío del cansancio.

—Es hora de separarnos —dijo Barlow. Apartó al caballo de la cancela y echó a andar en dirección a la estafeta de correos.

—¡Dardo! —le gritó Jessie—. Tu chaqueta.

—Quédatela —le contestó él—. Hay un regalo para ti en el bolsillo.

Jack Brown espoleó a su caballo y enfiló el camino, pero Jessie no se movió. Se quedó mirando a Barlow hasta que se perdió en la noche.

Barlow se adentró en la oscuridad. Se sentía cambiado. Era capaz de hacerse una idea más cabal del terreno a oscuras, de comprenderlo mejor que con el calor y el sol cegador. Las líneas del valle se suavizaron en la oscuridad, y Barlow supo dónde estaba. Percibía las montañas a lo lejos aunque no podía verlas, igual que los campos, el bosque, el río, tan reales como cualquier sueño, y se tranquilizó al saber que el sueño pronto acabaría.

Barlow llamó a la puerta de la estafeta de correos y encontró al encargado despierto, telegrafizando mensajes.

—Tengo un mensaje que urge más que el resto.

—¿De qué se trata, sargento?

Barlow se sentó al lado del hombre frente al escritorio y escribió en un pedazo de papel: SE NECESITAN REFUERZOS URGENTES. SIETE HERMANAS. FORAJIDA CAPTURADA. ANARQUÍA EN LAS MONTAÑAS.

—¿La tiene? —preguntó el jefe de correos.

Barlow no contestó.

—¿Está preparado para convertirse en un héroe, sargento?

—Creo que es demasiado tarde para eso —dijo Barlow.

Barlow cabalgó bajo las estrellas como un hombre que no teme a la muerte. Mientras galopaba por la carretera vieja sintió que, al fin, también él era una luz.

Cuando entró en la cabaña no le hizo falta encender un quinqué para ver que todo estaba patas arriba. Sabía dónde había cuerda, y agradeció que al menos eso no lo hubieran tocado.

Salió, fue hasta el árbol que había frente a la cabaña y lanzó la cuerda por encima de la rama más gruesa. Se agarró con fuerza de la soga y trepó por el tronco del árbol hasta poner los pies en la horqueta de la rama. Se ató la cuerda a los tobillos y se dejó caer hacia atrás. Cuando las lazadas de la cuerda le ciñeron las piernas, se quedó colgado de los pies dando vueltas bajo la copa del árbol.

Estaba lo bastante lúcido para saber que si se hubiera colgado del cuello la muerte habría venido más rápido, pero había elegido hacerlo así, entregarse lentamente a la gravedad, vértebra a vértebra. Era su propia muerte y no la temía.

Jack Brown y Jessie siguieron por el sendero, que se hacía más ancho cerca de la casa. Al llegar a la entrada de atrás, Jack Brown bajó de un salto de su caballo. La puerta de la cocina estaba abierta, y la madama salió a recibirlos.

—¡Jack! Te echábamos de menos. ¿Cuándo vas a dejar el puesto de policía y te vas a venir a vivir con nosotras?

Jack Brown fue a su encuentro.

—Quieto ahí —le dijo la madama—. No te acerques. Apesta igual que un maldito policía. Necesitas un baño y una buena comida. Y lo mismo tu amiga, por lo que veo.

—Lo que necesito es un favor —dijo Jack Brown—. Necesito un lugar seguro para esconder a Jessie esta noche. Hay varios indeseables que van tras ella.

—¡Igual que nos pasa a todas! —La madama se echó a reír—. Aquí estará de perlas. ¿Te espera Lay Ping esta noche?

—No.

—Se pondrá contente de verte, Jack Brown, de veras. Últimamente solo oímos hablar de ti.

La madama instaló a Jessie en una habitación y le dio una bata de seda para la noche y una falda y una blusa de algodón para el día siguiente. Jessie se lavó en la jofaina y se puso la bata, que le cayó como agua fresca sobre la piel. Se echó en la cama, bajo un dosel engalanado de volantes y flores bordadas. Se sintió rara en una habitación así.

Pasó la noche en vela mirando el baldaquino. A la luz de las velas que había encendidas a ambos lados de la cama, la habitación proyectaba sus propias sombras, y sobre la tela vio a un niño en un trapecio, balanceándose de un lado a otro de la carpa de un circo. Y vio, igual que tantos años atrás, que el niño perdía pie y caía de la cuerda floja.

Cuando cerró los ojos se vio a sí misma rondando el lugar donde el niño había aterrizado. Reconoció sus propias manos acariciando la huella de los brazos en cruz en la arena y la silueta de los dedos.

Cuando llegó la patrulla al día siguiente, Jessie aguardaba en la galería de la casa con los pies esposados y un vestido de un estilo que nunca había llevado. La blusa de algodón que le había dado la madama tenía las mangas fruncidas, y la falda era plisada. Antes de que saliera el sol se había vestido y se había desenredado el pelo enmarañado, sembrando toda clase de hojarasca a su alrededor; pero fue lo único que quedó de ella en la casa, porque había echado la ropa vieja al fuego.

Jack Brown se sentó a su lado.

Se quedaron en silencio mirando a los seis agentes de policía que, erguidos en sus monturas y batiendo el polvo del camino, se acercaban con un caballo sin jinete.

—Joder, Jessie —dijo Jack Brown—. ¿Por qué no has escapado?

—Aún no estoy muerta, Jack Brown —dijo ella, con una sonrisa que Jack Brown no veía desde hacía mucho—. Gracias por el sombrero —añadió—. ¿Me queda bien?

—Ahí fuera corres peligro, Jessie. Todo el mundo quiere un pedazo de ti.

Los agentes de policía se dirigieron a Jessie sin prestar atención a Jack Brown.

—¿Es usted Jessie Henry?

—Llámenme Jessie Bell, o Jessie Hunt, o Jessie Payne, pero no Jessie Henry, ese nunca ha sido mi nombre de verdad.

—Ahora todo ha terminado, Jessie.

Dos de los agentes más jóvenes improvisaron un asiento cruzando los brazos y llevaron a Jessie en volandas hasta su caballo.

—Esto sí que es un trato especial —dijo—. Agentes, sin duda es el arresto más agradable de toda mi vida.

El caballo que le habían llevado iba provisto de una silla para montar a mujeriegas. Era incómoda incluso a la vista, y a Jessie casi la enfureció más que el hecho de que la arrestaran.

Jack Brown se acodó en la baranda.

Jessie levantó una mano y le sonrió.

—Jack Brown —dijo ella.

—Jessie —contestó él.

Ella se inclinó el ala del sombrero y dijo:

—Larga vida, Jack Brown.

Más que despedirse, Jack Brown la saludó y metió la mano bajo el brazo, abrumado por la fuerza con la que latía su corazón. Vio partir a los agentes del orden y a Jessie cabalgando entre ellos, con la melena al viento azotando en todas direcciones. Había dos hombres delante de ella, uno a cada lado y dos detrás, los seis armados. ¿Cómo iba a escapar?

No se volvió a mirar o saludar por última vez, pero Jack Brown no le quitó ojo

mientras se perdía en la distancia. Sintió el impulso de echar a correr tras ella, de seguirla, pero sabía que debía contenerse.

Recordó la primera vez que la vio, sentada junto al río, contemplando a saber qué. Siempre había sido para él, entonces y ahora, una figura evanescente en el paisaje.

Pronto desaparecería completamente.

Jack Brown se preguntó si no habría sido más que una ilusión, o si habría algo real en todo aquello. Una vez la abrazó, olió su cuerpo, enterró la cara en su pelo. Llevaba en sus oídos los silencios, la risa, los improperios de aquella mujer, y la había visto escupir, cabalgar y caer. Era real. Jack Brown tenía huellas y rastros y recuerdos para demostrarlo.

«Joder, Jessie», dijo, y mientras una lágrima le resbalaba por la cara, supo la verdad. Jessie nunca sería lo que Jack Brown quería que fuera para él. No era su amante, ni su mujer, ni lo sería nunca. Todos aquellos sueños en que se veía cabalgando lejos con ella, unidos como dos fuerzas de la naturaleza, la incógnita de lo que podrían llegar a hacer juntos si se elegían el uno al otro, se perdieron de repente como un camino que no llega a recorrerse.

Jack Brown no oyó que Lay Ping abría la puerta y se quedaba junto a él en la galería, pero cuando sintió el calor de su mano en la espalda pensó que iba a deshacerse en cualquier momento.

—Ven —dijo al cabo Lay Ping—. Ven a tumbarte a mi lado.

Era muy temprano aún, no había nadie trajinando, y entraron en la casa como si fuera suya. Jack Brown siguió la cola de la bata de Lay Ping, el balanceo de sus caderas, las ondas de su pelo. Y en la habitación se dejó llevar por ella y se quedaron desnudos de pie, uno delante del otro. Entonces se dio cuenta de que solo sus cuerpos perturbaban una quietud perfecta.

Jack Brown atrajo a Lay Ping por las caderas y la besó en el hombro, y siguió con la boca la senda del tatuaje hasta el nacimiento de la espalda. Se arrodilló detrás de ella y al levantar la mirada vio un paisaje tan ondeante y milagroso como una montaña. Por encima de las nalgas aparecían los tatuajes de las rocas, el dios y la diosa, y la palabra PENA. De rodillas, abrazado a las caderas de Lay Ping, Jack Brown agradeció ser un hombre, no un mito, y de estar vivo para sentir el calor del cuerpo de la mujer que tenía delante.

Jessie cabalgó el día entero escoltada por los agentes de policía, y al acampar por la noche la hicieron acostarse entre ellos. A la mañana siguiente partieron al alba, cuando los campos apenas se sugerían alrededor, y solo se detuvieron cuando a uno de los agentes se le cayó el rifle.

Mi madre no mentía cuando dijo:

—Tengo un terrible dolor de barriga, sargento.

—Sigán cabalgando, caballeros —gritó el sargento que iba en cabeza.

—Si pudiera aliviarme... —rogó mi madre.

El sargento espoleó su caballo.

—Sargento, me sabría muy mal que hubiera un accidente encima de su preciosa silla y su preciosa jaca.

—Muy bien, ¡alto! —dijo el sargento—. Dejen que la convicta desmonte.

—Tiene los pies esposados, señor —dijo uno de los agentes—. Y dice que necesita aliviarse.

—Ya encontrará la manera —dijo el sargento.

Los dos hombres más jóvenes la ayudaron a bajar.

—Ocúltese detrás de aquel árbol —dijo el sargento, señalando a escasa distancia—. No nos hace ninguna falta ver a una mujer pasar vergüenza. Pero tendrá que seguir hablando, bien fuerte para que podamos oírla.

—Lo siento, sargento —dijo mi madre—. Puede que me lleve un rato.

—Dese prisa, mujer, haga lo que tenga que hacer y no perdamos más tiempo.

Los policías la vieron ir dando saltos con las piernas esposadas hasta el árbol.

—Aquí estoy —gritó Jessie.

—Eso es, siga hablando bien fuerte.

Mi madre siguió gritando desde detrás del árbol, mientras metía la mano por el escote de la blusa y sacaba la llave que había encontrado en la chaqueta de Barlow. Abrió sin hacer ruido los cierres que le apresaban los tobillos, y a cada rato gritaba: «Aquí estoy». Siguió repitiéndolo mientras se quitaba la falda y la dejaba caer al suelo, y también cuando hundió los codos en la tierra.

Empezó a alejarse sigilosamente por el pasto crecido, como cualquier criatura huidiza, salvo porque dejó oír una vez más su voz clara: «Aquí estoy, aquí estoy». Y luego guardó silencio.

En el valle es difícil calcular la distancia por el sonido. Las voces crean eco, y puede que uno nunca sepa de dónde proceden.

Cuando dejaron de oírla, los agentes de policía se acercaron cautelosamente al árbol.

—¿Jessie? —la llamaron—. ¿Está usted ahí, Jessie?

Solo encontraron las esposas en el suelo, junto a la falda de la madama.

Montaron enseguida en los caballos y salieron a buscarla en distintas direcciones,

pero ni al norte, ni al sur, ni al este ni al oeste dieron con ella.

Jessie siguió adelante, reptando por el pasto crecido y seco.

Jessie es mi madre.

De un lado a otro he seguido sus pasos. La he oído como quien oye una canción. He captado su voz aquí y allá, y cuando por fin conseguí recomponer todas las piezas, distinguirla del rumor de fondo, supe que sonaba para mí. La seguí, descubrí las cosas que amaba y las que no, hasta conocerla como solo las hijas conocen a sus madres y al final, cuando yo misma acepté que lo más importante era su libertad, solo entonces me llegó su voz: «Aquí estoy», decía. Y con eso basta.

Agradecimientos

Por pelear siempre desde mi rincón, gracias sinceras a mi agente, Benython Oldfield, y a mi editora, Jane Palfreyman. Y gracias a todos en Allen & Unwin, en especial a Ali Lavau, Clara Finlay, Siobhán Cantrill y Louise Cornegé.

Por los ánimos incansables y la inspiración, mi enorme gratitud hacia Ash Baker, Daniel Campbell, Kirsty Campbell, Maylise Dent, Ally Drinkwater, Helen Drinkwater, Jo Dunlop, Sophie Gordon, Anna Helme, Dan Johnston, Bob Kean, Fiona Kitchin, Lilith Lane, Gareth Liddiard, Kathryn Liddiard, Lisa Madden, Helen Marcou, Quincy McClean, Andrew McGee, Kerry McGee, Nick McGee, Jeanmarie Morosin, Ali Noga, Manas Pandy, Kate Richardson, Amanda Roff, Jackie Ruddock, Jasmin Tarasin, Jo Taylor y Meredith Turnbull.

Por brindarme espacio para escribir, gracias al Hedgebrook Writers' Retreat y a Greta Moon.

Por el impulso inicial, gracias a mi familia: Collins, Diffley y Field, conjuntamente.